9358

Kalagoi.

20

RABAGÁS.

COMEDIA

en cinco actos y en prosa

POR

VICTORIANO SARDOU.

Traducida de la 17.ª edicion francesa

POR

CECILIO NAVARRO.

BARCELONA.

IMPRENTA DEL DIARIO DE BARCELONA,

CALLE NUEVA DE SAN FRANCISCO, 17.

1872.

PERSONAS.

El Príncipe de Mónaco.
Rabagás, abogado.
Cárlos, sobrino del príncipe, teniente de guardias.
Andrés de Mora, teniente de guardias.
Camerlin.
Chaffion.
Vuillard.
Petrowlski.
Desmoulins.
Bricoli, jefe de policía.
Sottoboio, gobernador.
Vintimille, capitan de guardias.
Boubard, coronel de gendarmes.
Bigorro.
Flavarens, subteniente de guardias.
Mistress Eva Blounth.
La princesa Gabriela.
La baronesa de Sottoboio.
Tirelirette.
Señorita de Therouane.
Noisette. (Disfrazado.)

Damas.
Guardias.
Jardineros.
Lacayos, etc.

672270

RABAGÁS.

ACTO PRIMERO.

Terraplen dependiente del palacio de Mónaco desde donde se descubre el mar, jardines, etc.—Un tejado rojo y una chimenea destacándose en el panorama.—En el fondo y á toda la longitud de la escena, balaustrada con grupos de niños, y una escalera por donde se baja á la ciudad.—A derecha é izquierda profusion de verdura y flores.—A la izquierda, en primer término, un gran pilar de piedra sustentando un jarron.—A la derecha una mesa, sillas y un banco rústico.

ESCENA PRIMERA.

BRICOLI, JARDINEROS, GUARDAS.

Los jardineros acaban de limpiar el sitio.

BRICOLI (*á los jardineros*). Ea, á ver si desaparecen ahora mismo esos carretones. Pero volando. Y vosotros, señores guardas, atencion. S. A. el Príncipe de Mónaco va á venir á este sitio á fumarse un cigarro, como tiene por cos-

tumbre despues de comer. (*Mirando un reloj.*) Son cerca de las ocho. Habeis de vigilar con mas cuidado que nunca á todos los paseantes, naturales ó extranjeros, que circulen en este momento por los jardines, ya que S. A., á pesar de mis prudentes observaciones, se obstina en dejarlos abiertos hasta que cierra la noche. (*Los guardas se disponen á alejarse.*) Despacio ¡qué diablo! Despacio y atencion. Esta vigilancia tiene dos objetos: 1.° proteger los jardines contra los actos de vandalismo que desde algun tiempo á esta parte se vienen cometiendo en ellos; y 2.° sorprender toda tentativa de malevolencia contra la persona de nuestro príncipe. ¿Estais bien enterados?... Pues de servicio!

ESCENA II.

BRICOLI, ANDRÉS.

ANDRÉS (*que ha oido las últimas palabras, saliendo por la escalera del fondo*). Muy bien, señor Bricoli; buena medida!

BRICOLI (*volviéndose y saludando*). ¡Ah! señor de Mora!... ¿Se ha levantado ya S. A. de la mesa?

ANDRÉS (*sacudiéndose el polvo de las botas*). No sé nada: acabo de llegar de Menton. Preciso es confesar, señor Bricoli, que las malas disposiciones del pueblo de Mónaco para con su soberano, comienzan á darnos que hacer á todos.

BRICOLI (*mientras que los criados ponen la mesa para el café*). No me hableis de eso, caballero oficial; eso va tomando proporciones. Acaban de llevarse de este sitio tres carretones llenos de tiestos, pieles de conejo, despojos y restos de toda clase, que esos canallas nos lanzan por encima de la balaustrada... Saben que es este el paseo habitual de S. A. y que con tanto gusto toma aquí su café... y por lo mismo hacen de este sitio su basurero.

ANDRÉS. El príncipe es demasiado benigno y esto se va poniendo bastante feo.

BRICOLI. Aquí viene S. A.

ESCENA III.

LOS MISMOS, EL PRÍNCIPE, CÁRLOS, GABRIELA, SOTTOBOIO, BOUBARD, FLAVARENS, LA BARONESA, SEÑORITA DE THEROUANE, DOS DAMAS DE HONOR. CRIADOS, sirviendo el café.

EL PRÍNCIPE (*sale por la izquierda, seguido de todos y trayendo una carta en la mano*). Buenas tardes, señores... Y bien, señor de Mora, ¿qué me dice el capitan? Menton os habrá parecido algo agitado ¿eh?

ANDRÉS. En efecto, señor... algunas apariencias...

EL PRÍNCIPE (*al gobernador*). Y aquí ¿qué hay?

SOTTOBOIO. Una agitacion mas sorda, señor.

EL PRÍNCIPE (*sentándose en el banco para tomar su café*). Está escrito que no me he de fumar nunca un cigarro en paz. (*Acaba de leer la carta.*)

BRICOLI (*descubriendo un rastro apoyado en la pilastra de la izquierda*). ¡Bah! han olvidado aquí un rastro. (*Lo toma y queda sorprendido ante una caricatura del príncipe trazada con un carbon en la pilastra.*) ¡Cielos!

SOTTOBOIO. ¿Qué es eso?

BRICOLI. Ved.

SOTTOBOIO ¡Justo Dios! (*Se planta delante de la pilastra, á fin de ocultar la caricatura al príncipe. Bricoli desaparece un momento para llevarse el rastro.*)

EL PRÍNCIPE (*que no ha visto nada*). Hasta mi alta servidumbre empieza á espantarse. Gobernador, esto os compete. (*Ofreciéndole la carta.*)

SOTTOBOIO (*no atreviéndose á moverse*). Señor...

EL PRINCIPE. Una carta de la camarera mayor de palacio.

GABRIELA. ¿Mi aya?

EL PRÍNCIPE. Sí, hija mia; vuestra aya, espantada de los murmullos con que os recibieron el otro dia en *Rochebrune*, me ruega tenga á bien aceptar su dimision.

GABRIELA (*con aturdimiento*). ¡Oh! ¡Qué alegría!... Era unaa ya tan insoportable!

El Príncipe (*á media voz*). Bien, bien: una princesa no puede decir eso. Baron, contestad á la camarera mayor, que, con sentimiento de la princesa Gabriela, queda aceptada su dimision. (*Ofreciendo aun la carta á Sottoboio, que no se atreve á moverse de su sitio.*) Vamos, baron, cuando lo tengais á bien...

Sottoboio (*sin moverse*). Señor... yo...

El Príncipe. ¿Qué? (*Mirando con atencion.*) ¡Ah! ¿Qué ocultais ahí?

Bricoli (*á un gesto de Sottoboio, tomando vivamente su puesto delante de la pilastra*). Nada, señor... no es nada.

El Príncipe. A ver, apartaos. (*Se apartan los dos.*)

Gabriela. ¡Ah! ¡es papá!

El Príncipe. ¡Yo! (*Levantándose.*) En efecto... soy yo.

La Baronesa. ¡Oh Dios! ¡Qué feo!

Bricoli (*buscando con qué borrar la caricatura*). Señor, en un instante desaparecerá.

El Príncipe (*conteniéndole con un gesto y mirando mas de cerca*). ¡Oh! ¡Qué nariz! No es mi nariz ni mi barba... (*Retrocediendo.*) Sin embargo... (*Riendo.*) Es cosa chusca.

Sottoboio. Pero V. A. ¿va á dejar subsistir esta obra de corrupcion?

El Príncipe (*de buen humor*). ¡Oh! Si quisieran contentarse con esto...

Bricoli. Sí, pero es el caso que no se contentan, señor. Tengo que decir á V. A. que este sitio era hace poco un receptáculo de inmundos despojos.

Sottoboio. Eso, sin contar los daños y perjuicios del jardin.

El Príncipe (*frunciendo las cejas*). ¿Tambien eso?

Bricoli. Tres vidrios del gran invernáculo rotos.

El Príncipe. ¡Qué pícaros!

Flavarens. Y el bello cacto, que solo florece cada cien años...

Gabriela. ¿Mi cacto? ¿Qué le han hecho?

Bricoli. Le han arrancado la flor no hace un cuarto de hora.

Gabriela. ¡Ah! ¡Qué desgracia!

El Príncipe. Decididamente es menester tratarlos con rigor. (*Movimiento de alegría en todos los oficiales.*)

Sottoboio y Bricoli (*aparte*). ¡Por fin!

El Príncipe. ¡Estropear mi jardin, embellecido para ellos lo mismo que para mí!... ¡Ah! no tendré piedad!... Bricoli, que se cierren inmediatamente todas las verjas. ¿Lo oís? inmediatamente.

Bricoli. Al momento, señor.

El Príncipe. Y en lo sucesivo... prohibida la entrada al público.

Sottoboio. Muy bien dispuesto.

Gabriela. Pero las personas que se pasean ahora...

El Príncipe. Es verdad. Quede abierta la verja principal... solamente para salir. Y detenido todo individuo sospechoso de haber hecho algun daño.

Bricoli. Perfectamente, señor. (*Aparte.*) ¡Por fin! (*Váse.*)

Sottoboio. Ya que V. A. está en tan buenas disposiciones... si pudiéramos obtener otro acto de vigor...

El Príncipe (*volviendo á sentarse y tomando su café*). Gobernador, estoy furioso... aprovechad la ocasion.

Sottoboio (*designando el tejado y la chimenea del fondo*). Ese casuco..... esa caverna, esa detestable cervecería bajo esta azotea.

El Príncipe. ¡Oh! Sí, la cervecería de... del... ¿Cómo lo llamais ya?

Sottoboio (*púdicamente*). No me atrevo delante de la princesa.

El Príncipe. Sí, veamos...

Sottoboio. La cervecería del *Sapo*...

El Príncipe. ¡Ah! sí, del *Sapo Volador*. ¿Y bien?...

Sottoboio. Pues bien, señor, de ahí vienen todos los gritos, todas las botellas rotas, todos los insultos. ¿Ni qué otra mano que la de algun parroquiano de ese inmundo bodegon ha podido hacer esa execrable caricatura que ridiculiza el augusto semblante de V. A.?

El Príncipe. Sí, sí, ese cafetin es verdaderamente un foco de intrigas y conspiraciones.

Sottoboio. Yo lo creo. El cafetero Camerlin... un exclaustrado, se entretiene en escribir. Y el periódico de oposicion rabiosa *La Carmañola* se imprime en su propia casa.

El Príncipe. Pues bien, haced entender á ese cafetero

periodista, que esto pasa ya de los justos límites, y que á la primera insolencia mandaré cerrar las dos tiendas á la vez.

SOTTOBOIO. Al instante, señor.

EL PRÍNCIPE. No os detengo mas, señoras, y vos podeis continuar vuestro paseo. (*Todos se retiran por la derecha.*) Cárlos, ved si vuestro capitan está en el castillo y decidle que venga inmediatamente.

GABRIELA (*sentada junto á su padre*). Al mismo tiempo, Cárlos, tened la bondad de decir que me traigan un chal.

CÁRLOS. Está muy bien, princesa. (*Váse por la izquierda.*)

ESCENA IV.

EL PRÍNCIPE, GABRIELA.

EL PRÍNCIPE. Ahora que estamos solos, Gabriela, he de haceros por la vigésima vez una observacion.

GABRIELA. Esperad, papá; sé lo que me vais á decir. No quereis que llame á mi primo Cárlos... Cárlos á secas. ¿No es eso?

EL PRÍNCIPE. Y acabas de hacer lo que no quiero.

GABRIELA. Perdonad, papá, yo os lo ruego: os ha de costar mucho trabajo conseguir eso de mí.

EL PRÍNCIPE. Y ¿por qué?

GABRIELA. Porque nos hemos criado juntos y hasta mi salida del colegio nos hemos tuteado. De repente ha sido menester cambiar de tratamiento por órden de mi aya y...

EL PRÍNCIPE. Por órden mia.

GABRIELA. Pues muy difícil es dejar así de pronto una costumbre de la infancia.

EL PRÍNCIPE. Ya ves cómo ha sido fácil para él.

GABRIELA. ¡Oh! El es hombre, y como hombre tiene energía. A mí me es muy violento.

EL PRÍNCIPE. ¡Bella razon!

GABRIELA. Y en fin, mi primo es sobrino vuestro y todas las primas llaman por sus nombres á sus primos.

EL PRÍNCIPE. No todas.

GABRIELA. Todas: te lo aseguro... obsérvalo bien.

EL PRÍNCIPE. En la clase humilde... bien; pero una princesa...

GABRIELA. Es á veces muy enfadoso ser princesa.

EL PRÍNCIPE. ¡Oh! Si crees que es siempre divertido ser príncipe...

GABRIELA. No, no.

EL PRÍNCIPE. Pero en fin, el hecho es que los príncipes están sometidos á otras reglas que el comun de los mortales.

GABRIELA. ¿Y es eso útil?

EL PRÍNCIPE. No estoy seguro... pero ni tú ni yo podemos cambiar nada de ello: hay una etiqueta que lo dispone todo. Así, por ejemplo, tú me llamas siempre *papá*.

GABRIELA. Y ¿qué? ¿No es eso de buen gusto?

EL PRÍNCIPE. De muy buen gusto; pero no es digno. *Padre* seria mas conveniente. Procura aprender á llamarme *padre*.

GABRIELA. Sí, papá.

EL PRÍNCIPE (*riendo*). ¡Muy bien!

GABRIELA. ¡Ah! Perdonad.

EL PRÍNCIPE. Bien, bien; ya irás entrando. Ahora hablemos de otra cosa. No tenemos ya camarera mayor de palacio.

GABRIELA. ¡Oh! Yo os aseguro, *padre mio*, que pasaré muy bien sin ella... Ya soy bastante grande para conducirme sola.

EL PRÍNCIPE. Pues bien, probadlo, princesa, tomando el porte y maneras de vuestro rango; porque... en fin, hay proposiciones que os conciernen.

GABRIELA. ¡Ah!

EL PRÍNCIPE. Sí, sí. ¿Qué dirias tú, si yo pensara en casarte?

GABRIELA. ¿A mí?... ¿Por qué?

EL PRÍNCIPE. ¿Por qué?... ¡Pardiez! Las gentes se casan generalmente. Obsérvalo bien.

GABRIELA. ¡Oh! Yo no tengo prisa.

EL PRÍNCIPE. Tanto mejor: así tendremos tiempo para escoger.

GABRIELA. Y mientras álguien no me agrade mucho, mucho...

EL PRÍNCIPE. Hé ahí otra idea vulgar. ¿Acaso las princesas tienen necesidad de casarse con quien les guste mucho, mucho?

GABRIELA (*con sorpresa*). ¡Ah!

EL PRÍNCIPE. Con tal de que el novio responda á todas las exigencias de nombre, de posicion é intereses políticos.....

GABRIELA. ¡Ah! Lo que es yo no estoy conforme con eso.

EL PRÍNCIPE. En hora buena; pero no te se pide tu parecer.

GABRIELA. Mal hecho, porque si esto interesa á álguien, es precisamente á mí.

EL PRÍNCIPE (*aparte*). Esta niña tiene unas ocurrencias... muy exactas despues de todo. (*Alto.*) Pero somos príncipes; no lo olvidemos.

GABRIELA. Procuraré tenerlo presente.

EL PRÍNCIPE. Ahora bien, los príncipes no se casan por su interés, sino por el interés de su pueblo.

GABRIELA. Tambien es eso gracioso.

EL PRÍNCIPE. No siempre hace gracia; pero no hay otro remedio. A lo mas se procura conciliarlo todo.

GABRIELA. ¿Casándose con quien no convenga mas que medianamente?

EL PRÍNCIPE. No. Yo no soy tan rigoroso en los principios, y con tal de que te agrade y sea solamente de casa reinante...

GABRIELA. Pues bien, papá... no, padre, padre. Conozco justamente á uno que está en esas condiciones.

EL PRÍNCIPE (*sonriendo*). ¡Ah! ¡tienes un candidato!

GABRIELA. Mi primo.

EL PRÍNCIPE (*levantándose con enfado*). ¡Siempre Cárlos!

GABRIELA. Es de casa reinante y me agrada: con que es un partido completo.

EL PRÍNCIPE (*con bondad*). Vamos, vamos... os prohibo pensar en tales quimeras.

GABRIELA (*acercándosele*). ¿Por qué? Está muy bien educado, es muy bueno, muy amable..... y despues de todo es sobrino vuestro.

EL PRÍNCIPE. Bien, bien.

GABRIELA. Cuando yo era pequeña, nos tratábamos ya de esposos en nuestros juegos.

EL PRÍNCIPE. En hora buena; pero ahora ya eres grande.

GABRIELA. Pero en fin ¿qué razones...?

EL PRÍNCIPE. Razones mias que no atañen á las niñas.

GABRIELA. Ve cómo te contradices, pues acabas de decir que yo soy ya grande.

EL PRÍNCIPE. Os digo que no quiero oir hablar mas de Cárlos. Esto debe bastar... me parece.

GABRIELA (*con dignidad*). Basta, caballero.

EL PRÍNCIPE (*aparte*). Decididamente ese Cárlos..... Pero aun es tiempo: yo velaré. (*Alto, con bondad.*) Ea, ya hablaremos de esto otra vez. ¿No te parece? Dejemos que maduren las cosas.

GABRIELA (*con dignidad afectada*). Como guste V. A.

EL PRÍNCIPE. El aire comienza á refrescar: no permanezcas aquí; y en vez de esperar el chal, vuelve á palacio..... Pero antes ven, ven á abrazarme.

GABRIELA. ¡Oh! sí, papá.

EL PRÍNCIPE. Padre, padre, si lo tienes á bien.

GABRIELA. ¡Oh! sí, padre, padre.

EL PRÍNCIPE (*estrechándola en sus brazos*). Tienes razon. *Papá* es tratamiento mas bonito.

GABRIELA. Cien veces mas, pero no me quieres creer.

EL PRÍNCIPE. Conciliemos. Dirás padre en público y papá en familia, entre nosotros.

GABRIELA. Sí, sí, papá.

EL PRÍNCIPE. Ea, véte, y hasta luego, hija mia.

ESCENA V.

LOS MISMOS. CÁRLOS (con el chal.)

CÁRLOS. Señor, el capitan no está en palacio, sino en su casa. (*Presentando el chal á Gabriela.*) Princesa...

EL PRÍNCIPE (*tomando vivamente el chal que pone en los hombros de su hija*). Gracias, caballero. Toma.

GABRIELA (*á media voz y envolviéndose*). Decidme, pa-

pá..... es una idea para completar vuestro pensamiento. A Cárlos le diré caballero en público y Cárlos entre nosotros, ¿eh?

El Príncipe. ¡Otra vez!

Gabriela. ¡Ah! no, no; ya huyo. Dejaremos madurar... es cosa convenida. Hasta luego. (*Va por la izquierda. Cárlos la sigue con la vista.*)

El Príncipe (*aparte*). ¡Hija mia!... No sé regañarla. (*Mirando á Cárlos.*) Pero á tí... á tí he de vigilarte.

ESCENA VI.

EL PRÍNCIPE, CÁRLOS, ANDRÉS, BRICOLI, SOTTOBOIO.

(Andrés sale primero y con viveza, Bricoli jadeante habla con dos guardas en el fondo.)

Andrés. Otro perjuicio probado, señor. La estatua de Hércules tiene tres dedos de menos.

El Príncipe. ¡Qué bárbaros!

Andrés. Pero creo que se le sigue la pista á la persona que arranca las flores... es una mujer.

El Príncipe. ¿Una mujer?

Sottoboio (*volviéndose hácia Bricoli que llega*). A lo menos, así lo dice el señor Bricoli.

Bricoli. Sin duda ninguna, señor. A vista de los guardas, se ha ocultado ligeramente por el recodo de un anden, y además no hay mas que ella en el jardin.

El Príncipe. ¿Y las verjas?

Bricoli. Todas cerradas, señor.... todas, menos la ratonera de la puerta principal.

El Príncipe. Entonces no se os puede escapar. (*A Sottoboio.*) Vamos á ver el daño de la estatua, baron. (*A Andrés y á Cárlos que se disponen á seguirlos.*) No, vosotros permaneced aquí. Y si por casualidad viniera por esta parte esa mujer, detenedla... Cortésmente, jóvenes, no hay que decirlo; sobre todo, si es vieja. (*Van por la derecha.*)

ESCENA VII.

ANDRÉS, CÁRLOS.

CÁRLOS (*con acento burlon*). Entonces haces tú la policía del jardin con Bricoli, ¿eh?

ANDRÉS. ¡Ah! ¿Y si la hiciera de noche por vigilar tus locuras?

CÁRLOS (*sorprendido*). ¡Mis locuras!

ANDRÉS. Cárlos, tú desconfias de mí..... y no haces bien.

CÁRLOS. ¡Yo!

ANDRÉS. Sí, sí, tú... Y sin embargo, sabes que no tienes mejor amigo que yo.

CÁRLOS. No osarás decir que no te correspondo.

ANDRÉS. Por eso mismo. Desde la edad de quince años, dinero ó deudas, alojamiento y criados, todo es comun entre nosotros. Ni un pesar ni una alegría ha tenido el uno sin que le acompañe el otro. Sobrino de S. A. pues lo eras de su difunta esposa, cuya muerte no ha destruido tus vínculos de parentesco, te han hecho subteniente de los guardias de corps... Y para vivir de tu vida y no separarme de tí, he solicitado y obtenido una charretera en el mismo cuerpo...

CÁRLOS (*interrumpiéndolo*). ¿Crees que olvido nada de eso?

ANDRÉS. Sí, puesto que tienes un secreto para mí.

CÁRLOS. ¿Un secreto?

ANDRÉS. No disimules... Seria odioso entre nosotros. Sí, un secreto que tú me ocultas, y que yo conozco á tu pesar.

CÁRLOS (*con risa afectada*). Sepamos, pues, ese secreto.

ANDRÉS (*tranquilamente*). Yo quisiera que fuera bastante alegre para reirme contigo; pero por desgracia...

CÁRLOS (*con reposo*). ¿Es triste?

ANDRÉS. Es absurdo... es peligroso.

CÁRLOS (*sin reirse*). ¡Ah!

ANDRÉS (*bajando la voz*). Pero, de buena fe ¿crees que no he observado yo tus distracciones, tus largos silencios, tus mas largas ausencias, y tus frecuentes salidas noctur-

nas? (*Movimiento de Cárlos.*) Sí, sales de noche con mi precauciones... pero yo tengo buena vista; y vuelves d puntillas á las dos de la madrugada... pero yo tengo buei oido. He esperado con paciencia que tuvieras á bien ini ciarme en esta aventura que me parecia mas séria que la otras: persistes en callar... Pues bien, yo hablo.

CÁRLOS (*con embarazo*). Yo... he podido salir... por casualidad; pero...

ANDRÉS. No; sé yo dónde vas

CÁRLOS. ¿Sí? ¿Dónde?

ANDRÉS. Al palacio.

CÁRLOS (*con viveza*). ¿Quién te lo ha dicho?

ANDRÉS. Te he seguido la noche pasada...

CÁRLOS. ¡Oh! ¡Andrés!

ANDRÉS. Hasta la puertecita verde que se abre al campo y que se cerró detrás de tí... Pero sabia yo ya bastante para suplir lo demás.

CÁRLOS (*turbado*). ¡Quimeras!

ANDRÉS. Atravesaste el parque hasta el palacio... despues torciendo á la derecha, ganaste la parte oscura y desierta que hace un recodo hácia la capilla, y ya allí no tenias mas que alzar los ojos para ver á la que te esperaba... á la ventana de su oratorio.

CÁRLOS. ¡Andrés!

ANDRÉS. ¡Ah! es por demás casta y pura esa cita á diez piés del suelo y por una ventana de reja, pues todas la tienen por ese lado desierto. Además quien te da la cita ni siquiera sospecha el peligro. ¡Pardiez! es una niña y su misma inocencia causa su audacia. Pero ¿no debieras tú apreciarlo por ella? ¿Me ocultarias tú con tanto cuidado tu conducta, si no te gritara tu propia conciencia que es indigna de un hombre de honor, y que es una manera extraña de reconocer los beneficios del príncipe eso de dar tú, su sobrino, citas nocturnas á su hija?

CÁRLOS (*espantado*). Desgraciado! habla mas bajo.

ANDRÉS. Ya ves como lo sé todo.

CÁRLOS (*con fuerza*). No, no lo sabes todo, porque entonces serias menos severo; ó mas bien lo olvidas.

ANDRÉS. ¿Qué olvido?

Cárlos. Olvidas que esa niña de quien hablas es la primera afeccion de mi vida, que yo he guiado sus primeros pasos y enjugado sus primeras lágrimas, á la edad en que una princesa es solo una niña como cualquiera otra... Olvidas que su misma madre no hacia un misterio para nadie de su deseo de dármela por esposa, y que mientras vivió, crecimos Gabriela y yo en el pensamiento de ser un dia y para siempre el uno para el otro... Y ahora porque S. A. tiene el capricho de separarnos, porque le place cambiar de parecer ¡ha de placernos á nosotros cambiar de amor y aceptar la violencia que se nos hace!... ¡Oh! Nunca!... Jamás!

Andrés. ¿Y de qué violencias te quejas?

Cárlos. ¿De qué violencias me quejo? Se la puso en un colegio por separarla de mí, y salió de él seis meses há, bajo la vigilancia de una execrable aya, que fué no sé dónde á desenterrar una vetusta etiqueta que arrojó entre nosotros como un hielo. ¡Y se acabó la amistad, el parentesco, la franqueza!... ¡Una princesa condenada á la frialdad!... ¡Un oficial condenado al respeto!... Pero esto no era nada; pues aun nos permitian algunos ratos de conversacion, alguna vuelta por el parque, algun paseo á caballo, algun rato de música bajo la vigilancia de la dueña. Pero ¡ay! á los ocho dias, nada... Cerrojos... un muro... Pues bien, sí, esto me irrita, porque es desleal y cruel. No hay derecho para desunirnos: nosotros nos estamos prometidos por el pasado de nuestra infancia, por la voluntad de la madre, por nuestro mutuo consentimiento, por nuestro amor, por todo lo que es legítimo y respetable en el mundo. ¡Y me la quieren arrebatar! ¡Oh! no, no; no me la arrebatarán. No quiero entregarla.

Andrés. ¡Pardiez!

Cárlos. Y si nos vemos como podemos y cuando podemos, ¿de quién es la culpa? Que me permitan que le hable de dia y no hablaré con ella de noche. Se me ataca y me defiendo: es mi derecho.

Andrés. ¡Tu derecho! ¡Bah! Déjate de supuestos derechos y entra en razon. Si S. A. llega á saber...

Cárlos. ¿Qué daño mayor me puede hacer?

ANDRÉS. Expulsarte.
CÁRLOS. En hora buena. Me iré con mi esposa.
ANDRÉS. Pero, Cárlos, tú no piensas lo que dices.
CÁRLOS. Bien, bien; ya lo verás.
ANDRÉS. ¡Desdichado loco!... Calla que vienen.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, BRICOLI, EL PRÍNCIPE, y luego SOTTOBOIO.

BRICOLI (*enjugándose el sudor*). ¡Victoria! ¡Ya la tenemos!
ANDRÉS y CÁRLOS. ¿A la mujer?
BRICOLI. Sí. ¿Su Alteza? ¿Dónde está Su Alteza?
EL PRÍNCIPE (*saliendo por la derecha*). Y bien. ¿Qué hay?
BRICOLI. Señor, ya hemos detenido á la culpable.
EL PRÍNCIPE. ¿Era en efecto una mujer?
BRICOLI. Una dama.
EL PRÍNCIPE. ¡Una dama!
BRICOLI. Y aun jóven y hermosa.
EL PRÍNCIPE. ¡Hermosa y jóven tambien! Traedla.
BRICOLI. ¿Aquí?
EL PRÍNCIPE. Sin duda. Hay bastante luz para verla. Veámosla.
BRICOLI. Voy, pues, á arrastrarla á los piés de V. A.
EL PRÍNCIPE (*vivamente*). No, no; no la arrastreis... os prohibo arrastrar á nadie.
BRICOLI. Es un modo de hablar, señor. Pero aquí viene.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, EVA, DOS GUARDAS.

EVA (*jovialmente, por el fondo, con una rosa en la mano*). ¿Pero es cierto, señores, se me prende por una rosa? (*Movimiento de sorpresa en el Príncipe y en Andrés.*)
EL PRÍNCIPE. ¡Esa voz!...

EVA (*aun en el fondo*). Yo me brindo á pagarla: arreglémonos. ¿Cuánto vale la rosa?

EL PRÍNCIPE (*reconociéndola*). ¡Mistress Blounth!

EVA (*lo mismo, acercándose alegremente*). ¡Dios mio! Sí.

CÁRLOS (*bajo á Andrés*). ¡Una inglesa!

ANDRÉS (*lo mismo*). Una americana.

EL PRÍNCIPE. ¡Vos, señora! ¡Gran Dios!... ¿Cómo haceros olvidar?... (*A Bricoli.*) ¡Desgraciado! ¡Detener á esta señora!... Pero han hecho bien, muy bien: gracias á ellos, os tengo esta vez, y por mucho tiempo.

EVA (*jovialmente, mostrando su rosa*). Entonces es esto mas grave aun de lo que yo pensaba.

EL PRÍNCIPE (*ofreciéndole una silla*). ¡Tocar á mis flores! Os condeno, señora, á cogerlas aquí toda vuestra vida. Caballeros... (*Sottoboio, Cárlos y Andrés saludan para retirarse.*)

EVA (*á Andrés*). ¿El señor de Mora no conoce ya á una antigua amiga? (*Tendiéndole la mano.*)

ANDRÉS. ¡Oh! sí, sí, mistress Blounth. (*Le besa la mano.*)

EL PRÍNCIPE (*sorprendido*). ¿Conoceis á este caballero?

EVA. Sí, lo conozco de Nápoles..... donde nos vimos con frecuencia este último invierno.

EL PRÍNCIPE. ¡Ah! es mas dichoso que yo..... (*Con cierta expresion de celos y siguiendo con la vista á Andrés que se retira con Cárlos.*)

ESCENA X.

EL PRÍNCIPE, EVA.

EVA (*sentada en el banco*). Siempre galante, señor.

EL PRÍNCIPE (*de pié*). ¡Galante con vos!... ¡Qué palabra!... Decid siempre enamorado, locamente enamorado.

EVA. ¡Despues de dos años!

EL PRÍNCIPE. Dos años en que vuestro recuerdo no ha dejado de estar presente un instante en mi memoria. Desde el dia en que, desesperado por vuestros rigores, huí de París

por huir de vos... puedo jurarlo... este es el primer momento en que mi corazon se dilata á sus anchas. ¡Oh Dios! ¡cuán feliz soy, y cuánto celebro la ocasion de volver á veros!

Eva. Pues bien, yo, francamente, sin tanto calor, tengo el mayor placer en estrechar vuestra mano.

El Príncipe. Ya oigo buenas palabras á lo menos. Pero estar en Mónaco, estar en mi propio jardin y... De modo que, á no ser por la rosa...

Eva. Ciertamente, pues habiendo llegado esta tarde, estaba resuelta á partir mañana.

El Príncipe. ¡Sin verme!

Eva. Sin duda. Las atenciones que V. A. tuvo á bien dispensarme en París, donde la casualidad nos juntó...

El Príncipe (*interrumpiéndola*). En la embajada inglesa... ¡Ah! ¡Qué noche!... Aquella noche llegó á envenenar todas las alegrías de mi vida.

Eva. Las atenciones que V. A. tuvo á bien dispensarme bajo la influencia de ese veneno hicieron nacer en mí el propósito...

El Príncipe. De ridiculizarme. ¡Gran Dios!

Eva. Pero entonces era casada, y desde que soy viuda...

El Príncipe. ¡Viuda! ¿Mister Blounth?...

Eva. Hace diez y ocho meses que no existe.

El Príncipe. ¡Y lo sé ahora!

Eva. Lo perdí en Nápoles, á donde lo enviaran desahuciado los médicos de París. Y tan léjos de los nuestros...

El Príncipe. No tengo necesidad de deciros cuánto siento, señora, tan fatal acontecimiento.

Eva. Prescindamos de esto. Por lo que á mí toca, casada muy jóven con un hombre de mucha mas edad que yo, hallé en él el mejor de los esposos: le debo ocho años de la mas feliz existencia, y no satisfaria mi deuda de conciencia sino con la gratitud de toda mi vida.

El Príncipe. Si pensarais de otro modo, señora, no seriais vos misma, es decir la misma á quien he consagrado una estimacion que solo puede compararse con mi amor.

Eva. Muy triste por esta fatal ocurrencia y por mi aislamiento he pasado en Nápoles dos inviernos, sin poder re-

solverme á salir de una ciudad, donde dejaba detrás de mí todo mi pasado... Pero, en fin, la vida tiene sus exigencias, y sola con una doncella, vuelvo á tomar el camino de París, por Florencia, Génova...

El Príncipe. Y Mónaco en donde quedais... ¡Oh! no se pasa por mis estados así como quiera.

Eva. Los encuentro deliciosos, pero...

El Príncipe. Yo los encuentro insoportables... Así, pues, no he de privarme de vuestra presencia, única cosa que puede endulzar mis sinsabores.

Eva. ¡Sinsabores!

El Príncipe. Muy amargos.

Eva. ¡Dios mio! ¿Qué decís?

El Príncipe. Figuraos, señora, que un hombre que como yo ha pasado en Paris los mejores años de su juventud; que un hombre que, permitídmelo decir, tiene el gusto de todas las elegancias, y bien lo prueba admirándoos; apasionado á todas las artes, entusiasta por la música y fanático por la pintura; que un hombre en fin, francés, ó mejor dicho parisiense de corazon, se resigne sin lucha á sepultarse aquí en una vida de provincia que ni tiene el atractivo de una subprefectura de segundo órden.

Eva. Pero razonemos... En primer lugar sois padre... de un hijo...

El Príncipe. Que está en el colegio en Paris.

Eva. Pero tambien de una hija que está aquí, y encantadora segun me han dicho.

El Príncipe. ¡Oh! adorable. Ya la vereis. Y en verdad, á no ser por ella, me hubiera quitado ya la vida el *spleen*.

Eva. ¿Y bien?...

El Príncipe. Y bien; mi hija no me basta. Cuando esta niña ha tocado un par de veces al piano la partitura nueva, vuelvo muy luego á pensar en los *Italianos*, en la *Opera*... y en la embajada inglesa.

Eva. Pero, señor, V. A. está muy malo.

El Príncipe. Ya os lo he dicho.

Eva. Pero vuestro principado... Yo creo muy interesante y aun recreativo esto de gobernar un principado.

El Príncipe. ¡Ah! Bien se conoce que acabais de desembarcar.

Eva. ¡Cómo! Este paraiso á la sombra de los naranjos...

El Príncipe. No conoceis tampoco el país en que florece el naranjo. Pero no hablemos de política.

Eva. Al contrario, hablemos de ella. ¿Tan complicado es el gobierno de Mónaco?

El Príncipe. Al contrario, es el mas sencillo de todos... ni ministerio, ni cámara... toda la administracion civil y militar está en manos de un gobernador, jefe de gabinete y gabinete él mismo. Y sobre él yo... Es decir un desgraciado reyezuelo aplastado por dos grandes vecinos, que solo vacilan en la salsa en que han de devorar mis estados... pero garantido tambien por esa mutua glotonería que se neutraliza...

Eva. Muy bien.

El Príncipe. Solamente, obligado por el tratado de 1817 á tolerar una guarnicion sarda en Menton... la cual me protege...

Eva. En hora buena.

El Príncipe. Hasta el primer tumulto que ella misma apoyará.

Eva. ¡Mal haya!

El Príncipe. Ni mas ni menos. Esto sentado, vais á ver. Sucedo á mi hermano Honorato V, y llego aquí lleno de ideas de libertad, de progreso, de reformas...

Eva. Perfectamente.

El Príncipe. Y comienzo por los *mónacos*. Creo que habreis oido hablar de los *mónacos*.

Eva. ¿Los sueldos?

El Príncipe. Los sueldos.

Eva. Sí, cuando yo era pequeñita ya no se querian.

El Príncipe. Eso es. Y notad que aquellos sueldos eran como los demás. Pero los franceses son terribles. El primero á quien se proponen se echa á reir; los demás le hacen coro... Y hé aquí que todos los sueldos que nos entran, traen un vago olor á moneda falsa. Ahora bien; figuraos el escándalo.

Eva. Ciertamente; eso no favorece mucho á una dinastía.

El Príncipe. Suprimo, pues, los *mónacos*, el monopolio del pan, etc. En una palabra, reformo, perfecciono, depuro... y se murmura.

Eva. Naturalmente.

El Príncipe. Pero yo me mantengo firme. Llega el desgraciado asunto de las olivas...

Eva. ¿De las olivas?

El Príncipe. ¡Oh Dios! Os pido perdon, señora, pues os cuento mis historietas interiores.

Eva. No, no; proseguid. Es muy interesante esta especie de cocina local. Hablabais de olivas.

El Príncipe. De olivas, sí, ó mejor dicho de aceite, que es la riqueza del país. Pero lo fabricamos tan mal por antiguos procedimientos, que es inferior al de Provenza. Hago venir dos molinos ingleses admirables, y con esto invito á todos mis súbditos á que me envien sus olivas para molerlas. Y gritan: *¡Arbitrariedad!* Les compro las olivas para fabricar yo mismo. Y gritan: *¡Monopolio!* Suprimo los molinos y lo vuelvo todo á su estado primitivo. Y gritan: *¡Rutina!*

Eva. ¡Ah! ¡Oh!

El Príncipe. Renuncio á las reformas industriales.

Eva. Yo lo creo.

El Príncipe (*de pié*). Y desde aquel dia data entre mis súbditos y yo una pequeña lucha sorda, que insensiblemente ha venido á tomar un carácter de hostilidad feroz.

Eva (*de pié*). ¿Feroz?

El Príncipe. Sin duda. ¿Habeis visto alguno de esos matrimonios encontrados en que uno de los cónyuges no puede hacer ni decir nada sin que el otro tenga que murmurar?

Eva. Sí.

El Príncipe. Pues bien; el uno soy yo, el otro mi pueblo.

Eva. ¿Es posible?

El Príncipe. Todos mis actos son censurados, desnaturalizados, desfigurados con un arte!... Ejemplos: Me paseo. Tengo poco que hacer. — No me paseo. Tengo miedo de presentarme en público. — Doy un baile. Lujo desenfrenado. — No lo doy. Avaricia. — Paso una revista militar. Alarde de fuerza. — No la paso. Temo el espíritu de las tropas. —

Fuegos artificiales un dia de corte. El dinero del pueblo en humo. — No hay tales fuegos. Nada para diversion del pueblo. — Estoy bueno. La ociosidad. — Estoy malo. El libertinaje. — Edifico. Despilfarro. — No edifico. ¿Y el proletario?... En fin no puedo ya ni comer, ni dormir, ni velar, sin que todo lo que hago no sea censurado como detestable y lo que no hago como peor todavía.

Eva. Pero eso no es vivir.

El Príncipe. ¡Ah! el oficio está muy echado á perder.

Eva. Pero, en fin, siempre os quedarán algunos amigos.

El Príncipe. ¡Oh! Muy pocos. La clase media y aun así... Nada la divierte tanto como forcejar con su gobierno. Que álguien trabaja para derribarlo. ¡Oh Dios! ¡Qué alegría! Ella tambien dará, si es menester, su empuje para que caiga antes, bien que cuando todo se hunda se aperciba de que quien primero sufre es ella. Este pais es como su vecino, que no conoce mas que dos procedimientos: la absoluta rutina ó el desquiciamiento absoluto. Cuando sale del carril es para hacer saltar el camino: para allanarlo... nunca.

Eva. Y vos ¿tomais todo esto tranquilamente?

El Príncipe. ¿Qué he de hacer? ¿Veis allá abajo aquel tejadillo rojo?

Eva. Que rompe la armonía del paisaje?

El Príncipe. Ciertamente. Pues bien, es el volcan que lo hará saltar todo.

Eva. ¿Aquello?

El Príncipe. Sí, una cervecería, donde todo se elabora y se revuelve contra mí. Situada al pié de mi palacio, esa bicoca lo mina, lo socava. Y *esto* matará *aquello*.

Eva. ¿Una cervecería?

El Príncipe. ¡Oh! No es ya una cervecería, es todo un mundo... el mundo nuevo. Pero perdonadme, mistress; olvido que estoy hablando con una ciudadana de la libre América... que se enorgullece de ser republicana.

Eva. ¡Oh! en América sí; pero aquí no. Por honor de mi país no admito la comparacion; y vuestro viejo mundo tiene modos de comprender la libertad que no se parecen á los nuestros... por fortuna para nosotros.

El Príncipe. Teneis razon, ciudadana. Así, pues, todo lo que vive allí es bueno solamente para deshonrar la bandera que se pretende defender. Es el albañal, el sumidero comun donde el arroyo de la calle vierte todos los apetitos insanos y los rencores sedientos; á él vienen á derramar su hiel, á vomitar sus odios y á bañarse en bárbaras codicias, todos los despechados por decepciones de orgullo ó de impotencia. En él campa por sus respetos y trabaja para la historia el mas famoso charlatan que hay en el mundo... un abogado, Rabagás... Alegre, buen mozo y gran consumidor de líquidos, todo lo sabe y para todo tiene un discurso preparado como un primor de fuego artificial que se enciende con su pipa y sube y estalla con gran admiracion de los melilotos, para quienes los fuegos fatuos son luces verdaderas. Ahora bien, agrupad al rededor de este peligroso charlatan todos los desechos sociales: el abogado sin pleitos, el médico sin clientela, el autor silbado, el dependiente despedido, el funcionario cesante y el oficial degradado, un comerciante quebrado, dos estafadores, tres utopistas, cuatro imbéciles, y seis beodos... y teneis exactamente la composicion del *Sapo-Volador*, que representa en Mónaco el progreso, las luces y la libertad... á condicion de que el uno les permita decirlo todo, el otro hacerlo todo, y el tercero todo embolsárselo.

Eva. ¿Y ese Rabagás?...

El Príncipe. Es el que lo dirige todo... mas poderoso que yo por otra parte. ¡Oh! sí; tiene su periódico, sus cortesanos, su policía, sus tropas...

Eva. Pero vos tambien...

El Príncipe. Sí, sí... Catorce guardias por el tratado de 1817 y veinte gendarmes por tolerancia.

Eva (*haciendo una mueca*). Como ejército ¿eh?

El Príncipe. Por lo demás, no soy uno de esos rabiosos de poder. Tanto me importa. Estar aquí para hacer todo el bien posible, corregir, reformar (y todo está por reformar), en hora buena... Pero si los declamadores del progreso lo hacen imposible con sus violencias; si no puedo dar tanto de libertad sin que el *Sapo-Volador* se tome tanto de licencia, prefiero acabar con esto sin demora por medio de un buen golpe de estado.

EVA. ¿Un golpe de estado? ¿Cómo?

EL PRÍNCIPE. Haciendo mi maleta...

EVA. ¡Ah!

EL PRÍNCIPE. Sí: Mónaco libre y Rabagás presidente.

EVA. Seriais bien vengado. Pero hablais en broma.

EL PRÍNCIPE. De ninguna manera; pienso en ello sériamente.

EVA. ¡Huir de un abogado!

EL PRÍNCIPE. Político..... la peor ralea que hay en el mundo.

EVA. Y que pulula al parecer.

EL PRÍNCIPE. Naturalmente: cuando una civilizacion está apolillada, entra en ella el abogado. Todos los grandes pueblos, Atenas, Roma, acabaron por estos trabajadores de la lengua... Donde el hombre de accion desaparece, surge el retórico. Es la hora de las bellas palabras y de las feas acciones, de las grandes palabras y de los hechos pequeños... Y mientras que Bizancio disputa por un adverbio mas ó menos, viniendo silenciosamente en las tinieblas hé aquí á los turcos á la puerta, los cuales obran y no hablan.

ESCENA XI.

LOS MISMOS, BRICOLI.

EL PRÍNCIPE. ¿Qué hay?

BRICOLI. Señor... es el cafetero de allá abajo.

EL PRÍNCIPE. ¿Camerlin?

BRICOLI. El mismo.

EL PRÍNCIPE. ¿Y qué quiere?

BRICOLI. Solicita hablar con V. A. ¿Debo franquearle el paso?

EL PRÍNCIPE. Sí, sí. (*Váse Bricoli por donde vino.*) Ese es uno de la banda, mistress Blounth. Por él vais á juzgar de la especie. (*Camerlin aparece por la escalera del fondo.*) Que entre, que entre el buen Camerlin. (*Siéntase en una silla á la derecha; Eva en el banco.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, CAMERLIN.

El Príncipe. Buenas tardes, vecino.

Camerlin (*saludando*). Señor... (*Con cierta violencia.*)

El Príncipe (*sonriendo y aparte á Eva*). Yo esperaba ciudadano. (*Alto.*) Sentaos, señor Camerlin. (*Camerlin lo mira con sorpresa.*) Sentaos, pues; no hay debajo grillos ni cadenas, os lo aseguro.

Camerlin. Bueno. (*Se sienta refunfuñando en un sillon de jardin á la derecha.*)

El Príncipe. ¿Qué teneis que decirme, señor Camerlin? (*Bajo á Eva.*) Escuchad esto, mistress.

Camerlin. Señor... Vuestros agentes acaban de invadir mi domicilio.

El Príncipe. ¡Pardiez! ¿Lo han invadido? ¿Cuántos eran?

Camerlin. Dos.

El Príncipe. ¡Dos!

Camerlin. Y me han amenazado con cerrar mi establecimiento. Yo ejerzo honradamente mi oficio... lo cual no pueden decir todos.

El Príncipe. Perdonad, señor Camerlin... Creo que no direis eso por mí ¿eh?

Camerlin. (*Vacilando.*) No.

El Príncipe. Gracias.

Camerlin. Lo digo por los que os rodean.

El Príncipe. ¡Pardiez! vecino, ellos ejercen su oficio como vos el vuestro. Vos no vendeis siempre buena cerveza, ni ellos dan siempre buenos consejos. ¿Qué quereis? Es preciso que todo el mundo viva.

Camerlin. Perdonad... pero yo no me ocupo en lo que sucede en casa de ellos.

El Príncipe. Algunas veces... sí.

Camerlin. ¿Yo?

El Príncipe. Sí... en la *Carmañola*.

Camerlin (*con viveza*). ¡Ah!... Como periodista es otra cosa. Eso es libertad de imprenta.

El Príncipe. ¿Estais seguro de ello?

Camerlin. Nos separamos de la cuestion. Aquí no se trata del periodista, sino del cafetero. Se nos acusa de cantar de noche.

El Príncipe. Si lo que se canta me es injurioso...

Camerlin. ¿Es decir que no se puede criticar al gobierno?

El Príncipe. ¡Oh! sí, sí, criticadlo... para eso está; pero decorosamente. Y todas esas suciedades que arrojais á este sitio... ¿entran tambien en el ejercicio de alguna libertad? ¿Y si yo hiciera vaciar en vuestra casa todos los carretones?...

Camerlin (*interrumpiendo*). No admito la comparacion. Yo soy un simple particular; vos sois el gobierno y... no es lo mismo.

El Príncipe. Entonces, porque soy el gobierno, ¿teneis el derecho de cantarme injurias y arrojar suciedades en mi jardin, en mi casa?

Camerlin. Naturalmente... todo eso es hacer la oposicion.

El Príncipe. No es una oposicion muy limpia, que digamos.

Camerlin. Es lo que puede ser. Tal es el inconveniente de las situaciones falsas: vuestra situacion es falsa.

El Príncipe. ¡Bah! ¡bah!

Camerlin. Sin duda. Nadie os dice la verdad... Pero, ya lo veis, la nacion no os quiere ya. Y el dia menos pensado os hará una revolucion.

El Príncipe. ¿Por qué razon?

Camerlin. Porque sí. Todos los países han tenido la suya, excepto nosotros. Es menester que Mónaco tenga tambien la suya.

El Príncipe. ¿Y qué ganará en ello Mónaco?

Camerlin. Suprimir todos los abusos.

El Príncipe. ¿Qué abusos?

Camerlin. Hay muchos. Por ejemplo: el ejército que manteneis.

El Príncipe. ¡Veinticuatro hombres! ¡Señor Camerlin!

Camerlin. La agricultura se resiente de la falta de brazos... Cuando teniais una buena guardia nacional...

El Príncipe. Rehusabais todos prestar el servicio.

Camerlin. Si un ciudadano no es libre de montar la guardia cuando le agrade... (*De pié.*) Pero dejemos esto. Vos hablais como príncipe, yo como hombre, y seria no entendernos nunca.

El Príncipe (*de pié tambien*). Me lo temo. (*Conteniéndose.*)

Camerlin. Bien, bien. Oid mi última palabra. ¡Que se atrevan á cerrar mi establecimiento!... Habrá, os lo aseguro, habrá ruido en Mónaco.

El Príncipe. Señor Camerlin, he de haceros observar que sois vos el que amenaza.

Camerlin. Es que estoy indignado.

El Príncipe (*enardeciéndose*). Nos vamos á incomodar: tened cuidado.

Camerlin. Nunca, jamás se verá al ciudadano Camerlin doblegarse ante la tiranía.

El Príncipe. Pero, hombre del diablo, debeis dar gracias á Dios de que yo sea un tirano. Si fuera un simple particular estariais ya en vuestra casa por la balaustrada.

Eva (*templándolo*). ¡Ah! Señor...

El Príncipe (*calmándose*). Perdonadme; es verdad. Dejémoslo, señor Camerlin, como habeis dicho muy bien: dejémoslo... pero daos por advertido.

Camerlin (*con tono de dignidad*). En hora buena, príncipe.

El Príncipe (*sonriendo*). Ea, buenas tardes, ciudadano.

Camerlin (*aparte*). Me es igual. Me llamo *Cantaclaro* y claras se las he cantado. (*Váse apresuradamente por donde vino.*)

ESCENA XIII.

EL PRÍNCIPE, EVA, luego BOUBARD, VINTIMILLE, SOTTOBOIO, BRICOLI.

El Príncipe. Y bien, mistress, ¿qué os parece?

Eva. ¿Teneis muchos súbditos como ese?

El Príncipe. Todo el pequeño comercio. (*Viendo venir á los otros.*) Otra tenemos; escuchad.

El capitan Vintimille. Me han dicho que V. A. me hace el honor de llamarme.

El Príncipe. ¿Sabeis lo que ocurre?

El Capitan. El gobernador me lo ha dicho.

El Príncipe. Menton agitado, Mónaco febril y el *Sapo-Volador* mas insolente que nunca. Ese Rabagás nos prepara un plato de su mesa.

Bricoli. Rabagás está en Niza, señor, en diligencia de no sé qué proceso político.

El Príncipe. ¡Ah!

Bricoli. Y permanecerá allí hasta mañana.

El Capitan. Si V. A., señor, quiere seguir mi consejo, no lo esperemos. Cerco la cervecería, lo rompo todo, arraso la barraca... y muerto el perro se acabó la rabia.

El Príncipe. ¿Qué opinais, gobernador?

Sottoboio. Lo mismo, señor.. sino que yo añadiria una carga de caballería en todas las calles.

El Príncipe. Estando desiertas ¿para qué?

Sottoboio. Siempre hace bien una buena carga.

El Príncipe. ¿Y vos, Bricoli?

Bricoli. Yo prenderia á todo el mundo, señor.

El Príncipe. ¿Y el coronel?

Boubard. ¿Yo?... Yo fusilaria á los demás.

El Príncipe (*á Eva*). Estos son los conservadores. (*Alto.*) Entonces todos estais por la violencia.

Los tres. Todos, señor.

SOTTOBOIO. Es lo mas oportuno. (*Los tres permanecen en segundo término, deliberando durante el coloquio siguiente.*)

EL PRÍNCIPE. Cargas de caballería, prisiones... la batalla... Vamos, vamos... Vuelvo á mi idea: la maleta.

EVA. ¡Cómo! ¿Partir?

EL PRÍNCIPE. Un entresuelo en París en el *boulevard italiano;* me consagraré á la música y esto es cien veces preferible á mi principado.

EVA. ¡Abdicar! ¡Vaya! ¡vaya! Nunca debe abdicarse.

EL PRÍNCIPE. ¿Y es una americana quien habla?

EVA. ¡Oh! Pero antes de ser americana, soy mujer. Yo no admito que huyais de Rabagás. Todo, menos el ridículo.

EL PRÍNCIPE. Cedo al progreso.

EVA. ¡Ah! El progreso en Mónaco sois vos. ¡Buena sería una república de Camerlines! ¡Qué horror! Amo demasiado la libertad para querer semejantes republicanos.

EL PRÍNCIPE. Entonces... (*Se oye de repente por la parte de la cervecería una orquesta compuesta de juguetes infantiles dando una cencerrada.*) ¿Qué viene á ser eso?

EVA. Eso es una cencerrada.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, CÁRLOS, ANDRÉS.

EL PRÍNCIPE. ¡Una cencerrada!... dirigida á mí sin duda?

EVA. ¡Qué filarmónicos son todos estos italianos!... Es la sinfonía de Romberg. (*Cesa la música.*)

SOTTOBOIO. Y bien, señor, ya veis... ya veis.

EL PRÍNCIPE. Es demasiada audacia. Teneis razon, señores. Una vez que me obligan á ello... Capitan, vuestros hombres... pronto.

EL CAPITAN (*con viveza*). Al momento, señor. (*Da sus órdenes á Cárlos y á Andrés.*)

EVA (*tomándolo aparte*). ¿Qué vais á hacer?

EL PRÍNCIPE. Lo que desean, arrasarlo todo.

EVA. ¡Otra locura!

El Príncipe. Pero veamos, mistress: entendámonos..... ¿No quereis que parta?

Eva. No.

El Príncipe. Entonces quereis que estalle mi enojo.

Eva. No.

El Príncipe. Pues ¿qué quereis entonces?

Eva. Que os mantengais firme y hagais sentir vuestro poder, pero por otros medios que esos á que recurrís.

El Príncipe. Pero en fin, la política no tiene tantos recursos.

Eva. Entonces es que chochea. ¡Cómo! Todo se perfecciona y rejuvenece, y la política no pasa de sus viejos procedimientos!... Vamos, eso no es posible: en la política debe haber tambien algo nuevo.

El Príncipe. No.

Eva. Sí.

El Príncipe. No.

Eva. Entonces inventemos.

El Príncipe. ¿Qué?

Eva. ¿Qué sé yo? Eso no es competencia mia: yo soy mujer... pero tengo el instinto. Y bajo el punto de vista artístico, es horrible vuestro procedimiento. Prender á las gentes... y brutalmente!... ¡Bah! ¡bah! tened el ingenio parisiense.

El Príncipe. Y ¿qué quereis que haga aquí el ingenio?

Eva. ¡Cómo! ¿No seria chistoso trastornar los cubiletes de ese saltimbanquis de modo que no diera luego pié con bola? Pues á fe que seria chusco.

El Príncipe. Muy chusco... pero al fin política de mujer.

Eva. No es tan necia: no atacar nunca directamente el obstáculo, sino rodearlo.

El Príncipe. ¡Oh! Bien conozco ese medio.

Eva. Pues bien: á rodearlo.

El Príncipe. Os comprendo... En vez de quemar la pólvora.....

Eva. Mojarla.

El Príncipe. Pues bien, escuchad, señora; acepto esa política femenil; pero con una condicion... dictadla.

Eva. ¡Yo!

El Príncipe. Sí.

Eva. ¡Qué locura!

El Príncipe. De ninguna manera Vos teneis el sentimiento de la situacion; yo no: iluminadme.

Eva. Vamos, os chanceais.

El Príncipe. Hablo sériamente. Si me abandonais á mí mismo, haré algun acto de rigor que será una inconveniencia: vale mas que colaboremos juntos. Mis soldados van á dormir ahora, y desde mañana comenzaremos á ensayar una politica hábil.

Eva. Entonces siento mucho haberme dejado arrastrar...

El Príncipe. ¡Cuidado, señora! mi suerte está en vuestras manos, y si á consecuencia de lo que voy á hacer ahora, me hundo... lo cargo á vuestra conciencia.

Eva. ¡Ah! Pero V. A. es un traidor.

El Príncipe. ¿Estamos convenidos?

Eva. No, no; me es verdaderamente imposible.

El Príncipe. Entonces... Capitan?

Eva (*con viveza*). Esperad. Decís que me hareis responsable...

El Príncipe. De todo.

Eva. Pero veamos, señor... una mujer...

El Príncipe. Sí, pero ¡qué mujer!

Eva. ¿Es preciso, pues, que me quede?

El Príncipe. En palacio.

Eva. ¿En vuestra casa?

El Príncipe. Sin duda.

Eva. ¡Ah! no, no... Exigís demasiado.

El Príncipe. Pues ¿qué? ¿habia de dejar en la fonda al jefe de mi gabinete?

Eva. ¡Buen papel me proponeis!

El Príncipe. ¡Ah! Permitid...

Eva. Pero, de buena fe, ¿con qué titulo?

El Príncipe. ¿Con qué titulo?... Hay uno.

Eva. ¡Ah!

El Príncipe. Excelente, admirable. Os nombro dama de palacio.

Eva. ¿Dama de palacio?

El Príncipe. Y por consiguiente aya de mi hija. ¡Ah!

mistress, esta vez es preciso que cedais. No hay empleo mas honorable, ni puedo poner en mejores manos mi confianza. ¿Tendreis todavía excusas?

EVA. Bien sé que la presencia de la princesa concilia muchas cosas.

EL PRÍNCIPE. Lo concilia todo. La misma habitacion.

EVA. Eso no impedirá que la maledicencia...

EL PRÍNCIPE. Procurad contenerla.

EVA. Pues bien... pero quince dias no mas.

EL PRÍNCIPE. Pongamos treinta.

EVA. No, no, quince.

EL PRÍNCIPE. Entonces no vale la pena de ensayar... Capit...

EVA (*con viveza*). No lo llameis; esperad. ¡Oh Dios! ¡Cómo me comprometeis con vuestros soldados! Tambien condesciendo. Vaya por un mes.

EL PRÍNCIPE (*viendo á la princesa y saliendo á recibirla*). Hija.

EVA (*aparte*). Ea, héme ya metida en la diplomacia. Veremos como salgo del paso.

ESCENA XV.

LOS MISMOS, GABRIELA, Mlle. de THEROUANE, la BARONESA, DAMAS, CRIADOS con candelabros.

EL PRÍNCIPE. Venid, princesa, venid á saludar á vuestra nueva aya mistress Blounth, que ha tenido á bien aceptar el cargo de dama de palacio.

GABRIELA (*á Eva*). Señora, tened la bondad de permitirme que os abrace.

EVA (*inclinándose*). Princesa...

EL PRÍNCIPE (*al capitan*). Capitan, podeis despedir ya á vuestros hombres.

EL CAPITAN, SOTTOBOIO y BRICOLI (*desalentados*). ¡Ah!

EL PRÍNCIPE. He cambiado de parecer. (*Gabriela y Cárlos cambian una mirada que sorprende á Eva.*)

EVA (*aparte*). Os vigilaré.

EL PRÍNCIPE. Mistress, la noche ha cerrado... Si quereis aceptar mi brazo...

EVA (*indicándole á Cárlos*). Perdonad. ¿Quién es ese jóven?

EL PRÍNCIPE. Un sobrino mio, por parte de la difunta princesa.

EVA. ¡Ah!

EL PRÍNCIPE. ¿Por qué?

EVA. Por nada.

CÁRLOS (*bajo á Gabriela pasando junto á ella*). ¿Esta noche?

GABRIELA. Sí.

EVA (*que ha sorprendido esta cita. Aparte.*) ¡Está bien! (*Al Príncipe aceptando su brazo.*) Señor..... (*Vuelve á oirse la cencerrada.*) ¡Ah! segunda edicion!

EL PRÍNCIPE. Y luego dicen que la música suaviza las costumbres. (*Van retirándose.*)

BRICOLI (*siguiéndolos con la vista*). ¡Qué decepcion! Mónaco ha caido en manos de una mujer. (*Cae el telon, mientras que continua la cencerrada*)

FIN DEL PRIMER ACTO.

ACTO SEGUNDO.

La redaccion de la *Carmañola* en el *Sapo-Volador*; sala en piso principal. — En medio del fondo, puerta vidriera que comunica con el billar del establecimiento. — A la izquierda una ventana que da á una azotea adornada con vides y jarros de tierra, desde donde se domina el campo. — En primer término y al mismo lado una puerta mugrienta por donde se baja á la imprenta — A la derecha la puerta de entrada, un banco de mimbre y una hilera de pipas. — Una gran mesa cubierta de periódicos, libros, etc. á la derecha de la escena. — Sofá de cuero á la izquierda. — En el fondo, entre la puerta de entrada y la del billar, una especie de cepillo ó alcancía.— Encima un busto de convencional. — En las paredes caricaturas, anuncios, etc. En la puerta vidriera del billar una inscripcion en que solo se distinguen las palabras *Dios* y *cincuenta céntimos*.

ESCENA PRIMERA.

CAMERLIN, UN MOZO, UNA CRIADA que acaba de limpiar el polvo, y luego UN VEJETE.

CAMERLIN (*sentado al borde de la mesa cortando periódicos con unas tijeras*). ¡Vamos, vamos pronto!... El grande hombre va á llegar. Espero que su almuerzo esté dispuesto.

LA CRIADA. No hará falta, señor Camerlin.

CAMERLIN. En hora buena.

EL VEJETE (*saliendo. Al mozo.*) ¿La redaccion de la *Carmañola?*

CAMERLIN. ¿Qué se ofrece? No puede uno trabajar tranquilamente en su diario.

EL VEJETE (*deslizándose tímidamente entre la mesa y la pared*). Quisiera hablar al ciudadano Rabagás.

CAMERLIN. ¡Oh! No se habla así como quiera con el ciudadano Rabagás. ¿Teneis esquela de audiencia?

EL VEJETE (*con humildad*). No tengo esa dicha.

CAMERLIN (*ablandado por su humildad*). El grande hombre está en Niza donde defiende ante la justicia á uno de nuestros hermanos. (*Con bondad.*) Pero puedes hablarme á mí por él: es lo mismo.

EL VEJETE (*presentándole un borrador*). Es una obrita de que desearia se ocupara favorablemente la *Carmañola.*

CAMERLIN (*tomando el libro*). *Guia-Manual del insurrecto.* ¡Buen título!

EL VEJETE (*temblando de emocion*). Es el trabajo de toda mi vida, ciudadano, y el epígrafe te dirá su espíritu.

CAMERLIN (*leyendo*). «El desprecio de la ley y la destruccion de las instituciones establecidas forman el primer deber del hombre libre.» ¡Perfectamente! ¡Excelentes principios!

EL VEJETE (*radiante*). ¿Puedo, pues, esperar?...

CAMERLIN. Yo mismo informaré, ciudadano. (*Haciendo un gesto para despedirlo.*) Salud y fraternidad. (*A los mozos.*) Vamos, vamos pronto. Siento ya sus pasos.

ESCENA II.

CAMERLIN, BIGORRO.

BIGORRO (*jadeante y con un album en la mano*). Sí, sí, despachaos!... porque viene pisándome los talones.

CAMERLIN. ¿Lo has visto tú, ciudadano?

BIGORRO. ¿Que si lo he visto yo? ¡Voto á dios Baco! Lo he visto y oido en Niza, donde ha pronunciado un discurso que hubiera dejado bizco al mismo Ciceron. ¡Qué éxito!

CAMERLIN (*estrechándole la mano con efusion*). Gracias, amigo. Pero dime ¿quién eres?

BIGORRO. Bigorro... ártista escultor, que solicita el honor de hacer su busto... ¿Y tú?

CAMERLIN. El ciudadano Camerlin, su íntimo amigo, antes fray José.

BIGORRO. ¡Un desenfrailado! ¡bravo!

CAMERLIN. Redactor de la *Carmañola* y dueño del *Sapo-Volador*.

BIGORRO (*mirando alrededor*). Sea en hora buena.

CAMERLIN. Un establecimiento, ciudadano, que no hacia cincuenta francos diarios, cuando no tenia por clientela mas que la gente de palacio; pero que pasa de los trescientos, desde que ha venido á ser el cuartel general de la democracia.

BIGORRO (*tomando una copa que le sirve un mozo*). ¡Pardiez!

CAMERLIN. Abajo el café, aquí el periódico, allá la imprenta y por todas partes se discute y se grita. Y cuanto mas se grita, mas se bebe, y cuanto mas se bebe... mas se bebe. ¡Y el Valentinois espera luchar!

BIGORRO. ¡Imbécil!

CAMERLIN. Ayer mismo se lo dije: Sereis tragado como un sorbete.

BIGORRO. ¿Y qué te contestó?

CAMERLIN. Me ofreció un cigarro.

BIGORRO. El miedo...

CAMERLIN. Como todos los tiranos cuando están enfrente de un carácter.

BIGORRO. Es claro.

ESCENA III.

LOS MISMOS, VUILLARD.

(Vuillard sale por la puerta de la imprenta, encorvado, grasiento, y con unas pruebas en la mano.)

CAMERLIN (*á Bigorro*). El ciudadano Vuillard, uno de nuestros redactores. (*A Vuillard.*) Un hermano, un puro entre los puros, y sobre todo fanático del grande hombre.

VUILLARD (*con acritud*). ¿Qué grande hombre?

BIGORRO (*vivamente*). Rabagás.

VUILLARD (*encogiéndose de hombros*). ¡Grande hombre!... Vete allá. (*Refunfuñando.*) ¡Porque charla hasta por los codos!... (*Va á la mesa á corregir sus pruebas.*)

BIGORRO (*desconcertado*). Me parece que la patria debe estar orgullosa...

VUILLARD. ¡Grandes hombres!..... No hacen maldita la falta... Eso se opone á la igualdad.

BIGORRO. ¡Ah!

VUILLARD. ¿Qué oficio tienes tú?

BIGORRO. Escultor.

VUILLARD. Hé ahí un oficio perjudicial.

BIGORRO. ¿La escultura?

VUILLARD. Todas las artes... Eso lleva á la corrupcion.

BIGORRO. ¡Bah!

VUILLARD. Es decir que te ocupas en hacer estatuas.

BIGORRO. ¡Pardiez!

VUILLARD. ¡Hombres de piedra! ¡Qué ocupacion tan útil! Yo prefiero á un buen operario que tenga hijos sanos y robustos.

CAMERLIN. Aquello tiene tambien su mérito.

BIGORRO. Una bella estatua de héroe...

VUILLARD. De mármol ¿no es verdad?

BIGORRO. Cuando se puede...

VUILLARD. ¡Bah! Miseria! ¡No nos falta mas sino volver al siglo de Luis XIV!

BIGORRO (*aparte á Camerlin*). Es un vinagre este hombre.

CAMERLIN. Un hombre exasperado por la lucha. (*Se oyen voces fuera.*)

BIGORRO. Esos gritos...

CAMERLIN. Es él...

VOCES FUERA. ¡Viva Rabagás! (*El billar del fondo se puebla con los consumidores de abajo.*)

ESCENA IV.

LOS MISMOS, CHAFFION, NOISETTE, luego RABAGÁS, EL VEJETE, GENTE DEL CAFÉ Y DE LA IMPRENTA, que acude por todas partes.

NOISETTE. ¡Todo el mundo arriba!

CHAFFION (*en mangas de camisa con su taco de billar en la mano*). ¡Presenten!... ¡Armas! (*Presentan sus tacos los jugadores como haciéndole honores. Aparece por el fondo Rabagás, puesto de levita negra y corbata blanca. A su vista estalla una tempestad de entusiasmo: solo Vuillard se mantiene indiferente mirando con menosprecio. Todo se llena de gente.*)

CAMERLIN. Haced al grande hombre los honores debidos.

TODOS. ¡Tran! tran! ran! plan! ¡Chim! chim! chim! rim!

CAMERLIN. ¡Viva Rabagás!

TODOS. ¡Viva!

RABAGÁS. ¡Amigos mios!... ¡hermanos! (*Con fuerza.*) ¡Ciudadanos!

CHAFFION (*solo, aplaudiendo y gritando*). ¡Bravo! bravo!

RABAGÁS. Me abrumais. ¡Gracias, ciudadanos!

CHAFFION. ¡Sobre la mesa! ¡Que suba sobre la mesa! (*Arrebatan á Rabagás y lo ponen sobre la mesa, agrupándose todos alrededor, unos de pié y otros sentados. Bigorro se pone á trazar el perfil del grande hombre.*)

TODOS (*aplaudiendo*). ¡Bravo! bravo! bravo!

RABAGÁS (*de pié sobre la mesa*). ¡Ciudadanos!...

TODOS. ¡Schit!... Silencio!... Atencion!

RABAGÁS (*continuando*). Disputando al verdugo la cabeza de Bezuchard, no he hecho mas que cumplir con mi deber...

UNA VOZ. ¡Silencio, pues!... Escuchad!

RABAGÁS. Hijo de un padre asesino, asesino tambien él; miembro desheredado del órden social y dotado por la naturaleza de instintos crueles y feroces, Bezuchard tenia derecho á todo mi apoyo; y allí donde la justicia me denunciaba á un homicida, no he debido ver ni he visto mas que

una víctima. (*Murmullos de aprobacion.*) Poco importa que Bezuchard hubiera dado muerte á un anciano aporreándolo con un duro zueco: el verdadero culpable no es Bezuchard... (*¡Nó! nó!*) es la naturaleza que le dió apetitos de tigre... (*¡Sí! sí!*) es una sociedad improvida donde el infeliz dotado de los instintos del asesinato, no encuentra útil empleo de sus facultades destructivas.

Todos. ¡Bravo! bravo!

Rabagás. En fin, ciudadanos. ¿Quién era el anciano asesinado? Un guarda campestre. (*Murmullos de menosprecio.*) Uno de esos agentes de una autoridad quisquillosa, que no ven en el mandato que se les ha confiado sino un medio de vejar á sus conciudadanos. (*¡Sí! sí!*) Ahora bien, ese supuesto crimen no era ya un delito comun, pues tomaba un carácter político que envolvia desde luego circunstancias atenuantes.

Voces. Eso, eso.

Rabagás. No; asesinar á un guarda campestre no es asesinar á un hombre, sino aplastar un principio.

Todos. ¡Sí! sí!

Rabagás. Este sistema ha triunfado... Bezuchard ha sido absuelto y está en libertad.

Todos. ¡Ah! ¡Oh!

Rabagás. Y si este triunfo me inspira un legítimo orgullo, no creais que lo atribuyo á la virtud de mi pobre elocuencia.

Todos. ¡Sí! sí!

Rabagás. No... ese triunfo prueba una vez mas la solidez, la invencible evidencia de los inmortales principios, á los cuales todos estamos dispuestos á sacrificar, vosotros mi vida y yo la vuestra.

Todos. ¡Sí! sí! ¡Bravo! bravo!...

Camerlin. ¡Viva Rabagás!

Todos (*aullando*). ¡Viva! (*Lo bajan de la mesa, le estrechan la mano y lo estrujan y sofocan con el mayor entusiasmo.*)

Rabagás (*abrumado bajo tanta efusion*). ¡Amigos mios!... ¡hermanos!... mi emocion... (*Aparte á Camerlin.*) Desembarázame de estos animales... Me abraso de sed. (*Se oculta por la derecha.*)

CAMERLIN (*amparándolo con su cuerpo*). ¡Ciudadanos! El grande hombre está fatigado y pide algun reposo.

CHAFFION (*sobre la mesa*). El amigo del pueblo no debe reposar.

RABAGÁS (*aparte*). ¡Bribon!

CAMERLIN. Dejadlo prepararse para nuevos combates.

TODOS. ¡Sí! sí!

EL VEJETE (*estrechando la mano del héroe*). Toca esos cinco, ilustre ciudadano.

OTRO (*con las manos muy sucias*). Hasta la muerte, compañero.

RABAGÁS. Así sea. (*Le da con repugnancia la mano y se la limpia luego á hurtadillas. Camerlin toma á Noisette como una pluma y echa afuera á todo el mundo.*)

CAMERLIN (*á Bigorro*). Harás el busto, descuida; pero véte, véte tambien por ahora.

EL VEJETE. ¡Viva Rabagás!

TODOS. ¡Viva!

ESCENA V.

RABAGÁS, CAMERLIN, VUILLARD, luego CHAFFION.

RABAGÁS (*arrancándose la corbata*). ¡Ah!.... No puedo mas.

VUILLARD (*sonriendo malignamente*). ¡Pardiez! Te pagas de los triunfos.

RABAGÁS (*á Camerlin, quitándose la levita*). Un par de huevos... un par de chuletas... cualquier cosa. (*Con espanto oyendo gritar fuera.*) ¡Mil diablos! Creo que vuelven.

CAMERLIN (*despues de hablar á un mozo*). No, se van ya... ¿Y ese viaje?

RABAGÁS (*lavándose la cara en una cubeta que le presenta la criada en el fondo*). Todo va bien... hay calor... he encontrado á nuestro general.

VUILLARD Y CAMERLIN (*con viveza*). ¡Ah!

RABAGÁS. Sí, en Niza... en la mesa de la fonda... Va á venir. Por lo demás, en todo el partido una concordia... como aquí. ¿Está listo el periódico?

VUILLARD (*con hiel*). Pregúntaselo á Camerlin, que es quien lo hace todo.

CAMERLIN. Oye tú, zumo de limon, no empieces ya á agriarme, porque entonces...

VUILLARD. ¿Qué?

RABAGÁS. Vamos... fraternidad y paz. La hostilidad y la guerra para el enemigo comun.

CAMERLIN (*gritando en la escalera de la imprenta*). ¡Hé! Noisette!... Las pruebas.

RABAGÁS. ¿Está ya compuesto el número? (*Le sirven el almuérzo en una mesita.*)

VUILLARD. Medio compuesto está.

RABAGÁS (*sentándose á la mesa*). ¿Qué noticias hay?

CAMERLIN. Un monton. La veda del jardin, cerrado ya al público... mi entrevista con el *tio*... nuestra cencerrada de ayer...

RABAGÁS (*con la boca llena*). ¿Eh?

VUILLARD. ¿No has leido la hoja de esta mañana?

RABAGÁS. No; si acabo de llegar.

CAMERLIN. Entonces no sabes la historia de esta noche.

RABAGÁS. No sé nada.

CAMERLIN (*sentándose en el banco, Vuillard se apoya de codos detrás de él*). Pues oye lo bueno. A eso de la una de la madrugada habia aquí media docena de amigos discutiendo sobre el incalificable hecho de haber cerrado los jardines. Noblemente estimulado por las hazañas del célebre Chaffion, que la noche precedente tuvo la buena ocurrencia de hacer la caricatura del Príncipe en un pilar del parque, Rapiat, que es de los buenos, hace la apuesta de ir á colgar á las ventanas de S. A. una corona de cardos...

RABAGÁS. ¡Bravo!

CAMERLIN. Y diciendo y haciendo... muy luego se pone en marcha, achispado por supuesto.

RABAGÁS. Como siempre.

CAMERLIN. Armado con sus cardos y una escala y seguido de vista por la tertulia, pone su escala á dos pasos de la puerta verde que da á la callejuela, trepa y va á ganar ya el caballete, cuando de pronto se abre la puerta y sale del parque un hombre arrebujado en su capa hasta los ojos.

RABAGÁS. ¡Pardiez!

CAMERLIN. Rapiat da un grito... el hombre da un puntapié á la escala, la cual cae al suelo, y el pobre Rapiat con ella, y los cardos con él.

RABAGÁS. ¡Qué imbécil!

CAMERLIN. Acuden los amigos... pero el hombre estaba ya léjos, y solo encuentran á Rapiat con las narices aplastadas y echando mas vino que sangre... Lo traen... lo acuestan... le dan un cordial de lo tinto, bastante cargado para recuperar la sangre perdida y... aun está arriba roncando.

RABAGÁS. ¿Y el hombre?

VUILLARD. Desconocido.

RABAGÁS. ¿Y no hay ningun indicio que pueda darnos luz?

CAMERLIN. Una capa hasta los ojos, un sombrero hasta la capa y unos piés... que ni de liebre.

RABAGÁS. ¡A las dos de la madrugada!... es curioso en verdad.

VUILLARD. Es inútil decir que sobre eso he escrito un articulejo que arde en un candil.

RABAGÁS. Bien hecho.

VUILLARD. «Los jardines de Caprea.»

CAMERLIN. Buen título ¿eh?

RABAGÁS. ¡Pardiez! Envenenemos esto... Demos un boletin de salud.

VUILLARD (*sentándose y tomando la pluma*). Excelente idea... ahora mismo.

CAMERLIN (*por encima de él*). Perfectamente.

NOISETTE (*saliendo de la imprenta con las pruebas*). Aquí están las pruebas.

RABAGÁS. ¡He! muchacho, ¿dónde está Rapiat?

NOISETTE. ¿Rapiat? Allí mismo donde lo dejaron.

RABAGÁS. Pero ¿cómo está?

NOISETTE. ¿Que cómo está?... Borracho como una cuba, y jurando como un renegado.

RABAGÁS (*á Vuillard*). Boletin. Escribe pues: «La fiebre aumenta... el honrado y pobre herido murmura en su delirio la palabra *libertad.*»

CAMERLIN. ¡Magnífico!... ¿Y su mujer? (*A Noisette.*)

NOISETTE. ¿Su mujer?... Muy contenta, como debe estar: esto le vale cuarenta y ocho horas de paz con su marido, que no puede zurrarle ahora la badana.

RABAGÁS. Boletin. «La infeliz madre y sus pobres hijos anegados en llanto á la cabecera de su cama.»

VUILLARD. Muy bien; ya está.

CAMERLIN (*dando á Noisette la cuartilla*). Da esto á componer.

RABAGÁS. Menea esos piés. (*Va al fondo á tomar una pipa. Noisette entra en la imprenta apresuradamente.*)

VUILLARD (*mirando las pruebas*). ¿Cuántas líneas compondrá todo esto?

RABAGÁS. Con mi defensa... unas tres páginas y media.

CAMERLIN. Entonces falta media página. (*El mozo sirve á Rabagás café y copas.*)

RABAGÁS (*encendiendo su pipa y sentándose*). Improvisemos unas *Variedades*..... pero calientes, muy calientes, que causen impresion.

CAMERLIN (*escribiendo*). A ver esto: «Esta noche gran concierto de música y canto en palacio..... en la calle concierto de maldiciones.» (*Ruido en el fondo y en el café, disputando.*)

VUILLARD (*gritando desde su asiento*). ¡Con mil diablos! dejadnos en paz, ciudadanos de la gran... metrópoli. No podemos trabajar. (*Cálmase el ruido.*)

RABAGÁS. Continuemos. Alguna cosa un poco mas séria. Por ejemplo: el decreto de esta mañana sobre el impuesto que sustituye al derechó de salida.

VUILLARD (*con viveza*). ¡Bah! ¡bah! No nos faltaba mas sino confesar que el gobierno hace algo bueno.

CAMERLIN (*mirando con sorpresa á Rabagás*). Eso nunca.

RABAGÁS. Pero callar, de ningun modo: eso seria desleal. (*Camerlin y Vuillard se miran con estupor.*) Escribe: «El gobierno adopta por fin una medida que venimos reclamando hace seis meses. Y lo hace de tan mala voluntad, que nos dispensa de todo agradecimiento.» ¿Qué tal?

CAMERLIN (*escribiendo*). De esta manera...

VUILLARD (*tranquilizándose*). Está bien.

CAMERLIN. Veinte líneas... Aun nos falta bastante.

RABAGÁS (*tomando de la mesa unas cartas*). Registremos la

correspondencia... Una carta de un soldado. (*La pasa á Vuillard y se sienta al borde de la mesa.*)

VUILLARD. Excelente.

CAMERLIN. Lee.

VUILLARD (*leyendo*). «Ciudadano...»

CAMERLIN. Una línea y dos blancos.

VUILLARD (*continuando*). «Recurro á la via de vuestro estimable periódico, para proponeros la cuestion siguiente: Como ciudadano, ¿debo obediencia á mi sargento mayor?»

LOS TRES. ¡Nunca!

RABAGÁS (*á Camerlin*). Comentario. Otra prueba mas de las simpatías del ejército. Lo floreas un poco y adelante.

CAMERLIN. Comprendido.

VUILLARD (*leyendo*). «Reunion de los braceros. Ciudadanos.»

CAMERLIN. Una línea y dos blancos.

VUILLARD (*continuando*). «La reunion de los braceros tiene el honor de participaros sus conclusiones. El jornal del trabajo será reducido de diez horas á ocho, tres de las cuales se dedicarán al reposo: total, cinco horas de trabajo que serán pagadas como diez.»

RABAGÁS. Bien.

VUILLARD (*concluyendo*). «Y en atencion á que el domingo, que ha pasado hasta aquí por un dia de descanso, no es en realidad sino un dia de fatiga, pues se dedica al placer..... el lunes, dedicado á descansar del domingo, será sin embargo pagado como dia de trabajo. Queda pendiente la cuestion del jueves.»

RABAGÁS. Muy bien.

CAMERLIN (*tomando de la mesa un libro*). La suscricion ahora.

RABAGÁS. ¿Da resultado?

CAMERLIN. No mucho. (*Leyendo.*) «Suscricion en favor de la viuda Ragouin para indemnizarla por el cerdo aplastado por el carruaje de S. A.»

VUILLARD (*que encendia un cigarro; deteniéndose*). ¡El cerdo!... Vete al diablo con tus repulgos de lengua aristocrática. ¿Por qué no ha de emplearse la palabra propia, que es *puerco?*

CAMERLIN (*con embarazo*). ¡Pardiez! lo mismo da.

VUILLARD. Yo hablo al pueblo la lengua del pueblo. Exijo la palabra *puerco*. Y si supiera un vocablo mas puerco que *puerco*, habia de exigirlo todavía.

RABAGÁS. Vaya por *puerco*. (*Nuevo ruido de disputa. Agudos gritos femeninos en la escalera.*)

VUILLARD. ¡Otra vez!

CAMERLIN (*de pié*). ¡Mil diablos!

RABAGÁS. ¡A ver si se calla!

CAMERLIN. ¿Qué viene á ser eso?

CHAFFION (*desde la puerta de la escalera*). No es cosa mayor... Dos mujeres que se peinan. (*Aumenta el ruido.*)

RABAGÁS. Ve á ver qué diablos ocurre.

CAMERLIN. ¡Voto á dios Baco! (*Desaparece. Va calmando el ruido.*)

RABAGÁS (*á Vuillard*). Total?...

VUILLARD (*mirando la lista*). Cuarenta y siete francos.

RABAGÁS. Es bastante... Ciérrese la lista.

VUILLARD. Faltan todavía cinco ó seis líneas.

CAMERLIN (*volviendo con un papel en la mano*). Aquí las traigo. «Ayer, á las diez, tuvo lugar el entierro civil de la ciudadana Lamouraille. Su marido pronunció sobre su tumba un discurso, inspirado en el mas puro materialismo, expresando la ardiente conviccion de no volver á ver en ninguna parte á la compañera de su vida. Esta tierna profesion de fe conmovió vivamente á la concurrencia.»

RABAGÁS (*acabando de escribir*). ¡Completo!

CAMERLIN. A escape. (*Entrega las pruebas á Noisette, que vino con él, y desaparece apresuradamente.*)

RABAGÁS. Ahora, mis queridos concolegas, nos falta lo mejor. En presencia de los acontecimientos que se preparan, es indispensable una proclama, escrita con pólvora y fuego; proclama que debe fijarse en todas las esquinas de la ciudad. En materia de conmociones y tumulto populares, todo está en la proclama. Escribid, pues... yo improviso. (*Va y viene paseando por la escena.*)

«Pueblo Monegasco:

»No solamente en nombre de la libertad, sino tambien en el de la moral ultrajada, hacemos este llamamiento á vues-

tro patriotismo. (*Dando una manotada en la mesa al ir.*) Demasiado tiempo ha dado ejemplo de una corrupcion bizantina ese gobierno depravado. (*Dando otra manotada al volver.*) Demasiado tiempo sus costumbres disolutas han hecho sonrojarse al santo pudor...»

ESCENA VI.

LOS MISMOS, TIRELIRETTE en traje extravagante, TERESITA, de quince años á lo mas.

TIRELIRETTE (*saliendo bruscamente por el fondo, apartando á Rabagás, que hace frente al público delante de la puerta y acercándose á Vuillard*). ¿Es que tú quieres burlarte de mí? Pues te engañas, porque tengo yo la sangre muy caliente para esperar tanto.

CAMERLIN. Oye tú, mala sombra, ninguna falta hacias aquí.

VUILLARD. ¿No podias almorzar sin mí?

TIRELIRETTE. ¿Qué? Cabezas de clavos. Y hasta eso cuesta dinero... ¿Dónde está el dinero?

RABAGÁS (*amostazado*). Ea, ¡silencio!

TIRELIRETTE. ¿Con quién hablas tú, señor del silencio?

CAMERLIN (*entrando en calor*). Contigo, que vienes á escandalizar la redaccion.

TIRELIRETTE. Miren con qué poco se escandaliza fray José.

CAMERLIN. Mas vale callar. Pero á ver si es lícito arrastrar por las calles á una pajarilla de esta edad.

VUILLARD. ¿Qué tiene que meterse este desenfrailado en lo que no le importa?

CAMERLIN (*levantándose amenazador*). Si piensas tú hacer el gallo en este corral, te advierto que no soy gallina.

VUILLARD. Ya sé lo que eres.

CAMERLIN. ¿Qué soy?

VUILLARD. Ya lo sabes tú... un pertiguero de catedral.

CAMERLIN. ¡Voto al diablo!

RABAGÁS. A ver si entrais en órden ú os pongo á todos en la calle.

TIRELIRETTE. ¿Es eso todo lo que tú ofreces, ciudadano Rabagás?

RABAGÁS (*recogiendo lo que hay en la mesa*). Toma... jamon, vino. Pero órden ó me enfado. (*A los otros.*) Adelante. (*Tirelirette y Teresita se llevan los restos del almuerzo á la mesa de la azotea.*)

CAMERLIN (*escribiendo*). Decíamos... «al santo pudor...»

RABAGÁS (*dictando*). «De nuestras virtuosas compañeras, y la honrada sencillez...»

VUILLARD (*á Tirelirette que va y viene por pan, etc.*) A ver si acabas tú de menear las faldas por aquí.

TIRELIRETTE. Si no te gustan estas... cómprame otras mejores.

VUILLARD (*refunfuñando*). Ya te contentarias con que te pagara esas.

TIRELIRETTE. Si tú no me las pagas, no faltará quien me las pague.

VUILLARD (*escribiendo*). «La honrada sencillez...»

RABAGÁS (*dictando*). «De nuestras castas esposas. ¿Sufrirás por mas tiempo ¡oh pueblo! que el dinero ganado con el sudor de tu frente, sostenga la codicia de esas criaturas sin nombre, que son la vergüenza de su sexo?...»

TIRELIRETTE (*viniéndose hácia Rabagás*). ¿No oyes tú, ciudadano? Te digo que está prohibido insultar á las mujeres de bien, y si no lo está, yo te prohibo que me insultes á mí. Yo tengo mi nombre, que es Tirelirette, y le doy á mi sexo todo lo que pide en punto de honor. ¿Estás enterado?

CAMERLIN. ¿Qué dice esa mujer?

RABAGÁS. Amigos mios, hacedme el favor de decirle por dónde se va á la calle.

CAMERLIN. Por allí.

VUILLARD. Véte, pues.

TIRELIRETTE. Dame un luís.

VUILLARD (*registrándose*). Sí... con tal de que despejes... No tengo un mónaco siquiera. (*A Rabagás.*) Dále veinte francos y que nos deje en paz.

RABAGÁS. Gracias. Me debes ya demasiado.

VUILLARD (*saltando sobre el dinero de la suscricion, que le entrega.*) Toma, pues... el dinero del puerco.

TIRELIRETTE. ¡Bah! El dinero no es puerco nunca. Venga.

ESCENA VII.

LOS MISMOS, CHAFFION.

CHAFFION (*saliendo de la imprenta*). Estamos perdidos.

LOS TRES. ¿Qué dices?

CHAFFION. El impresor no quiere tirar.

LOS TRES. ¿Y eso? ¿Por qué razon?

CHAFFION. ¡Héla aquí en su cuenta! 18 mesidor. Alcanza trescientos francos que quiere sin mas demora.

VUILLARD (*repasando la cuenta*). Sórdido conservador.

CAMERLIN. Está vendido á la corte.

RABAGÁS (*registrándose*). ¡Infame!... Pero es preciso salir á todo trance. Aquí hay cien francos. (*Atraida por el son del dinero acude Tirelirette y mira por encima de sus hombros.*)

CAMERLIN. Y ciento veinticinco, que hacen todo mi capital en caja.

VUILLARD (*viendo á Tirelirette*). Y el puerco. (*Saltando sobre ella y recobrando el dinero.*)

TIRELIRETTE (*gritando*). Nó! nó! nó!

VUILLARD Y CAMERLIN. Es un préstamo... ya te se devolverá.

TIRELIRETTE. ¡Puerco de mi corazon!

RABAGÁS. Total: doscientos sesenta y cinco... Hasta trescientos faltan treinta y cinco.

ESCENA VIII.

LOS MISMOS, NOISETTE.

NOISETTE (*á Rabagás*). Ciudadano, abajo hay un hombre que pregunta por tí.

RABAGÁS (*con desvío*). ¡He! Vaya noramala.

NOISETTE. Viene muy bien puesto.

RABAGÁS (*variando de tono*). ¿Bien puesto?

NOISETTE. Y me ha dado esta tarjeta para que lo anuncie.

RABAGÁS. Pues por ahí debiste comenzar. (*Queda estupefacto al ver la tarjeta. Despues lee en alta voz.*) Camilo Desmoulins. (*Muestras de asombro.*)

CAMERLIN. ¿Habrá resucitado?

RABAGÁS (*á Noisette*). Que entre. Hermanos, circunspeccion y mesura... es un antepasado... Sobre todo, no perdamos de vista que nos faltan treinta y cinco francos.

ESCENA IX.

LOS MISMOS, DESMOULINS.

Un jóven corpulento, con pantalon ajustado, botas, chaleco blanco levita verde con botones de oro, corbata blanca, sombrero negro con hebilla, baston y puños de camisola. — Sale á paso lento, mientras se retira Noisette.

RABAGÁS. Ciudadano... salud...

DESMOULINS (*descubriéndose*). Y solidaridad. (*Cambian los otros miradas de sorpresa.*)

RABAGÁS (*mostrando la tarjeta*). ¿Es en efecto Camilo Desmoulins el ciudadano á quien tengo el honor de?...

DESMOULINS. El mismo. (*Estupor general.*)

RABAGÁS. No debes extrañar que nos sorprendamos.

DESMOULINS. Hablando en verdad, yo me llamo Víctor Desmoulins; pero en admiracion del gran hombre cuyas virtudes quiero imitar...

RABAGÁS (*interrumpiéndolo*). Bien, bien; prefiero eso. Si los antiguos tuvieran la humorada de volver..... tendríamos que sentir. Siéntate, hermano, y dinos el objeto de tu visita. (*Siéntase, como tambien Vuillard.*)

DESMOULINS (*tomando una silla*). ¡Dios mio!

RABAGÁS, VUILLARD y CAMERLIN (*levantándose*). Cincuenta céntimos.

DESMOULINS (*sorprendido*). ¿Eh?

RABAGÁS (*indicando un cartel puesto sobre la puerta*). Ese anuncio te dirá que la palabra *Dios* está suprimida entre nosotros; y en él se conmina con cincuenta céntimos de multa el que pronuncie aquí esa palabra anticuada.

DESMOULINS (*un tanto desconcertado*). ¡Ah!... Hé aquí diez sueldos.

VUILLARD (*indicando gravemente el fondo del teatro*). Allá sobre el altar de la patria.

DESMOULINS. ¿Dónde?

TODOS (*tendiendo el brazo solemnemente*). Allá abajo.

CHAFFION. A la izquierda... el cepillo.

DESMOULINS. ¡Ah! ya. (*Va á la alcancía, donde deposita su moneda.*)

TODOS (*dejando caer ahora los brazos*). Eso es.

CAMERLIN (*aparte*). Algo es algo... ya hay eso.

RABAGÁS. Prosigue, pues, ciudadano Desmoulins. (*Siéntanse todos.*)

DESMOULINS (*de pié*). Hijo de un padre que hizo fortuna en los algodones y poseedor de un bonito capital... (*Va á sentarse.*)

CHAFFION, CAMERLIN y VUILLARD (*murmurando*). ¡Hum!

DESMOULINS (*enderezándose*). Estoy dispuesto á consagrarlo al triunfo de nuestra santa causa.

TODOS (*con calor*). ¡Bien! ¡Muy bien!

DESMOULINS (*disponiéndose á sentarse*). Quien no tiene necesidad de eso, gracias á Dios...

TODOS (*levantándose tranquilamente*). Cincuenta céntimos.

DESMOULINS. ¡Ah! ¡Pardiez! es verdad. Os pido perdon por mis distracciones. (*Entrega otra moneda á Chaffion que va á depositarla sobre el altar de la patria, ó sea en el cepillo.*)

CAMERLIN. La poca costumbre... pero ya te irás haciendo.

DESMOULINS. En fin, para comenzar, os traigo...

CAMERLIN (*interrumpiendo*). ¿Tu cuota de suscricion?

DESMOULINS (*sacándose unos papeles del seno*). Un articulillo para la *Carmañola*. (*Decepcion.*) *La rehabilitacion de Marat.*

RABAGÁS. ¡Qué sosería!

VUILLARD. Marat no tiene necesidad de ser rehabilitado.

RABAGÁS (*conteniéndolo con una mirada*). ¿Sabes, ciudadano Desmoulins, las condiciones de la *Carmañola?*

DESMOULINS. ¿Qué condiciones?

CAMERLIN. Veinticinco céntimos por línea para un principiante.

DESMOULINS. Perfectamente. Mi artículo tiene ciento treinta y seis líneas: son, pues, treinta y cuatro francos.

RABAGÁS (*tomando los papeles*). Que eres en deber á la administracion del periódico.

DESMOULINS (*desconcertado*). ¡Ah!... ¿Soy yo quien ha de pagar?

CAMERLIN (*frunciendo las cejas*). Pues ¿qué? ¿Esperabas hacer pagar á la *Carmañola* la hospitalidad que te da?

DESMOULINS (*con timidez*). Nó, pero...

VUILLARD (*con enojo*). ¿Y aumentar todavía tu odioso capital?

DESMOULINS. Nó, nó... ha sido un error... Aquí están los treinta y cuatro francos.

CHAFFION (*á quien se entrega el dinero*). Se salvó el honor de la bandera. (*Aparte y corriendo á la imprenta.*)

DESMOULINS. Ya está pagado... pero es caro ¡ira de Dio...!

TODOS (*con viveza*). Cincuenta cént...

DESMOULINS (*con igual viveza*). Nó, no he acabado de pronunciarlo.

RABAGÁS. Es verdad. (*A Tirelirette.*) Y ahora, mujeres, os lo abandonamos. (*Tirelirette y Teresa se apoderan de Desmoulins.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, NOISETTE.

NOISETTE (*acercándose á Rabagás*). Ciudadano, una dama solicita hablarte.

RABAGÁS. ¡Una mujer!

NOISETTE. Nó, nó, una dama... lleva guantes.

RABAGÁS. ¿Es jóven?

NOISETTE. Y guapa.

RABAGÁS. Que suba. (*Noisette desaparece corriendo.*) A ver, Chaffion, limpia esto. (*Indicando á las mujeres.*)

CAMERLIN. Ea, muchachas, hasta..... nunca. Fuera de aquí.

RABAGÁS (*poniéndose la levita y componiéndose*). Creo que estoy bien para recibir dignamente...

VUILLARD (*con acritud*). Muy bien... ¡Porque es una dama aristocrática! Si fuera una humilde proletaria...

RABAGÁS. ¿Qué murmura este? ¿Que procuro tomar cierto lustre de mera urbanidad?

VUILLARD. No soy amigo de la urbanidad, ciudadano; es contraria á la igualdad.

RABAGÁS (*con grosería*). Entonces, despeja, ¡qué cuerno! Véte, véte á la gran...

VUILLARD. ¡Hola! ¡Te incomodas! Pues oye, Rabagás...

RABAGÁS. Véte, hombre: no tienes razon para quejarte; ya ves cuán grosero soy.

CAMERLIN. Paz, señores. (*Riéndose de la cara que pone Vuillard.*)

VUILLARD. Sí, mas vale reirse. (*Váse por la puerta de la imprenta. Desmoulins y las mujeres desaparecen por la del billar.*)

RABAGÁS (*encogiéndose de hombros y arreglándose la corbata*). ¡Una dama de tono!... Debo parecerle bien. (*A Noisette que aparece en la puerta.*) Sí, sí, que pase adelante. (*Aparte.*) Por mas que se diga... siempre halaga la visita de una dama principal.

ESCENA XI.

RABAGÁS, EVA.

EVA (*desde la puerta*). Caballero..... perdonadme la libertad que me tomo de...

RABAGÁS. Señora, antes bien debo yo excusarme del desórden en que encontrais...

EVA. Si soy inoportuna...

RABAGÁS. ¡Gran Dios! (*Aparte.*) Cincuenta céntimos. (*Alto.*) Tened la bondad de tomar asiento, señora. (*Va á ofrecerle la silla de la derecha, encuentra en ella su pipa y la escamotea, poniendo otra vez la silla bajo la mesa.*) Mil perdones, señora..... está uno tan mal servido por esta gente.. .. (*Le indica el banco de la izquierda.*)

EVA. Me han dicho, caballero, en vuestro domicilio que aquí acaso os encontraria y...

RABAGÁS. En efecto, señora.

EVA. Por lo demás, no abusaré de vuestra bondad robándoos un tiempo precioso. El parecer que vengo á solicitar de vuestro famoso talento, á título de extranjera...

RABAGÁS (*tomando una silla á la izquierda*). ¡Ah! ¿sois?...

EVA. Americana.

RABAGÁS (*inclinándose*). ¡Ah! ese solo título, señora, reclama ya todas mis simpatías. (*Siéntase.*) En ese caso, señora, os dirigis al abogado...

EVA. Eso es... y ciertamente al mas ilustre de todos.

RABAGÁS. Digamos modestamente, señora..... al mas íntegro.

EVA. Pues hé aquí el hecho, caballero: vengo de Nápoles, pero interesándome la presteza y queriendo evitarme el embarazo del equipaje, lo envié delante bajo la custodia de una doncella. Ahora bien, he sabido con asombro esta mañana que está retenido en la aduana de Génova, á pretexto de haber muchos encajes en mi ropa, lo cual dicen ser contrabando.

RABAGÁS *(un tanto desilusionado)*. ¡Ah! ¡es cuestion de encajes!

EVA. Ya veis, caballero, ¡qué golpe para mí! No he podido cerrar los ojos en toda la noche. Ni tengo aquí mas que este traje de camino y otro de sociedad: dos trajes en junto, de veintidos. ¿Qué va á ser de mí con dos trajes solamente á trescientas leguas de mi modista?

RABAGÁS. En efecto, señora. *(Aparte.)* Buena pájara está.

EVA. Poneos en mi lugar, caballero.

RABAGÁS. Ya me pongo, señora, ya me pongo.

EVA. ¿No creeis espantosa mi situacion?

RABAGÁS. ¡Oh! sin duda, señora. Sin embargo, os confesaré que á primera vista esperé un negocio... mas conmovedor, un drama mas íntimo: por una parte un marido acaso... por otra...

EVA. Nó, yo soy viuda.

RABAGÁS. ¡Ah! entonces por otra, solamente..... En fin, no es esto; volvamos á la realidad. Se trata, deciamos, de uno ó dos cofres...

EVA. ¡Cómo uno ó dos, caballero!... ¡de ocho cofres!

RABAGÁS. ¿Ocho?... En hora buena. *(Levantándose.)* Voy á tener el honor de daros el nombre y señas de un colega mio, que es el primer hombre del mundo para esta clase de negocios.

EVA. ¡Ah! ¡caballero! es decir que me negais vuestro apoyo!

RABAGÁS. A pesar mio, señora; pero yo no abogo por mercancias.

EVA. Pero mis trajes, caballero, no son mercancías.

RABAGÁS. Obras de arte sin duda; pero cada uno tiene su

especialidad, y la mia es la política, señora. (*Escribe de pié las señas en la mesa de la derecha.*)

EVA. ¡Ah! ¡Abogais por la política!

RABAGÁS. Y con alguna reputacion, señora; me atrevo á decirlo.

EVA. Pues bien, la aduana pertenece á la política.

RABAGÁS. Acaso..... en cierto concepto... Pero en verdad no es cosa que prometa vuestro negocio. ¡Trajes! ¿Qué quereis que saque yo de aquí?... Si á lo menos tuvierais entre ellos algun folleto, alguna hoja ó número de periódico prohibido.

EVA. ¿Periódico? Sí, sí; todas mis botinas están envueltas en periódicos.

RABAGÁS. ¿Italianos?

EVA. El *Pasquino*, el *Pulcinella*.

RABAGÁS (*con viveza*). ¿Números calientes?

EVA. Con caricaturas.

RABAGÁS. ¿Contra el gobierno francés?

EVA. ¡Oh! muy chistosos.

RABAGÁS. Entonces... adelante.

EVA. ¡Ah! ¿Creeis?...

RABAGÁS. ¡Oh! sí. Política pura, señora... Perfectamente..... vuestros trajes, un pretexto..... lo que se persigue en vuestros cofres es la libertad de la prensa..... Y sois americana. ¡Magnífico! Leo los periódicos en la audiencia y produzco un escándalo, un alboroto, un... Sois condenada y...

EVA. ¿Eh?

RABAGÁS. Y obtengo un triunfo ruidoso.

EVA. ¿Condenada, decís?

RABAGÁS. ¡Bah! Solo á una multa.....: los trajes os quedan... Dejadme obrar. ¿Teneis todos vuestros documentos? boletines, recibos?.....

EVA. Todos.

RABAGÁS (*ofreciéndole la silla de la derecha y tomando su prontuario*). Muy bien, señora. Tendré el honor de ir á recogerlos á vuestro domicilio. (*De pié y en actitud de escribir.*) ¿Dónde vivís?

EVA (*tranquilamente sentada*). En palacio.

RABAGÁS. ¿Eh?

EVA. Patio B, escalera principal, segundo piso.

RABAGÁS. Pero ¿en el palacio de?...

EVA. Sí, del Príncipe. Soy camarera mayor desde ayer y aya de la princesa.

RABAGÁS. ¡Y os habeis dirigido á mí!.... (*Aparte.*) ¡Ay qué pájara!

EVA. ¿Y por qué nó, caballero?

RABAGÁS (*riendo*). Perdonad, señora. Es esto tan gracioso!... Pero sois extranjera por lo tanto ignorais... Se comprende muy bien.

EVA. Tened la bondad de explicarme...

RABAGÁS. En dos palabras, señora. Perteneceis á la corte y venís á consultar con el jefe de la oposicion.

EVA (*ingenuamente*). ¡Ah!..... ¿Hay tambien oposicion en Mónaco?

RABAGÁS. Como en todas partes, señora: es necesaria; sin ella...

EVA. Y esa oposicion ¿tiene por objeto?

RABAGÁS. Contrarestar los actos del gobierno, como sucede en todos los países.

EVA. ¿Por conviccion?

RABAGÁS. A veces...

EVA. En efecto... Ahora comprendo, caballero, que no podais...

RABAGÁS. ¿Abogar por vos?..... De ninguna manera, señora: contra vos... todo lo que se quiera.

EVA. ¡Contra mí!

RABAGÁS. Sin duda... Sois del campo enemigo y disparo ahora contra vos.

EVA. Pero en este negocio...

RABAGÁS. Como en todos.

EVA. Me habeis dicho que me asiste el derecho.

RABAGÁS. ¡Oh! Desde luego, señora; en principio..... Y despues de todo ¿qué importa eso si pruebo al fin que no os asiste tal derecho?

EVA. Pero hace un momento me habeis demostrado.....

RABAGÁS. ¡Oh! Hace un momento no es ahora: ahora os demostraré todo lo contrario.

EVA. Pero esos periódicos avanzados.....

RABAGÁS. Aun vienen en apoyo de mi último argumento. Filósofos! publicistas! pensadores! encorvaos bajo el peso de vuestras ideas y la fatiga de vuestras elucubraciones! Hé aquí en lo que tiene esa corte vuestros ilustres escritos. ¡Con ellos envuelve las botinas de mujer!..... ¡Y qué mujer!...

EVA (*con viveza*). ¿Eh?

RABAGÁS (*tranquilamente*). Perdonad, señora: el calor de la improvisacion..... me creia en la tribuna y...

EVA. ¡Es admirable! Cambiais de conviccion con una facilidad.....

RABAGÁS. ¡Qué cambio! No cambio... es que no la tengo.

EVA. ¡Ah!

RABAGÁS. Para abogar es inútil, es hasta embarazosa. Por otra parte, nosotros no estamos encargados de creer lo que decimos, sino de hacerlo creer; lo que es muy diferente. Que el acusado es culpable. ¿Quién lo sabe mejor que yo, su defensor? Pero cuanto mas lo es, mas mérito hay en hacer creer lo contrario. ¡Oh! si solo se tratara de probar lo que es, lo que uno cree, aquello de que está seguro... estaban de mas los abogados.

EVA. Veo, caballero, que no me han engañado acerca de vuestro talento. Y aun la realidad supera la idea que me habia formado.

RABAGÁS (*inclinándose*). Señora...

EVA. Y ahora comprendo la exclamacion de S. A.

RABAGÁS. ¿Su Alteza?

EVA. Sí, esta mañana, á propósito de vuestro último discurso de defensa, exclamó: «¡Qué hombre! ¡Qué talento!»

RABAGÁS. ¿El Príncipe ha dicho eso?

EVA. Y añadió: «¡Ah! si yo me atreviera...»

RABAGÁS (*con viveza*). Que se atreva.

EVA (*de pié*). Pero no completó su pensamiento.

RABAGÁS (*con despecho*). ¡Ah!... es lástima.

EVA. Me llevo, al dejaros, caballero, un doble pesar.

RABAGÁS. Señora...

EVA. No teneros por defensor de mi causa y estar por lo mismo privada del honor de vuestra visita.

RABAGÁS. ¿Al palacio?

EVA. No se os prenderia, caballero... á menos que no fuera para reteneros en él.

RABAGÁS (*mirando en torno y bajando la voz*). ¡Oh! ¡Dios mio! Mi partido...

EVA (*haciendo una mueca*). ¡Puf!

RABAGÁS (*mirando en torno otra vez*). Permitidme os acompañe hasta el carruaje.

EVA (*sonriendo*). ¿Y vuestro partido?

RABAGÁS (*resuelto á todo y ofreciéndole el brazo*). ¡Puf!

EVA. ¡Ah! nó, nó; no quiero comprometeros. Adios, adios.

RABAGÁS (*con inquietud*). ¡Cómo, adios!... Permitidme, señora, que os conteste: *Hasta la vista!*

EVA (*desde la puerta, con sagacidad*). ¡Oh! ¡Dios mio!... ¿Quién sabe? (*Saluda y desaparece.*)

RABAGÁS (*siguiéndola con la vista*). ¿Quién sabe?... ¿Qué quiere decir esto? (*Con cierta confusion.*) ¿Se burlará acaso de mí?

ESCENA XII.

RABAGÁS, VUILLARD, CAMERLIN, CHAFFION.

LOS TRES (*trágica y vivamente despues de cerciorarse de la partida de la dama*). ¡Rabagás!

VUILLARD. Esa mujer que sale de aquí...

CAMERLIN. Es la favorita del Príncipe.

RABAGÁS. ¡Ah! (*Aparte.*) Entonces no hay duda ya... Se ha burlado de mí.

CAMERLIN (*tomando una copa que quedó sobre la mesa*). ¡Desgraciado! ¡Ay de tí si has bebido!

RABAGÁS (*yendo y viniendo por el proscenio, muy preocupado*). (*Aparte.*) ¡Ah! ¡Se burlan de mí!... ¡Ah! ¡no completan sus pensamientos!... ¡Ah! ¡ponerme la tajada en la boca y luego retirármela!... Bien: voy á hacer estallar un tumulto bajo sus mismas plantas.

CHAFFION (*siguiéndolo*). ¡Nos espian!

CAMERLIN (*lo mismo*). ¡Nos cuentan!

VUILLARD (*lo mismo*). Antes de suprimir el *Sapo*.

CAMERLIN. ¡Y deliberamos, Bruto!

VUILLARD. Bruto, ¡y duermes!

RABAGÁS. ¡He! ¡Mil diablos! Tengo yo mas gana que vosotros de armar la gorda.

CAMERLIN. Y entonces ¿qué nos falta?

RABAGÁS. El pretexto, la ocasion, el petardo, la chispa... el hecho imprevisto que como una mecha aplicada á la pólvora lo haga saltar todo con mil diablos.

VUILLARD. Se inventa.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS, NOISETTE, luego ANDRÉS.

NOISETTE (*corriendo*). ¡Alerta! Un oficial.

TODOS. ¡Aquí!

CHAFFION (*con espanto*). ¡Traicion!

RABAGÁS. ¡Silencio! Apartaos y ni una palabra. Veamos venir.

ANDRÉS (*trae un número del periódico en la mano y saluda con alguna extrañeza viendo que todos le dan la espalda*). Perdonad, señores. ¿El director de este periódico?

RABAGÁS (*volviéndose*). Yo soy. ¿Qué se ofrece?

ANDRÉS (*inclinándose*). Leo, caballero, en el número de esta mañana la narracion de cierto hecho nocturno...

RABAGÁS. Sí, la cuestion Rapiat.

ANDRÉS. Hecho sobre el que quisiera mereceros algunas explicaciones, si sois servido.

RABAGÁS. ¿Con qué título, caballero?

ANDRÉS. Caballero, soy subteniente de guardias de S. A. y como tal responsable de la seguridad del palacio; estando, pues, de guardia esta noche... ya comprendereis cuánto me interesa el asunto. Yo no examino aquí ni el tono de vuestro suelto, ni los comentarios que lo acompañan: son suciedades á que no tocaria yo de buena gana... (*Movimiento general.*)

VUILLARD (*sentado en la mesa con el sombrero encasquetado y riendo con desden*). ¡Bah!

ANDRÉS (*yéndose á él y continuando*). Sino con la punta de mi espada. (*Silencio universal. Vuélvese hácia Rabagás.*) Me atengo exclusivamente al hecho dominante y á la causa que lo ha determinado.

RABAGÁS. Y bien, caballero, ¿negais la verdad del hecho?

ANDRÉS (*tomando una silla que no se le ofrece y sentándose con la calma de quien no piensa en irse sino satisfecho*). Nó, puesto que vengo, al contrario, á informarme sobre sus detalles. ¿Se conoce al autor de este accidente?

RABAGÁS (*sentándose, como Camerlin, por no estar de pié delante de Andrés sentado*). ¡Oh! caballero, esos hombres ocultan demasiado la cara para que pueda conocérseles.

ANDRÉS. Pero la noche no era oscura, y al brusco movimiento de la escala, vuestro amigo pudo haber visto ó entrevisto...

RABAGÁS (*observándolo atentamente*). Nada. (*Andrés no puede reprimir un ligero movimiento de alegría.*) Nada que sepamos, porque se le encontró sin conocimiento.

ANDRÉS (*con inquietud*). Bien, pero despues...

RABAGÁS. ¿Despues?

ANDRÉS. Sí.

RABAGÁS. Despues, caballero... ha muerto. (*Levantándose.*) (*Movimiento de estupor en todos, reprimido por una mirada de Rabagás.*)

ANDRÉS (*levantándose con sorpresa*). ¡Muerto!

RABAGÁS (*sin perderlo de vista*). Muerto.

ANDRÉS (*turbado*). ¿Es posible? Por una simple caida...

VUILLARD. De cabeza.

CHAFFION (*enjugándose una lágrima*). Sí, en la cabeza sufrió toda la fuerza del golpe.

ANDRÉS. Es, en efecto, un accidente sensible, y si pudiera descubrirse quién es el culpable...

RABAGÁS. Acaso buscando bien al rededor de vos, caballero... (*Movimiento de Andrés*) porque bajo la capa de aquel hombre, se cree haber reconocido vuestro uniforme... quiero decir el uniforme de guardia.

ANDRÉS (*apresurándose á salir para ocultar su turbacion*). ¡Ah!... Os doy las gracias por el aviso, caballero... y voy á aprovecharlo ahora mismo... Señores, os saludo. (*Dirigién-*

dose á Vuillard que no se mueve ni se quita el sombrero.) Perdonad... os he saludado. (*Vuillard se descubre.*) Es todo lo que exijo. (*Váse.*)

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, menos ANDRÉS.

RABAGÁS (*con viveza*). Él es.

CAMERLIN. Sí, esa turbacion.

RABAGÁS. ¡Pardiez!

VUILLARD. Pero Rapiat á quien has supuesto muerto...

RABAGÁS. Lo está... es preciso que lo esté.

TODOS. ¿Eh?

RABAGÁS (*con alegría*). ¡Rapiat asesinado por la corte!... Hé aquí ya la chispa, hé aquí ya el petardo... En hora buena... Ahora el tumulto.

CAMERLIN. Es verdad.

RABAGÁS (*con calor*). Pues, manos á la obra. ¡Al arma, ciudadanos!

CHAFFION. ¡Viva la!...

CAMERLIN (*interrumpiéndole*). ¡Cuidado con los espías!

VUILLARD. Cerrad las puertas.

RABAGÁS (*con despecho*). Todavía nó... ¡El general antes! (*A Chaffion.*) Abajo... tomando ajenjo... un desconocido barbudo, exótico... gorra de pieles... condecoraciones fantásticas... botas hasta aquí... Santo y seña: *Omnes... Omnibus.* Corre.

CHAFFION. Al galope. (*Desaparece por el fondo.*)

RABAGÁS (*á Noisette*). Tú á la imprenta. El número de esta tarde, de luto... ¿oyes? un filete negro y ancho así.

NOISETTE. A escape. (*Va corriendo por la izquierda.*)

RABAGÁS (*á Vuillard*). Llama al difunto Desmoulins.

VUILLARD (*con sorpresa*). ¡Bah!

RABAGÁS. ¡Necio! Desmoulins es el tesorero.

VUILLARD. ¡Ah! ciertamente. (*A media voz.*) ¡Cuidado con Camerlin!

RABAGÁS (*idem*). Vigílalo. (*Va por el fondo Vuillard á buscar á Desmoulins que está en el billar.*)

CAMERLIN (*á media voz*). ¡Cuidado con Vuillard!
RABAGÁS (*idem*). No lo pierdas de vista.

ESCENA XV.

LOS MISMOS, PETROWLSKI, DESMOULINS.

(El polaco aparece en el fondo, en el billar.)

RABAGÁS. Ahora que solo estamos aquí hombres de confianza... seguros unos de otros... cerrad las puertas. (*Las cierran. Petrowlski hace su entrada solemnemente. Muchas barbas grises, muchas y extraordinarias cintas, grandes botas.*)

CHAFFION. Aquí está nuestro héroe.

PETROWLSKI (*desde el fondo, con voz gutural*). ¡Salud y fraternidad!

TODOS. ¡Y muerte!

RABAGÁS. ¡Ciudadanos! Os presento un hermano extranjero, el ilustre general Petrowlski... Secretario de M. de Pindray en Méjico, teniente de Urquiza en Buenos Aires, vencedor de Santa-Ana, de Rosas y Soulouque, el general Petrowlski ha puesto su democrática espada al servicio de todas las nacionalidades oprimidas; es el caballero errante de la democracia y el gran comisionista de la libertad.

TODOS. ¡Viva!...

RABAGÁS (*interrumpiéndolos*). ¡Silencio!

TODOS (*en voz baja*). ¡Viva el general Petrowlski!

PETROWLSKI (*exhibiendo sus papeles*). Tengo certificados...

RABAGÁS. Guardadlos, general: harto sabemos quién sois y Mónaco solo espera vuestra espada para ser libre.

TODOS (*á media voz*). Sí, sí.

PETROWLSKI. ¡Ciudadanos!... Si me expreso mal, excusadme: yo hablo todas las lenguas, excepto la de la tiranía.

TODOS (*con entusiasmo*). ¡Muy bien! ¡Bravo!

PETROWLSKI. He venido sin dinero, sin ropa, diciéndome: ¿Qué necesidad tienes de nada de esto? Ese pueblo te alimentará, te vestirá y proveerá á todas tus necesidades. ¿No eres su hermano? (*Estrecha cordialmente la mano á Rabagás y á Camerlin.*)

RABAGÁS. Sí, habeis dicho bien.

CAMERLIN. Muy bien.

RABAGÁS. General, vuestras condiciones serán las nuestras.

PETROWLSKI. Quiero ante todo un buen uniforme con entorchados para que se vea bien que soy yo quien manda las armas de los libres.

RABAGÁS. Lo tendreis.

PETROWLSKI. De este modo iré por todas partes y me saludarán, segun ordenanza.

RABAGÁS. Hablais en plata, general; adelante.

PETROWLSKI. Tambien quiero plata ú oro. El dinero es necesario á los hombres: el soldado que no tiene dinero en el bolsillo... no se bate para defenderlo.

RABAGÁS. ¡Levántate, Camilo Desmoulins!

DESMOULINS. ¿Eh?

CAMERLIN (*abrazándolo*). Hé aquí un capitalista, enemigo de su capital.

VUILLARD (*idem*). Y que ha jurado sacrificarlo en aras de la libertad...

DESMOULINS. Pero...

PETROWLSKI (*estrechándole la mano*). Tú eres mi hermano mayor.

RABAGÁS. Ahora bien, general, con dinero...

VUILLARD. Y con fusiles...

RABAGÁS. Pero con solo un cañon.

PETROWLSKI. En habiendo valor, no se necesita artillería. Lo que yo quiero son hombres, hombres resueltos, que se hagan matar todos... y entonces estoy seguro de la victoria.

RABAGÁS. Tendreis el pueblo entero, general... sin contarnos á nosotros.

CHAFFION. Es verdad; no conteis con nosotros.

CAMERLIN. ¡Pardiez! Si nos mataran á nosotros ¿quién haria batir á los demás?...

TODOS. Nadie... es claro.

RABAGÁS (*á Petrowlski*). En cuanto á las fuerzas enemigas..... hay doce guardias de corps, diez gendarmes y ocho polizontes... total: treinta hombres.

PETROWLSKI. Yo los exterminaré.

VUILLARD. Y á los propietarios.

CHAFFION. ¿La clase media? ¡Bah! ¿Cuándo ha impedido ella una revolucion?

CAMERLIN. Nunca.

RABAGÁS. Al contrario. Ya veis, general, que la partida es buena: obremos, pues.

PETROWLSKI. Sin perder tiempo.

RABAGÁS. Esta misma noche... Esta tarde hay gran concierto y escandalosa comida en la corte... Pues bien, esta noche les daremos nosotros el baile.

TODOS. ¡Bravo!

RABAGÁS. Vuillard, unas angarillas.

VUILLARD. Está bien.

RABAGÁS. Y tú, Camerlin, prepara una docena de antorchas.

CAMERLIN. Es cosa hecha.

RABAGÁS. Y tú, Camilo Desmoulins, dinero.

DESMOULINS. ¿Eh?

TODOS. Dinero.

RABAGÁS. Chaffion, una docena de amigos tuyos, de los mas vocingleros.

CHAFFION. Ya están dispuestos.

RABAGÁS. A las once. Cita, en el *Sapo-Volador*. Se colocará en las angarillas al bruto de Rapiat, que está borracho como una cuba y á quien Camerlin cuidará de mantener en ese dichoso estado, aunque reviente de puro beodo.

CAMERLIN. Dicho está.

RABAGÁS. Chaffion y los suyos lo pasearán por la ciudad vociferando...

CHAFFION (*gritando á media voz*). ¡Venganza!

RABAGÁS. ¡El pueblo se subleva!... El general se viste y monta á caballo!... El movimiento se impulsa hácia el palacio y una vez dado el impulso...

VUILLARD. ¿Y si falla el golpe?

RABAGÁS. Entonces... diremos que ha sido un manejo, una perfidia, una mistificacion de la policía.

TODOS. ¡Pardiez!

RABAGÁS. Pero que no haya error ni desaliento.

CAMERLIN (*espantado, mirando por la ventana*). ¡Ah!

TODOS (*alarmados*). ¿Qué es?

CAMERLIN. Un gendarme.

TODOS (*corriendo á las puertas con espanto*). ¡Un gendarme! (*Gran confusion. Petrowlski se esconde detrás de la mesa.*)

RABAGÁS. ¡Calma, señores! (*A Camerlin á media voz.*) ¿Está solo?

CAMERLIN (*mirando con precaucion por la ventana*). Solo.

RABAGÁS. Háblale con urbanidad.

CAMERLIN (*en la azotea*). ¡Eh! caballero gendarme, ¿quisierais tener la bondad de decirme á quién buscais?

EL GENDARME (*desde fuera*). A Mr. Rabagás.

RABAGÁS (*bajo*). ¿Quien?

CAMERLIN. Si es algun recado que se le pueda trasmitir...

EL GENDARME. Un pliego.

RABAGÁS (*sorprendido*). ¡Para mí!

CAMERLIN. Alzaos sobre la silla y dádmelo: yo se lo entregaré en propia mano.

EL GENDARME. Allá va.

CAMERLIN. Gracias... Tomad, si quereis, un trago ahí en el despacho.

EL GENDARME. No puede ser, estamos sobre las armas.

PETROWLSKI. ¡Ah!

CAMERLIN (*volviendo con el pliego*). Ya ha partido..... El pliego.

RABAGÁS (*precipitándose encima de él*). Dámelo, pues. (*Mirando el sello.*) ¡De la corte! (*Lo abre con pulso febril.*)

TODOS. ¡De la corte!

RABAGÁS (*leyendo con alegría mal disimulada*). «De órden de S. A. el Príncipe de Mónaco, se invita al señor de Rabagás al concierto de palacio.» (*Estupor general.*)

VUILLARD (*tomando la esquela de convite*). ¡Y te convidan!

CHAFFION. Tiene esto un par de bemoles. (*Se miran con inquietud.*)

RABAGÁS (*aparte, con satisfaccion*). Ea, pues... Se deciden... Tiempo es aun.

VUILLARD. ¡Ah! Está él muy orgulloso.

RABAGÁS. Ya lo creo... Por todos nosotros. El poder nos abre sus puertas de par en par.

VUILLARD (*con envidia*). A nosotros nó; á tí...

RABAGÁS. Es lo mismo: en mí se invita al pueblo entero.

VUILLARD Y CHAFFION (*refunfuñando*). ¡Bah! nó.

RABAGÁS. Sí.

CAMERLIN. Pero en fin, tú no asistirás.

RABAGÁS. ¡Que no asistiré!

TODOS. ¡Cómo! ¿Irás á palacio?

RABAGÁS. Me es violento, pero...

CHAFFION (*indignado*). ¡El puro de los puros!

CAMERLIN (*lo mismo*). ¡En dia de jarana!

RABAGÁS (*con viveza*). ¡Precisamente! Eso es lo que mas me obliga. ¿No ha dicho el gendarme que estaban sobre las armas? Es que se teme un movimiento esta noche.

CAMERLIN. Acaso.

RABAGÁS. Seguramente. Y sin duda se han dicho: Rabagás lo dirige todo... Convidemos á Rabagás. Si viene, no hay nada que temer. Y ¡quereis que los prevenga con mi ausencia!... porque si no estoy en palacio, claro es para ellos que estoy en las calles.

PETROWLSKI. Yo...

RABAGÁS (*interrumpiéndolo vivamente*). ¡Oh! vos me comprendeis! me comprende el hombre de guerra!... Mientras que mi vista los tranquiliza y adormece sus sospechas..... ¡oh! esto es admirable; mientras yo los magnetizo, vosotros los atacais con toda seguridad, y obtendreis la victoria, gracias á mi abnegacion.

DESMOULINS Y PETROWLSKI. Bien mirado..... es un buen ardid.

VUILLARD. No estamos de acuerdo.

CHAFFION. ¿Y si te invitan para echarte mano y meterte en chirona?

RABAGÁS. ¡Meterme en chirona!

TODOS. ¡Ah!

RABAGÁS. Gracias por el aviso, hermano. Cuando el deber me manda, una amenaza, un peligro no es un estorbo para mí. Ni tengo el derecho de vacilar. Voy allá resueltamente. (*Hace un movimiento para irse.*)

CAMERLIN (*deteniéndolo*). ¡Con calzon!

RABAGÁS. ¿Eh?

CAMERLIN. ¡Pardiez! No se recibe sino con calzones. Lee.

RABAGÁS. Y bien... un sacrificio mas: no reparo en eso. (*Va á salir.*)

VUILLARD (*interponiéndose*). ¿Y te lo pondrás?

RABAGÁS. Tendré valor para tanto.

TODOS. ¡Un calzon de corte!

RABAGÁS. Despues de todo, no es mas que un pantalon corto.

CAMERLIN. Es la librea de la servidumbre.

RABAGÁS. Yo haré de ella la máscara de la abnegacion.

VUILLARD. Tú calzon, renegado, es la apostasía de todo el 89.

RABAGÁS. ¡Bah! ¡bah! no exageremos las cosas. Robespierre lo llevó siempre.

VUILLARD. No es lo que mejor hizo.

CAMERLIN, VUILLARD, CHAFFION (*con energía*). Nó, no te lo pondrás.

RABAGÁS. ¡Bah!

TODOS (*insistiendo*). Un pantalon, Rabagás.

CHAFFION. Delante de toda la corte.

CAMERLIN. ¡Qué afirmacion de nuestros gloriosos principios!

RABAGÁS (*gritando*). Os digo que me darian con la puerta en los hocicos. ¡Voto al cielo! Leed con mil diablos... *frac y calzon, calzon, calzon.*

TODOS. Entonces no se va.

RABAGÁS (*exasperado*). ¡Y nuestra revolucion fracasará... por una bagatela! Esto es estúpido... estúpido! (*Pasa al extremo de la derecha.*)

VUILLARD. Rabagás, ¡cuidado! Se empieza por el calzon y se acaba por las condecoraciones.

RABAGÁS (*levantando al cielo las manos*). ¡Entonces soy un traidor ahora!

CAMERLIN. Despues de todo...

PETROWLSKI. Tiene razon.

VUILLARD. ¡Idos noramala, débiles!

CAMERLIN. ¡Silencio, los hebertistas!

VUILLARD. ¡Sapos del pantano!

CAMERLIN. El buen sastre conoce el paño.

RABAGÁS (*con inquietud*). ¡Callad, desgraciados!

CAMERLIN (*saltando sobre el banco de la derecha*). Votemos.

DESMOULINS. Eso es.

CAMERLIN. Los que estén por el calzon, que levanten la mano. (*Camerlin, Desmoulins y Petrowlski la levantan.*)

RABAGÁS. Tres.

CHAFFION. Contemos los votos contrarios.

VUILLARD. Aunque me quede solo votaré en contra. (*Levanta la mano tambien y Chaffion lo imita.*)

RABAGÁS. Queda votado el calzon. (*Toma su sombrero y se lanza hácia la puerta.*)

CHAFFION. Ved lo que es el sufragio... ¡Voto á mil diablos!

CAMERLIN. Ya no hay mas que hablar. Rabagás, te esperamos.

RABAGÁS. A las once... aquí... á una señal convenida.

DESMOULINS. ¿Qué será?...

RABAGÁS. Un cohete lanzado por esta ventana.

TODOS. Convenidos.

RABAGÁS. ¡Cuidado con las imprudencias, señores! No comenceis sin esto. Yo, por mí, no faltaré á mi deber.

CAMERLIN. Descuida.

CHAFFION. ¿Y si no vuelves mas?

RABAGÁS (*majestuosamente, desde la puerta*). Entonces..... vengadme.

TODOS (*levantando las manos*). Lo juramos.

CAMERLIN. Pero reflexiona bien, que aun es tiempo. ¿Estás decidido?

RABAGÁS. A todo. (*Aparte.*) Gracias! ocasion como esta no se me presentará otra vez.

CAMERLIN. Entonces, hasta las once.

RABAGÁS (*desapareciendo*). ¡Hasta las once!

TODOS. ¡Hasta las once!

CHAFFION. Un descamisado en traje de corte..... ¡Desdichados de nosotros!

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

Un gran salon del palacio en forma de rotunda y decorado con frescos en su plafon y paredes.—En el fondo tres grandes arcos abiertos sobre otro salon.—A la derecha, en primer término, una ancha ventana sobre un balcon muy aparente.—A la izquierda una gran puerta. —Alta chimenea en primer término.—Mesa en medio de la escena, canapé á la izquierda, butaca á la derecha.

ESCENA I.

BOUBARD, el CAPITAN, FLAVARENS, la BARONESA, SEÑORITA DE THEROUANE, BRICOLI. DAMAS, OFICIALES, etc. Todos sentados ó agrupados; luego SOTTOBOIO y CÁRLOS.

La Baronesa (*sentada en el canapé*). Y bien, ese concierto... Son ya las ocho.

Flavarens (*de pié detrás de ella*). Acaban de llegar los músicos, mi querida baronesa, y se están acomodando.

Señorita de Therouane. ¿Teneis un programa?

Flavarens. Tomad, señorita.

Señorita de Therouane. Gracias, Flavarens.

La Baronesa. ¿Y Su Alteza?

Flavarens. En el jardin, señora.

Señorita de Therouane. ¿Con mistress Blounth?

Flavarens. Sí.

La Baronesa (*con despecho, á media voz*). No hay duda... es su favorita.

El Capitan (*á Sottoboio, que entra con Cárlos por el fondo*). Y bien, señor gobernador.....

Sottoboio. La agitacion toma incremento.

El Capitan. ¡Ah! (*Movimiento general para escuchar.*)

Cárlos. Hay, en efecto, gran muchedumbre en las inmediaciones de la plaza. Apenas he podido abrirme paso.

La Baronesa. ¿Y qué dicen?

Cárlos. Hasta ahora... nada.

El Capitan. Ya vereis como no se pasa el dia sin un motin.

Señorita de Therouane (*con miedo*). ¿Un motin?

Sottoboio. Es la opinion de Bricoli.

El Capitan. ¿Qué quereis? S. A. huye siempre de las medidas enérgicas. Ayer tarde pudimos todavía dar un buen golpe; pero la nueva dama de palacio no fué de este parecer y...

La Baronesa (*con acritud*). ¡Oh! entonces...

Sottoboio (*sentándose á su lado*). Bien, bien. Estoy sobre aviso..... Y cierta proclama que á todo evento tengo preparada.....

Flavarens (*á Bricoli*). ¡Gran empuje! ¡Una proclama!... (*Alto.*) No hay mejor medio que una buena carga de caballería. Preguntad, sino, al coronel, que ha visto todas las revoluciones de Paris. (*Todos se vuelven hácia Boubard, que sentado á la chimenea lee tranquilamente su periódico.*)

Boubard (*dejando el periódico y levantándose*). La carga de caballería es buena al principio, porque el pueblo no es todavía sagrado..... Mas tarde..... es cosa bastante delicada.

Todos. ¡Ah!

El Capitan. ¡Cómo! ¿contra los sediciosos...?

Boubard. Es cuestion de tiempo. Yo he visto en París hombres que eran sediciosos á las doce, ser gobierno á las cuatro.

Cárlos. Pero entonces ¿en qué se distingue un tumulto de una revolucion?

Boubard (*atravesando gravemente la escena*). Es muy fácil.

El tumulto ó motin es cuando el pueblo es batido, y entonces todos son unos tunantes; la revolucion, cuando el pueblo es el mas fuerte, y entonces son todos héroes.

Un ujier (*desde el fondo*). ¡Su Alteza! (*Vése al Príncipe aparecer en el fondo dando el brazo á mistress Blounth y atravesar el salon del fondo de derecha á izquierda. Todos se levantan y le siguen.*)

Cárlos. Y bien, ¿dónde está Andrés? (*Aparece por la derecha buscando á Cárlos; lo ve y se le acerca apresuradamente, mientras que todos se alejan.*)

ESCENA II.

CÁRLOS, ANDRÉS.

Cárlos. ¡Ah! Te estaba buscando. ¿Los has visto?

Andrés. ¡Oh! sí, los he visto.

Cárlos. ¿Y qué?

Andrés (*bajando la voz*). Cuando te he dicho que esos miserables son de temer con su odioso periódico...

Cárlos (*con inquietud*). ¡Ah! ¿Qué hay?

Andrés. Han reconocido el uniforme de guardias.

Cárlos. ¡Imposible!

Andrés. ¿Imposible? Ese Rabagás me lo ha dicho terminantemente.

Cárlos. ¡Cómo! El hombre tuvo tiempo en su caida...

Andrés. El hombre ha muerto.

Cárlos. ¡Muerto!

Andrés. Cayó de cabeza y...

Cárlos. ¡Muerto por mí!

Andrés. Así lo dicen ellos.

Cárlos. ¿Y si mienten? Bueno será cerciorarnos.

Andrés. ¡Ah! Tú hablas de esto con mucha indiferencia, y me vas á hacer perder el juicio con tus locuras. Mi turbacion, al oir tan infausta nueva, fué muy grande y todos los ojos se fijaron en mí con tan maligna insistencia, que temiendo cometer alguna indiscrecion, no tuve ya mas que una idea: salir.

Cárlos. Nó, no ha muerto; no puede ser.

Andrés. En fin, muerto ó nó, es un escándalo espantoso: el periódico habla y hablará de la ocurrencia; mañana, hoy mismo puede el Príncipe saberlo todo, y entonces...

Cárlos. Entonces... veremos.

Andrés. Será demasiado tarde. Estás en una pendiente peligrosa, amigo Cárlos. Detente, yo te lo ruego. ¿A dónde te conduce esa funesta pasion? A tu perdicion y á la suya. Vuestro secreto no os pertenece ya exclusivamente, pues está á punto de correr por calles y plazas... Esto seria la deshonra para ella y el destierro para tí. En fin, bien sabes que mi amistad no se extravia sobre lo que á tí te interesa. Pues bien, Cárlos, preveo grandes peligros y te auguro que esto acabará mal: lo sé, lo presiento... te lo juro.

Cárlos. Y ¿qué fin mas infausto que romper yo mismo unas relaciones que sostienen mi vida?

Andrés. Pero, desgraciado, ¿qué es lo que esperas de ese amor? ¿Esperas acaso que S. A. consienta cuando lo sepa todo? ¡Qué insensatez!

Cárlos. ¡Ah! Bien lo sé.

Andrés. Y entonces... dí... habla.

Cárlos. ¿Qué quieres que diga?... Tú raciocinas... esto te es muy fácil. ¿Puedo yo hacer lo mismo? Si yo tuviera la razon necesaria para obedecerte, la hubiera tenido desde el principio para no amarla. ¿Crees que no me he dicho yo cien veces todo lo que tú me dices? ¡Oh! sí, es una insensatez, es una locura... Dolor, peligro, todo lo he previsto... todo... pero la amo. Veo el abismo á que me dirijo; pero la amo, y corro á precipitarme en él. ¡Y ahora, cuando ya me hundo en ese abismo, ahora me gritas que me detenga!..... ¡Oh! nó, amigo mio; empújame antes bien para que ruede á su fondo cuanto antes y se acabe esto de una vez.

Andrés. ¿Y ella?

Cárlos. ¿Ella?

Andrés. Sí, ella. ¿Crees tener el derecho de asociarla á tu desgracia? El valor del sacrificio que no tienes para tí, ¿no te crees obligado á tenerlo para ella?

Cárlos. Y ¿qué quieres que haga?... dí.

Andrés. Tu deber.

Cárlos. ¿Cuál es mi deber?

ANDRÉS. Irte.

CÁRLOS. Y ¿á dónde iré?

ANDRÉS. A cualquiera parte donde ella no esté.

CÁRLOS. ¡Ah! Entonces no seria yo ya el mismo.

ANDRÉS. Hé aquí lo que el amor puede hacer de un hombre honrado.

CÁRLOS. ¡Andrés!

ANDRÉS. ¡Ah! te digo lo que siento, Cárlos: eres un egoista y... un cobarde.

CÁRLOS. ¡Pardiez!

ANDRÉS. Un hombre débil.

CÁRLOS. Pero ¡partir! ¡qué consejo tambien el tuyo!

ANDRÉS. No hay otro mejor: cortar un brazo y salvar lo demás.

CÁRLOS. ¡Ah! ¡Si pudiera hacerlo!...

ANDRÉS. Prueba á lo menos. Cárlos, amigo, hermano mio... te lo suplico.

CÁRLOS (*vacilando*). Y bien...

ANDRÉS (*con viveza*). ¡Ah! Me lo prometes... Partirás ¿eh?

CÁRLOS. Tal vez.

ANDRÉS. Sí, sí, partirás, partirás... me lo has prometido.

CÁRLOS. Pues bien, sí... Mañana.

ANDRÉS. Y ¿por qué no hoy?

CÁRLOS. ¡La víspera de un tumulto!... ¡Huir de un peligro!

ANDRÉS. ¡Ah! ¡Qué razon!

CÁRLOS. A lo menos déjame tiempo para prepararme.

ANDRÉS. En hora buena... pero mañana...

CÁRLOS (*buscando un pretexto*). Una vez que está dicho...

ANDRÉS. Bajo tu palabra de honor, por nuestra amistad. (*Aparece Eva por el fondo.*)

CÁRLOS. Sí, yo... ¡Silencio! Mistress Blounth.

ANDRÉS. ¡Oh! Te salvaré á tu pesar; yo te lo juro.

ESCENA III.

LOS MISMOS, EVA.

EVA. ¿Cómo, señores, no estais en el concierto?

ANDRÉS. Ya íbamos, señora.

EVA. Ahora se empieza la obertura.

ANDRÉS. Vamos. ¿Vienes tú, Cárlos? Señora... (*Arrastra á Cárlos por la izquierda.*)

ESCENA IV.

EVA, GABRIELA.

GABRIELA (*buscando con la vista; viendo luego á Eva*). ¡Ah! ¡estais aquí, señora, y nó en el concierto!

EVA. Vuestra Alteza tambien...

GABRIELA (*ante el espejo de la chimenea, fingiendo arreglarse el tocado*). ¡Oh! No tengo esta tarde la cabeza para oir música.

EVA. ¿Espera á álguien Vuestra Alteza?

GABRIELA (*con viveza*). ¡Oh! Dios mio, no tal.

EVA (*aparte*). Creo que sí.

GABRIELA (*con negligencia*). ¿Estais sola en este salon?

EVA (*observándola*). He llegado ahora mismo, en el momento de salir el señor de Mora y el otro oficial.

GABRIELA. ¡Ah! ¿Iban al concierto?

EVA. Sin duda.

GABRIELA (*aparte, con despecho*). ¡Qué torpe!... en vez de adivinar...

EVA (*aparte*). No me habia engañado... hay algo sin duda.

GABRIELA (*aparte*). Él volverá. (*Alto.*) Entonces, señora, puesto que ni vos ni yo estamos ahora por la música, vamos á matar el tiempo en conversacion. (*Le hace una seña para que se siente y se sienta ella en el sofá.*)

EVA (*acercando una butaca*). Vuestra Alteza es demasiado buena.

GABRIELA. Nó, no es bondad... me agradais mucho, señora; ¡oh! me agradasteis desde luego.

EVA (*sentada*). ¡Ah! muchas gracias; me considero muy feliz por ello.

GABRIELA. Yo soy así... á primera vista me decido: ó amo ó no amo.

EVA. ¡Ah!

GABRIELA. Y cuando no amo, tampoco sé disimular.

EVA (*sonriendo*). Lo mismo que cuando amais.

GABRIELA. Lo mismo. En esto le parezco á papá.

EVA. ¡Oh! Su Alteza...

GABRIELA. Es como yo... cuando toma á álguien entre ojos...

EVA. ¡Ah! ¿De veras?

GABRIELA. ¡Oh! Sin ir mas léjos... mi primo. No sé si vos le habeis visto.

EVA. Creo que sí; ese oficial que...

GABRIELA. Sí, Cárlos. Pues bien, no sé por qué lo mira papá con una severidad...

EVA. ¿Sí?

GABRIELA. Y creed que es injusto. Cárlos le es muy afecto. (*Con calor.*) Y luego es tan bueno, tan afable, tan cariñoso...

EVA (*aparte*). ¡Qué ingenuidad! A esta edad todo se dice.

GABRIELA. ¡Y tan guapo! ¿No lo encontrais vos guapo?

EVA. ¡Oh! sí; muy guapo.

GABRIELA. Pues bien, con todo eso, no le puede sufrir papá.

EVA. Es extraño. ¿Y por qué?

GABRIELA. Hé ahí lo que no puedo obtener de él. ¿Por qué?... Una idea, mistress Blounth... ¿Por qué no se lo preguntais vos?

EVA. ¡Yo!... ¿Con qué título?

GABRIELA. ¡Ah! Vos teneis mucha influencia en papá.

EVA (*aparte*). Ved qué picarilla! (*Alto.*) ¡Dios mio! ¡mucha influencia!

GABRIELA. ¡Oh! sí, sí... Bien lo vi ayer tarde... Y entonces me dije... (*Interrumpiéndose como para mirar el brazalete de Eva.*) ¡Es muy bonito este brazalete! ¿Es de París?

EVA (*sonriendo*). Sí, de París es.

GABRIELA (*conservando en la suya la mano de Eva*). Es muy bonito... Pues me dije: Mistress Blounth parece tan bondadosa... Estoy segura de que no me rehusará...

EVA. ¡Oh! ¡Dios mio! si yo creyera...

GABRIELA (*con viveza*). ¡Oh! yo os lo suplico; os quedaria tan agradecida... Mirad, estoy casi sola... Era muy peque-

ña cuando murió mi pobre mamá, y nunca he visto á mi alrededor mas que personas tan rígidas ó tan falsas... Así la última dama... ¡ay Dios! ¡cuánto me repugnaba con su severidad! Y esto de no tener una amiga con quien franquear el corazon es á veces muy triste. Tiene una tantas cosas que contar... ¿no es verdad?

EVA. Pero esa encantadora jóven que parece amaros tanto...

GABRIELA. ¿Mi lectora?... ¡Oh! Es una niña. No se puede hablar con ella. (*Halagándola.*) ¡Ah! si vos quisierais aconsejarme, ayudarme un poco.

EVA. Con mil amores.

GABRIELA. ¿Sí? ¡Oh! ¡cuánto os amo! Escuchad: papá quiere casarme. Si se le pudiera hacer comprender que no hay mas que un esposo posible para mí...

EVA. Vuestro primo, ¿eh?

GABRIELA. Lo habeis adivinado.

EVA. Sin duda.

GABRIELA. Pues bien, sí. ¿Creeis que no hay simpatías entre nosotros?

EVA. ¡Oh! sí, debe haber.

GABRIELA. Figuraos que Cárlos y yo nos hemos criado juntos, y yo he abrigado siempre la idea de que se nos casaria mas tarde. Era natural, ¿no es verdad? Y notad que nunca se me ha dicho lo contrario, nunca. Si á lo menos se me hubiera prevenido... Pero nó; se me deja encariñarme con esta idea, y despues se me dice bruscamente: *¡Ah! nó, no es él quien te conviene.* Poneos en mi lugar, señora. ¿No es demasiado tarde? Sin embargo he querido obedecer; he hecho todo lo posible por no amarle... pero ¡ay! no he podido, no puedo... no es culpa mia. ¿No es verdad? Os juro que no me es posible. (*Llorando.*)

EVA. ¿Llorais?

GABRIELA. ¡Ah! es muy triste tambien que no se me haya de dar gusto en una cosa tan sencilla. ¡Me ama tanto Cárlos! Y, despues de todo, somos tan á propósito el uno para el otro... Me ha llevado en sus brazos, ha jugado conmigo cuando yo era pequeñita..... ¿Ha de venir ahora un desconocido á borrar tan caros recuerdos? Y papá ¿deberia olvidar esto, señora?... ¡Oh! es una ingratitud.

EVA. En efecto, hay aquí un título para...

GABRIELA. Un título, sí; eso mismo decia yo á Cárlos esta noche.

EVA. ¡Esta noche!

GABRIELA (*apercibiéndose de su descuido*). ¡Oh!

EVA (*con inquietud*). ¿Cómo esta noche?

GABRIELA. En efecto..... pues que sois mi amiga..... no quiero tener nada oculto para vos.

EVA. Hablad, princesa, hablad. ¡Esta noche!

GABRIELA. Sí; hé aquí lo que ha pasado. Antes y hasta fines de la semana última, Cárlos y yo nos ocupábamos juntos en música y en dibujo, y con esto, hablábamos y éramos felices. Pero hace unos ocho dias, se nos prohibe absolutamente continuar... y entonces...

EVA (*con ansiedad*). Entonces... ¿qué?

GABRIELA. Entonces..... no tuvimos ya medio de hablarnos, de vernos.

EVA. Bien, ¿y qué mas?

GABRIELA. ¿Qué mas?

EVA. Sí.

GABRIELA. Pues por la noche, cuando todos duermen en palacio, Cárlos entra en el jardin reservado por una puerta cuya llave tiene, y hablamos tranquilamente por la ventana de mi oratorio...

EVA. ¡Ah!

GABRIELA. Y es tan bello hablar así bajo un cielo estrellado y sereno!...

EVA. Puede ser; pero está mal hecho, princesa; permitidme que os lo diga.

GABRIELA. ¿Mal hecho está?

EVA. Sin duda.

GABRIELA. Sí, sí; eso es lo que yo me decia á veces: Acaso no sea bueno lo que hacemos.

EVA. Yo os lo aseguro, princesa.

GABRIELA. Pues ved como tengo necesidad de vuestros consejos. Yo conocia que estaba mal hecho y aun se lo decia á él; pero no queria creerme.

EVA. Sí, princesa, muy... mal hecho. ¡Cómo! ¡citas de noche con un jóven!

GABRIELA (*con viveza*). ¡Oh! con un jóven nó; con él.

EVA. Hé ahí el gran peligro.

GABRIELA. ¡En el jardin! ¡Oh! ¿Qué peligro estando él allí?

EVA (*aparte*). ¡Oh inocencia! (*Alto.*) El peligro de ser vistos, por ejemplo.

GABRIELA. Es verdad... y papá se incomodaria mucho.

EVA. Y con mucha razon.

GABRIELA. ¡Oh! sí, sí.

EVA. Es preciso, princesa, cortar pronto, muy pronto, esas entrevistas, y no volveros á encontrar juntos de noche ni aun de dia.

GABRIELA (*ingenuamente*). Y entonces ¿dónde lo veré?

EVA. Aquí.

GABRIELA (*de pié*). Delante de todos... ¡Oh! nó, nó; eso no es bastante.

EVA (*idem*). Princesa, me habeis dicho que esperabais encontrar en mí una amiga verdadera.

GABRIELA. ¡Oh! sí, eso sí.

EVA. Pues bien, mis consejos y mi ayuda serán á ese precio. Y si he de emplear mi escasa influencia para obtener de S. A. un acogimiento mas benévolo para ese caballero, ha de ser á condicion de que el caballero se haga digno de él.

GABRIELA (*descontenta*). ¿Y si yo rehuso?

EVA. Si Vuestra Alteza rehusa... despues de haber sido confidente de la falta..... no seré por cierto cómplice de ella.

GABRIELA. ¿Y direis á papá?...

EVA. ¡Oh! ¡Por Dios! princesa. Yo no diré nada á nadie, pero os dejaré único juez de vuestra conducta.

GABRIELA. Está bien... no hablemos de ello mas.

EVA. Agradezco mucho á V. A. me autorice para cortar una conversacion demasiado enojosa para mí. (*Va como á salir.*)

GABRIELA (*luchando y decidiéndose al fin*). Mistress, deteneos... yo os prometo...

EVA (*volviendo*). ¿No volver á verlo en secreto?

GABRIELA. Sí, os lo prometo. Perdonadme; os he habla-

do mal hace poco. Sí, sí, lo sé; he obrado como una niña mimada..... pero estoy tan mal rodeada..... Tengo á veces la cabeza algo ligera; pero en el fondo no soy mala, os lo aseguro. Y no quiero mas que obedeceros y obrar bien. ¿Quereis perdonarme?

EVA. ¡Ah! Dios mio! Con toda mi alma.

GABRIELA. Entonces, abrazadme. Seria tan feliz en vuestros brazos.

EVA (*con irreflexion*). ¡Ah! mi querida... (*Abrazándola.*)

GABRIELA. Hija, decid hija; ibais á decirlo. ¿No es verdad?

EVA. Pues bien, hija mia, sí, sí.

GABRIELA. ¡Ah! ¡cuán buena sois para mí, y cuánto os amo yo! Silencio... Vienen. (*Retirándose.*)

EVA (*aparte*). ¡Y no tener madre que adore tanta bondad!... ¡Qué lástima!

ESCENA V.

EVA, GABRIELA, el PRÍNCIPE, BOUBARD, que queda en el fondo.

GABRIELA (*á su padre*). ¿Qué tienes?... Parece que no estás tranquilo.

EL PRÍNCIPE. Nó, nó; pero estas cosas no son juegos de niñas.

GABRIELA. Pero ¿qué es?

EL PRÍNCIPE. Véte, véte, chiquita; no es bien que todos estemos ausentes del concierto.

GABRIELA. Allá voy... Pero es cosa fuerte que no se quiera absolutamente admitir que tengo diez y siete años.

EL PRÍNCIPE. Mil perdones, princesa. Dignaos aceptar el brazo del coronel y tened la bondad de ir allá á representar el gobierno.

GABRIELA. En fin, ¿se trata de política?

EL PRÍNCIPE. Sí.

GABRIELA. ¡Oh! Entonces huyamos, coronel... huyamos. Prefiero en este caso la música. (*Va con el coronel.*)

ESCENA VI.

EL PRÍNCIPE, EVA.

EVA. No estais contento. ¿Qué ocurre?

EL PRÍNCIPE (*mirando hácia la plaza*). ¿Qué ocurre? mi querida amiga, esa agitacion del pueblo, que no ha hecho sino aumentarse con las sombras de la noche.

EVA. ¡Ah!

EL PRÍNCIPE. Ved, ved... cómo está la plaza.

EVA. Veo una masa negra, sí. (*Atraviesa tranquilamente la escena para ir á la chimenea.*) Pero eso se ve siempre, cuando hay fiesta en palacio.

EL PRÍNCIPE. Nó, nó, no como ahora. Esta es silenciosa, imponente, hostil... preguntádselo á Bricoli.

EVA (*delante del espejo*). En fin, habreis tomado algunas medidas.

EL PRÍNCIPE. ¿Qué medidas quereis que tome? Repugna emplear la violencia. Una seccion de caballería dispersaria muy pronto todos esos grupos. Pero luego resultan siempre heridos alguna mujer ó algun niño y..... esto es deplorable.

EVA (*tranquilamente*). Es verdad... Además, cuando hay medios mejores...

EL PRÍNCIPE. ¿Medios mejores?

EVA. Sí, por cierto.

EL PRÍNCIPE. Y ¿quién los ha inventado?

EVA. Alguien que va á calmarlo todo como por encanto.

EL PRÍNCIPE. ¡Oh Dios! ¿Quién?

EVA. Rabagás.

EL PRÍNCIPE (*con sorpresa*). ¿Rabagás? ¿Cómo es eso?

EVA (*abanicándose tranquilamente*). ¡Ah! ¿Qué sé yo?..... El os lo dirá ahora mismo.

EL PRÍNCIPE. ¿Ahora mismo?

EVA. Sin duda, porque le he enviado una invitacion para el concierto.

EL PRÍNCIPE. ¡A él!

EVA. A él. Me disteis carta blanca y la he llenado: ni mas ni menos.

El Príncipe (*estupefacto*). Sin decir *¡agua va!*

Eva. ¡Oh! nó! le he visto antes.

El Príncipe. ¿Dónde?

Eva. En la misma redaccion de la *Carmañola*, ya somos muy amigos.

El Príncipe. Pero mistress..... me asombrais. ¡Rabagás aquí! ¡Qué horror! Por fortuna no tendrá él la audacia de acudir á vuestra invitacion.

Eva. ¡Oh! no es la audacia lo que le falta.

El Príncipe. Pero ¡pardiez! ¿qué esperais de ese calavera?

Eva. Todo lo que querais.

El Príncipe. No comprendo.

Eva. Pues bien, le decís: ¿Cuánto? Él contestará: Tanto... Y es cosa hecha.

El Príncipe. ¡Qué insensatez! Pero eso no se hace así como quiera. ¡Qué política, Dios mio!

Eva (*alegremente*). La mejor. Verdaderamente yo no sé nada, pero desde que veo de cerca todo esto, creo muy sencilla vuestra política. Por una parte gentes que lo tienen todo, dinero, honores, destinos; por otra gentes que no tienen nada. Los unos que quieren conservarlo todo; los otros que todo lo quieren tomar. Estos que lo encuentran todo bien; aquellos que todo lo encuentran mal. En una palabra, á la derecha la digestion; á la izquierda el apetito... Hé aquí vuestra política despojada de las bellas palabras que la oscurecen, y reducida á su verdadero resorte, que nadie confiesa sin embargo. Lo que prueba muy bien que es la única verdadera.

El Príncipe. Sois severa para los conservadores.

Eva. Para nadie. Se nos ataca y nos defendemos: es muy natural. Pero defendámonos ingeniosamente. Comemos bien, y hé aquí ya un famélico que refunfuña á la puerta. Convidémoslo, que cuando él esté dentro, podeis estar tranquilo, no derribará la mesa.

El Príncipe. Sí, pero ¡qué convite!

Eva. ¡Oh! ya lo veremos á los postres. Es un pecado venial competir con él en astucia, y yo por mi parte tengo un placer...

El Príncipe. Sois muy feliz... A mí me repugna.

EVA. Entonces dejadme obrar á mí.

EL PRÍNCIPE. ¡Oh! Desde luego y de buena voluntad; pero nó, no vendrá.

EVA. ¿Que no vendrá?

EL PRÍNCIPE. Nó.

EVA. ¿Qué apostamos que sí?

EL PRÍNCIPE. ¿Qué apostamos que nó? (*Aparece Rabagás en el salon del fondo.*)

EVA. Hélo allí.

EL PRÍNCIPE. ¡Él!..... Es él en efecto. ¡Gran Dios! Huyo de ese hombre.

EVA. ¿Y carta blanca siempre?

EL PRÍNCIPE. Siempre..... Pero mistress, procurad á lo menos que no se venda muy caro.

EVA. Se hará lo que sea menester. Dejadme sola. (*Desaparece el Príncipe. Rabagás se acerca.*)

ESCENA VII.

EVA, RABAGÁS, en traje de corte.

EVA (*tendiendo la mano á Rabagás que se la besa*). En hora buena, caballero. S. A. queria apostar conmigo á que no vendriais.

RABAGÁS (*con reserva*). ¡Oh! señora, tendré seguramente un aire bastante embarazado y tímido.

EVA. Y ¿por qué, caballero?

RABAGÁS. Por nada, ya lo sé, puesto que esta invitacion es obra vuestra. Os debia á lo menos en cambio un buen consejo... escribir, imposible; era preciso veros, y por esto solo vengo... por esto no mas.

EVA (*sentándose*). Excitais mi curiosidad... Pero ¿no hablaremos mejor sentados?

RABAGÁS (*rehusando con la accion*). Dos palabras no mas y me retiro.

EVA. ¿Tan pronto?... Hablad, pues. ¿Ese consejo es?...

RABAGÁS. No pensar en hacer venir vuestros cofres, señora, sino ir á buscarlos lo mas pronto posible. (*Con misterio.*)

EVA. ¡Ah! Y ¿por qué así?

RABAGÁS. No me pregunteis mas, señora.

EVA. Señor Rabagás, por favor...

RABAGÁS. Nó, nó; me hariais decir mas de lo que quiero.

EVA. Os lo suplico, caballero.

RABAGÁS. Hé aquí lo que yo temia: la seduccion. (*Siéntase.*) Pero me intereso tanto por vos...

EVA. Y yo os lo agradezco mucho. (*Aparte.*) ¡Charlatan!

RABAGÁS (*con misterio*). Pues bien, señora... ¿no sabéis lo que ocurre en la ciudad?

EVA. Sí... Se dice que hay alguna agitacion.

RABAGÁS. ¿Alguna? Mucha, profunda agitacion.

EVA. ¡Oh! ¿Creeis que haya un motivo?

RABAGÁS. Mucho mas que un motivo.

EVA. ¡Ah! Contadme eso, señor Rabagás.

RABAGÁS. ¡Oh! nó, nó: he dicho ya demasiado.

EVA. Segun eso, habeis venido á prevenirme. ¡Cuánto os lo agradezco, señor Rabagás!

RABAGÁS. Se cree demasiado fácilmente, señora, que no hay mas que canalla en mi partido. Y es un error: nosotros no hacemos, yo á lo menos, una guerra salvaje á las damas y mucho menos á una dama como vos. Estais, pues, advertida. (*Levantándose.*) Partid, señora, esta noche, sin demora... aun es tiempo. Este aviso, por de contado, es para vos sola. Y ahora... adios... nada tengo ya que hacer aquí... (*Le besa la mano y aparenta querer retirarse.*)

EVA. Señor Rabagás, una palabra...

RABAGÁS (*aparte*). Muerde el cebo. (*Volviendo.*) Daos prisa, señora, os lo suplico.

EVA. Veamos, pues, caballero. Sed completamente generoso. ¿Me recomendais el secreto?

RABAGÁS (*levantando la mano al cielo*). ¡Oh! yo lo creo.

EVA. Bien, pero nó para el Príncipe.

RABAGÁS. Para él sobre todo.

EVA. Eso es imposible.

RABAGÁS. ¡Cómo! ¿Abusariais de?...

EVA. Pero yo no puedo partir así.

RABAGÁS. ¿Cómo así?

EVA. Sin decirle nada.

RABAGÁS. Lo habeis prometido.

EVA (*con fingida angustia*). Pero yo no puedo hacer eso... seria indigno de mí. ¡Oh, Dios mio! me obligais á deciros, ó mas bien á dejaros comprender... que la amistad que me une con el Príncipe... En fin, caballero Rabagás, no puedo abandonarlo, nó, no puedo.

RABAGÁS (*aparte*). Vamos andando... es su querida.

EVA (*aparte*). Ya me pagarás este embuste.

RABAGÁS (*fingiendo gran violencia*). Pero entonces, señora, me colocais en una situacion espantosa.

EVA. ¿Y qué quereis, amigo mio? Su interés es el mio.

RABAGÁS (*agitándose*). Pero, señora, resulta que por interés para con vos, soy ahora casi un traidor.

EVA. Veamos, veamos, señor Rabagás, si se puede...

RABAGÁS (*dejándose caer en un asiento*). ¡Gran Dios! ¡Qué aventura!

EVA (*en voz baja y sonriendo*). Veamos si se puede arreglar esto, que sí se podrá... con buena voluntad de vuestra parte.

RABAGÁS. ¿Y cómo?... El Príncipe va á saberlo todo...

EVA. Y bien.

RABAGÁS. ¿Y bien? tomará sus medidas, y abortará el movimiento.

EVA (*con intencion y á media voz*). Y ¿teneis mucho interés en que ese movimiento no fracase?

RABAGÁS. ¡Oh, Dios! ¡Si tengo interés!... En el estado actual de las cosas... sí, tengo mucho.

EVA. ¿Por qué?

RABAGÁS. Señora... veo que hablais de esto con cierto desden. La revolucion es mi carrera. Si no hay un tumulto... estoy arruinado: ni mas ni menos.

EVA. ¿Quién sabe?...

RABAGÁS (*aguzando el oido.*) ¿Eh?

EVA. Si lo que perdeis por una parte... lo ganais por otra...

RABAGÁS (*aparte, con la cabeza entre las manos*). Nos quemamos. (*Alto.*) ¡Jamás!

EVA. Razonemos sin embargo. Se hace una revolucion...

Bien, lo admito. ¿En provecho de quién?... ¿Del *Sapo-Volador?* Pero, señor Rabagás... vuestras convicciones... que yo respeto... ¿no pueden engañaros acerca de esa gente?

RABAGÁS. Bien sé que no es la mas distinguidá...

EVA. Decid mas franca y propiamente que es ordinaria, grosera, atroz, horrible. ¡Y vos, hombre de corazon, de talento, de educacion, de tacto, de saber, hasta de genio!...

RABAGÁS. Señora...

EVA. Sí, de genio; vos, señor Rabagás, os asociais á hombres que os envidian, que os detestan, como superior á todos ellos (*gesto de asentimiento de Rabagás*); y tambien como aristócrata que sois, porque vuestro mérito, vuestra educacion, vuestro instinto de lo bello, de lo grande, de lo delicado, os lo hace ser, señor Rabagás.

RABAGÁS. Confieso que...

EVA. Una mujer no se engaña en estó. Confesad que no bien habeis salvado los umbrales de palacio, cuando habeis sentido dilatarse feliz ese corazon, como entrando en vuestra propia esfera.

RABAGÁS. No lo niego.

EVA. ¡Ah! ved si os he conocido. Aquí, aquí está vuestro verdadero dominio... Pero entre esas gentes... ¡qué horror! ¿Acaso os comprenden? Me pareceis un Paganini que fuera tocando un organillo por las calles para obtener un óbolo de limosna, cuando su violin pudiera valerle en palacio un tesoro, las sonrisas mas lisonjeras y los aplausos y bravos mas honrosos.

RABAGÁS (*lisonjeado*). Mil veces me lo he dicho.

EVA. Pues bien, dejad el organillo.

RABAGÁS (*aparte*). Esta es la cuestion. (*Alto.*) ¡Tan pronto!... Señora...

EVA. Sin mas demora.

RABAGÁS. Perdonad, señora, pero aquí mismo ¿no se encontraria mal que cambiara tan pronto de convicciones?

EVA. ¡Oh Dios! Permitidme, señor Rabagás: no soy mas que una pobre mujer; pero tengo bastante experiencia del mundo para saber que en política como en todas las cosas, no hay nunca mas convicciones que las del propio interés.

RABAGÁS (*aparte*). ¡Es una gran mujer!

Eva. Si hubierais nacido aristócrata y rico, seriais naturalmente del partido de la corte. ¿No es verdad? Habiéndoos hecho hijo del pueblo un error de la suerte, no habeis podido elegir y sois del pueblo. Pero el dia en que por un esfuerzo de vuestro genio podais hacer esa eleccion; el dia en que vuestro interés mire á uno y otro lado, ¿no es muy natural que vuestras convicciones se vayan con él? No cambian por eso las convicciones, se desvian nada mas.

Rabagás (*aparte*). Cuando digo que es una gran mujer... (*Alto.*) Teneis, señora, una exactitud y precision de miras que me cautivan... Sin embargo, cuando uno ha hecho, como yo, la oposicion toda su vida...

Eva. ¿Y qué otra cosa podiais hacer? ¿Por qué habiais de sostener á un gobierno de que no formabais parte? Al contrario, teniais el mayor interés en combatirlo. Hé aquí la política: O cae y se le reemplaza, ó permanece y se vive á su sombra.

Rabagás. A veces...

Eva. Siempre, siempre, cuando se sabe vivir. En fin, somos personas de inteligencia y no debemos pagarnos de palabras.

Rabagás. Nó, nó.

Eva. Nó. La oposicion no es un fin sino un medio.

Rabagás. Yo diré mas por mi cuenta: la oposicion nunca ha sido en mí odio ó mala voluntad contra Su Alteza. ¡Oh! nunca.

Eva. Bien lo sé.

Rabagás. Al contrario, ha sido mas bien... ¿Cómo lo diré?

Eva. Amor agriado.

Rabagás. Eso mismo. La primera oposicion que se hace al poder no es nunca mas que una coquetería; es un modo de decirle: «Existo... me agradas... mírame.» Pero el poder se hace el sordo... este desprecio nos irrita, nos exaspera, y poco á poco, violentada la pasion, se trasforma en furor... sin dejar de ser amor.

Eva. El de Fedro.

Rabagás. Pues.

Eva. Y el dia en que Hipólito desarme...

RABAGÁS. Se le salta al cuello y...

EVA (*de pié*). Juego visto, señor Rabagás.

RABAGÁS (*idem*). Si esta conversacion tiene algun mérito, es seguramente el de una franqueza...

EVA. Igual por una y otra parte. ¿Sois ambicioso?

RABAGÁS. Pero...

EVA (*con viveza*). Y con mucha razon; sentirse depositario de ideas nuevas, grandes, fecundas, y soñar su triunfo!... ¿Qué cosa mas legítima y pura? Pero yo tambien soy ambiciosa y me glorio de serlo.

RABAGÁS. ¡Ah!

EVA. Y esto es un tratado de alianza que os ofrezco... Yo seré Maintenon... ¿Quereis vos ser Louvois?

RABAGÁS (*temblando de alegría*). Señora...

EVA. Pero Louvois y Maintenon de acuerdo esta vez y doblemente fuertes el uno con el otro...

RABAGÁS. No hay duda, señora... unidos así los dos... haríamos cosas...

EVA. Sorprendentes.

RABAGÁS. Pero ¡qué trabajo!...

EVA. Sí, pero tambien ¡qué gloria!

RABAGÁS. Yo, por mí, sacrificaria mi vida á esta gran empresa.

EVA. Mónaco os deberia la suya.

RABAGÁS. ¡Oh! Teneis razon, señora... Comprendida así, la ambicion es una virtud.

EVA. Es un deber.

RABAGÁS. No hay derecho para privar al país del bien que puede hacérsele.

EVA. Nó, no lo hay.

RABAGÁS. Me sacrifico, pues. Disponed de mí.

EVA. Gracias, pero... (*Poniéndose el dedo en los labios.*)

RABAGÁS. ¡Oh!

EVA. Voy á obrar... esperadme.

RABAGÁS. Y estais segura de que el Príncipe...

EVA (*desde la puerta*). El Príncipe soy yo. (*Vuelve y le hace el mismo signo de silencio á que Rabagás contesta con el gesto y poniéndose la mano en el corazon. Sale por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

RABAGÁS.

RABAGÁS. ¡Pero esta mujer es Talleyrand!... En fin, aquí estoy y... nos comprendemos... ¡Ministro, Rabagás, ministro!... ¡Oh! Te lo predije siempre!... Es cosa hecha... ¡Por fin lo has logrado! ¡Ah! (*Sentándose en el canapé.*) ¡Qué bien se está aquí! Esta música, y estas flores, y estas luces..... ¡qué dulce y bello y espléndido es todo!..... Y todas esas hermosas que estarán ahora á mis piés adulándome y mimándome y... ¡Ah! esta, esta es la verdadera vida... ¡Gran Dios! ser tambien del festin y no tener ya que mirarlo por el ojo de la llave... ver desde lo alto chapotear á los demás, y salpicar de lodo yo á mi vez á esos insolentes favoritos de la fortuna, que me escarnecian desde el colegio por mis pantalones demasiado cortos y mis medias de lana que me hacia mi rústica madre!..... ¡Volver en fin desden por desden!... ¡qué placer!... ¡qué desquite!... ¡Ah! me olvidaba del *Sapo-Volador. (Mirando la hora.)* Las nueve..... tengo tiempo. No les he prometido la señal hasta las once..... De aquí allá..... (*A un criado que pasa con una bandeja sin hacer caso de él.*) Pero ¿y yo?

EL CRIADO. Perdonad, caballero.

RABAGÁS. Bien, bien; no quiero nada. (*El criado se aleja sorprendido.*) ¡Esta servidumbre!... Ya le haré conocer á su señor.

ESCENA IX.

RABAGÁS, CHAFFION.

(Chaffion sale por el fondo (derecha) y viene vestido de librea demasiado grande para su cuerpo.)

RABAGÁS (*sin verlo aun*). Desde luego se me alojará en palacio... es natural. (*Mira en torno de sí.*)

CHAFFION (*acercándose y á media voz*). ¡Hé! ¡Rabagás!

RABAGÁS. ¿Quién?... ¡Chaffion! (*Con repugnancia.*) ¡Aquí!

CHAFFION (*riendo*). Sí... vengo de farsa ¿eh? Mírame bien.

RABAGÁS (*aparte*). ¡Este payaso!... me va á comprometer con sus soeces familiaridades.

CHAFFION. Conozco á uno de la servidumbre palaciega, y él me ha facilitado la entrada, dándome este disfraz por gusto de echar una ojeada por aquí. Me sienta bien este traje ¿eh?

RABAGÁS. Perfectamente.

CHAFFION (*mirando al rededor*). ¡Cuerno! ¡Qué superfino es todo esto! ¿eh? ¡Me gusta! yo nací para esto. ¡Voto al diablo! ¿Estás solo, ciudadano?

RABAGÁS (*aparte*). Cada vez que este miserable me tutea me parece que recibo un puntapié en... alguna parte.

CHAFFION (*pisando lás alfombras con fruicion*). ¡Alfombras!... hé aquí mi sueño. (*Acariciándolas con la punta del pié.*) Es blando y suave esto como una piel de gato.

RABAGÁS (*aparte, con enfado*). ¡Ira de Dios! ¿Irá á quedarse aquí este animal?

CHAFFION (*sentándose á plomo en el canapé como el mismo Rabagás anteriormente*). ¡Qué felices son estos gandules viviendo aquí dentro!... Pero muy pronto me tocará á mí mi vez y entonces... ¡oh! qué bodas, Rabagás, ¿eh? (*Se tiende poniendo los piés sobre los brazos del sofá.*)

RABAGÁS. Tu vez ¿eh?

CHAFFION. Preciso, puesto que el pueblo va á triunfar. Y si el pueblo triunfa ¿quién me prohibe á mí, el ciudadano Chaffion, venir á habitar este palacio y dar conciertos tambien?

RABAGÁS. Tú ¿eh?

CHAFFION. Y ¿por qué nó? Yo, con todo esto lleno de buenas mozas, vestidas de seda y... ¡Y que no sabré yo disfrutar de todo lo que dé el tiempo y la libertad! Ni un rey se va á dar la vida que yo. ¿No hay por ahí nada con que brindar á la salud de la patria? Eso sí, yo siempre lo mismo... buen patriota. (*Busca qué beber.*)

RABAGÁS (*aparte*). ¡Miserable! Hé aquí lo que esta gente espera de una revolucion... ¡saciarse de goces!

CHAFFION. ¡Ah! (*Se precipita sobre una bandeja de helados que ha visto á la derecha y toma uno.*)

RABAGÁS. ¡Pardiez! ¡Que pueden sorprenderte, Chaffion, y es una vergüenza! Véte.

CHAFFION. ¿Sin consumir?... ¡Que nó! ¡voto al chápiro! Pronto empezará la jarana y es menester... (*Bebiendo.*)

RABAGÁS (*con inquietud*). ¿Cómo están las calles?

CHAFFION. Así... Esto se enreda... estalla ya.

RABAGÁS. ¡Diablo! Pero... (*Aparte.*) No me conviene que sea tan pronto. (*Alto.*) ¿Y Vuillard, Camerlin y?.....

CHAFFION. En el *Sapo*.

RABAGÁS. Vé allá volando y díles de mi parte que no se muevan, que todo va bien... que tengo buenas noticias que darles.

CHAFFION. Bien. (*Aparecen por el fondo.*)

RABAGÁS. No te entretengas, corre... se ha terminado el concierto.

CHAFFION (*mirando vacío su vaso*). Pues bien, cuando yo gobierne... los helados serán mi plato favorito.

RABAGÁS (*empujándolo afuera*). Pero ¡véte con mil diablos! (*Solo.*) Hé aquí á mis cortesanos, que van á admirarse de verme. Voy á dar una vuelta por el salon... esto me divertirá. Pero el Príncipe parece que se hace de rogar... Espero demasiado. (*Mirando el reloj.*)

ESCENA X.

RABAGÁS, ANDRÉS, CÁRLOS, el CAPITAN, FLAVARENS, BOUBARD, la SRITA. DE THEROUANE, CABALLEROS, DAMAS, despues la BARONESA.

RABAGÁS (*sonriendo al ver á Andrés. Aparte.*) ¡Ah! Nuestro héroe de la escala. (*Se pone su lente en el ojo y atraviesa el salon dándose importancia. Todos lo miran con sorpresa, mientras él les da la espalda aparentando fijarse en las pinturas.*)

ANDRÉS (*á Cárlos á media voz*). ¡Rabagás!

CÁRLOS. ¡Bah!

ANDRÉS. Sí, sí; es él, te lo aseguro. (*Corre Flavarens á dar la noticia á las damas. Admiracion general. Todos cuchichean mirando á Rabagás, que continua su inspeccion.*)

CÁRLOS. ¡Rabagás aquí! ¡Qué audacia!

FLAVARENS (*á Boubard*). ¡Rabagás!

CÁRLOS. Seria bien preguntarle...

ANDRÉS (*conteniéndolo*). ¿A un hombre que lo sabe todo?

CÁRLOS. Que se atreva á decir una palabra y...

ANDRÉS (*con inquietud*). Nada de violencias y calla: es lo mejor que puedes hacer, amigo Cárlos. (*Mirando á Rabagás que continua su paseo. Con alegría.*) ¡Ah! Parece que se va. (*Lo sigue con la vista hácia la izquierda. Rumores en la plaza.*)

FLAVARENS. ¿Qué es eso?

LA BARONESA (*saliendo*). Pero ¿no sabeis lo que me ha ocurrido?

MUCHAS VOCES. ¿Qué? ¿qué?

LA BARONESA. Pues bajo la gradería para tomar mi carruaje y toda esa muchedumbre que hay en la plaza se pone á ladrar, á maullar... (*Siéntense gritos y silbidos.*)

EL CAPITAN. Oid, oid.

FLAVARENS. Pues esto es para el gobernador. Venid, venid, señoras. (*Se agrupan á la ventana mirando á la plaza. Aparece la princesa en el fondo.*)

ANDRÉS (*á Cárlos, con alegría*). Parte... ¡valor!

CÁRLOS (*aparte*). ¡Ah! ¡Gabriela!

ANDRÉS. Voy á cerciorarme de si se va. ¡Prudencia, Cárlos! te lo suplico.

CÁRLOS. Descuida. (*Andrés sigue de léjos á Rabagás y desaparece por el otro salon. Gabriela viene al proscenio, donde se encuentra sola con Cárlos, estando los demás agrupados á la ventana.*)

GABRIELA. Cárlos, es preciso renunciar á vernos secretamente.

CÁRLOS. ¿Qué decís?

GABRIELA. Sí, sí, mi conducta es muy vituperable, y no quiero ya mas citas de noche.

CÁRLOS. Pero de dia...

GABRIELA. Tampoco.

CÁRLOS. ¡Tampoco!

GABRIELA. Lo he prometido así, amigo mio, y es preciso cumplirlo.

CÁRLOS. ¿A quién?

GABRIELA. Lo he prometido y os prohibo desobedecerme.

CÁRLOS. ¡Ah! Gabriela, no os conozco... no sois vos.

GABRIELA. La misma, la misma. ¿Qué os importa lo demás si os amo siempre?

CÁRLOS. Pero... (*Oyen abrir la puerta de la derecha.*)

GABRIELA. Callad... ¡Mi padre! (*Va hácia este lado.*)

CÁRLOS (*aparte, con inquietud*). ¿Qué ha pasado, pues? (*Rumores fuera.*)

FLAVARENS (*en la ventana*). Un carruaje entra en palacio.

LA BARONESA. ¿Qué os decia?

EL CAPITAN. Pero es menester prevenir á Su Alteza.

GABRIELA (*junto á la ventana*). ¿De qué?

LA BARONESA (*cediéndole su sitio*). Ved, princesa. (*Gabriela pasa al balcon.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS, EL PRÍNCIPE, EVA, BRICOLI.

BOUBARD y FLAVARENS. Señor... (*Se separan para dejarle la vista libre.*)

EL PRÍNCIPE (*con una proclama en la mano*). Sí, sí, ya lo sé, señores... Deciais, pues, Bricoli...

BRICOLI (*agitado y con cierto enojo*). Digo, señor, que ésto se pone sério..... grupos en todas partes, las tiendas cerradas, los oradores que comentan en las esquinas no sé qué artículo de su satánico periódico, y ante las verjas de palacio esa canalla que grita y ultraja...

EL PRÍNCIPE. ¿Y vuestros hombres?

BRICOLI. Dispuestos.

EL PRÍNCIPE (*á Boubard*). ¿Y vuestros gendarmes, coronel?

BOUBARD. A caballo, señor, en el patio de palacio..... Y con esos vocingleros no hay mas que dar una carga.

BRICOLI. ¡Oh!... Si no despejan la plaza...

EL PRÍNCIPE (*solo en el proscenio á la izquierda, á Eva que llega tranquilamente*). ¿Vuestro parecer, señora?

EVA (*haciéndose aire con mucha calma*). ¿Mi parecer?..... El mismo siempre.

EL PRÍNCIPE. ¿Rabagás?

EVA. Rabagás.

EL PRÍNCIPE. ¡Qué humillacion!

EVA. ¡Ah! en el momento de la tormenta os poneis á discutir el para-rayos.

EL PRÍNCIPE (*con despecho*). ¡Rabagás!

EVA. ¿No vale mas que le dicteis hoy vuestras condiciones que recibir las suyas mañana?

EL PRÍNCIPE (*con viveza*). ¡Ah! No estamos en ese extremo.

EVA. A fe mia..... (*Aumenta el tumulto.*) Escuchad.

EL PRÍNCIPE (*á Cárlos*). ¿Qué es eso?

CÁRLOS. El carruaje del presidente que ha sido recibido con toda esa gritería.

FLAVARENS. Y apenas se ha tenido tiempo para cerrar la verja.

BRICOLI (*refunfuñando*). ¿Qué es lo que yo digo?

EL CAPITAN. Por favor, Príncipe, una palabra.

BOUBARD. Y en un momento lo barremos todo.

LOS OTROS TRES (*con calor*). Sí, sí.

EL PRÍNCIPE (*casi decidido*). Pues bien.....

EVA (*con viveza*). Pensadlo bien, Príncipe. (*Aparece Rabagás por el fondo.*)

EL PRÍNCIPE (*cambiando de opinion*). ¡Tiros!... Nó, resueltamente nó. Prefiero á Rabagás.

EVA (*con alborozo*). En hora buena. (*Hace una seña á Rabagás. Todos se apartan con estupor.*)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, RABAGÁS, ANDRÉS.

ANDRÉS. Venid, caballero, venid... Su Alteza desea hablaros. (*Todos los circunstantes se agrupan y hablan entre sí.*)

RABAGÁS. Señor... (*Inclinándose profundamente.*)

EL PRÍNCIPE (*haciendo un gran esfuerzo*). Debo á mistress Blounth, caballero, la oportunidad de esta entrevista.

RABAGÁS (*con intencion*). He obedecido á la invitacion de esta señora como á una órden de Vuestra Alteza.

EL PRÍNCIPE (*aparte*). ¡Bribon! (*Alto.*) Vuestra presencia me es tanto mas..... agradable, caballero, cuanto que ella

puede conjurar grandes desgracias. Reina en la ciudad cierta agitacion. ¿Lo sabeis?

RABAGÁS (*como interesándose por el Príncipe*). Así parece, señor.

EL PRÍNCIPE. Pues bien, antes de recurrir á la fuerza.....

RABAGÁS. Es bien conocida la bondad de Vuestra Alteza.

EL PRÍNCIPE. En pocas palabras, caballero; pues que, segun se me asegura, conoceis vos mejor que nadie el acuerdo posible entre los deseos de mi pueblo y el sostenimiento de mi autoridad; pues que, por otra parte, es evidente que el gobierno actual es impopular.....

RABAGÁS (*con viveza*). En primer lugar, señor..... Perdonadme esta interrupcion en gracia de mi buen celo. Un militar á la cabeza del gobierno en estas circunstancias es una amenaza al pueblo. Lo que aquí hace falta es un espíritu de conciliacion, es un temperamento paternal, la persuasion, la elocuencia.....

EL PRÍNCIPE. En una palabra, un abogado.

RABAGÁS (*ingenuamente*). Ciertamente.

EL PRÍNCIPE. Pero el gobernador de Mónaco, caballero, debe ser ante todo un jefe militar.

RABAGÁS. En hora buena. Pero un abogado, por su profesion y á fuerza de intervenir en todo, en hacienda, en agricultura, en comercio, en industria, en clero, en magistratura, en ejército..... hoy, señor, un abogado lo sabe todo, lo conoce todo, todo lo puede. Y yo, por mí, os daré, cuando querais, pruebas de estrategia, como no os las habrá dado nadie.

EL PRÍNCIPE (*aparte*). Yo lo creo. (*Cantos en la plaza, risas, gritos de animales.*)

BRICOLI. Oid lo que cantan ahora.

EVA (*al Príncipe*). ¡Vamos! ¡Valor! Acabemos. (*Va al balcon.*)

EL PRÍNCIPE (*haciendo un esfuerzo*). (*Aparte.*) Puesto que es preciso..... (*Alto.*) Bricoli, esta comunicacion á Sottoboio.

RABAGÁS (*aparte*). ¡La destitucion!

El Príncipe. Señores, (*presentando á Rabagás*) el señor de Rabagás, vuestro nuevo gobernador.

Rabagás (*aparte, con alegría*). ¡Por fin! (*Estupor general.*)

Cárlos (*aparte*). ¡Él!

Andrés (*á Cárlos*). ¡Cuidado!

Rabagás (*encorvado hasta el suelo*). ¡Ah! Señor...

El Príncipe (*interrumpiendo su efusion*). Aplacemos los cumplimientos, caballero, y conjuremos el peligro.

Rabagás. Al momento, señor. Es muy sencillo. Cuatro palabras desde el balcon anunciando al pueblo mi nombramiento y se dispersará inmediatamente en la mayor embriaguez.

El Príncipe. ¿Lo oís, Bricoli? (*Bricoli va á la ventana.*)

Rabagás. ¡Es tan bueno ese pueblo tan calumniado!... Y dócil como un niño.

El Príncipe. Vamos, Bricoli. (*Rumores ruidosos al ver á Bricoli en el balcon.*)

Bricoli. ¡Habitantes de Mónaco!... (*Crece el ruido.*) ¡Silencio! ¡Oid! (*Se calma la gritería. El orador continua.*) Se os hace saber..... (*Mayor alboroto.*)

La muchedumbre. ¡Nó, nó! Afuera! afuera! Rabagás! Rabagás! Rabagás!

Bricoli. ¡Pueblo de Mónaco!.... (*La gritería cubre su voz.*)

Bricoli (*volviendo del balcon*). Llaman á Rabagás.

Rabagás (*satisfecho*). ¡Ah! quieren verme ¿eh? ¡Pueblo leal! No conoce á nadie mas que á su Rabagás. Alumbradme, pues, para que no pierda el menor gesto de mi fisonomía. (*Pasan al balcon dos criados con sendos candelabros. Rabagás se arregla la corbata y se atusa el pelo, como un actor al salir á escena.*) Eso es. Separaos. Vais á ver el efecto..... sobre todo observad el efecto.

Eva (*sentada y abanicándose tranquilamente*). Sí, veamos el efecto. (*Rumores de sorpresa al ver á Rabagás en el balcon; despues gran silencio.*)

Rabagás. ¡Ciudadanos!...

La multitud (*aplaudiendo*). ¡Bravo! ¡bravo! ¡Silencio! Escuchad.

RABAGÁS. Tengo el honor de anunciaros que Su Alteza el Príncipe de Mónaco.....

LA MUCHEDUMBRE. ¡Nó, nó!

RABAGÁS (*volviéndose hácia el Príncipe*). Como comprendereis, señor, esto no reza conmigo.

EL PRÍNCIPE (*sentado tranquilamente*). Ya, ya comprendo. Veamos cómo os reciben á vos.

RABAGÁS. Que el Príncipe de Mónaco, digo, acaba de hacer justicia á vuestras reclamaciones.....

LA MUCHEDUMBRE. ¡Bien! ¡Bravo!

RABAGÁS (*continuando*). Nombrándome gobernador general de Mónaco.

LA MUCHEDUMBRE (*con indignacion*). ¡Abajo Rabagás!

RABAGÁS (*retrocediendo con asombro*). ¿Eh?

EL PRÍNCIPE. Eso no reza ya conmigo.

RABAGÁS. ¡Ciudadanos!...

LA MUCHEDUMBRE. Traidor! Vendido! Renegado!

RABAGÁS. ¡Ciudadanos!

LA MUCHEDUMBRE. ¡Abajo Rabagás!

EVA. Ya vemos el efecto.

RABAGÁS (*insistiendo*) ¡Ciudadanos!

LA MUCHEDUMBRE (*aullando con mas furor*). ¡Abajo! ¡Muera el renegado!

RABAGÁS. Ciudadanos, yo... (*Continua gritando, pero los clamores del pueblo extinguen su voz.*)

LA MUCHEDUMBRE. ¡Abajo! Fuera! Fuera el espía!

RABAGÁS (*retirándose exasperado y ronco*). ¡Idiotas! No quieren oir.

EL PRÍNCIPE (*á Eva*). Y bien, mistress, vuestro hombre.....

EVA. Ya está lanzado, Príncipe; ahora dejadlo rodar.

EL PRÍNCIPE (*sorprendido*). ¡Ah!... (*A Rabagás.*) Pero decidme, ciudadano Rabagás, esa popularidad...

RABAGÁS (*desconcertado*). Señor, una mala inteligencia... no es otra cosa..... (*Aparte.*) Esos miserables quieren hacerme perder el puesto. (*Alto.*) Una proclama ahora mismo... Si no me oyen, me leerán á lo menos.

EL PRÍNCIPE (*indicándole en la mesa el papel que trajo en la mano*). Tomad esta de vuestro predecesor.

RABAGÁS (*tomándola vivamente de manos de Bricoli, recorriéndola con la vista*). ¡Esto es!... «La sociedad amenazada... el órden... la anarquía... Reinado liberal...» Perfectamente: no la haria mejor yo mismo. (*Firmando.*) Rabagás. Tomad... Fijadla inmediatamente.

BRICOLI (*mostrando otra*). ¿Mientras ellos fijan estas?...

RABAGÁS (*tomándola*). ¡Ah! Será una proclama incendiaria, estoy seguro de ello. ¡Miserables! (*Recorriéndola.*) Sí, el llamamiento á las mas horribles pasiones... La insurreccion proclamada el mas santo de los... (*Reconociéndola. Aparte.*) ¡Pardiez! es la mia! (*La escamotea y se la mete en el bolsillo. Rumores mas fuertes. Gran resplandor en la plaza.*)

GABRIELA (*de pié, y con espanto*). ¡Oh! ese resplandor.....

CÁRLOS. Queman una garita.

BRICOLI. Esto estalla.

RABAGÁS (*espantado*). ¿Qué, qué es lo que estalla?

ANDRÉS. El tumulto. Empiezan á levantar barricadas.

RABAGÁS (*dando un salto*). ¡El tumulto! ¿Cómo el tumulto? (*Mirando su reloj.*) Pero si no es aun la hora señalada... Si se dijo á las once...

TODOS. ¡Ah!

RABAGÁS (*fuera de sí*). ¡Sin esperar la señal!... Esto es estúpido! ¡Una revolucion!... Si ya no es menester! Decidles que ya no es menester.

BOUBARD. Decídselo vos mismo.

RABAGÁS. Pero si tienen ya un gobierno popular ¿qué diablos quieren mas?

BOUBARD. Ser gobierno ellos.

RABAGÁS (*saltando al balcon*). ¡Amigos mios! hermanos!... (*Es rechazado por una gritería espantosa.*)

CÁRLOS (*tirando de él*). Tened cuidado.

RABAGÁS (*volviendo furioso*). ¡Brutos! ¡Brutos demócratas!

EL PRÍNCIPE. Cerrad. (*Cierran las ventanas.*) Ea, yo creo que despues de esto...

RABAGÁS (*exasperado corre á la mesa, se sienta y firma unas órdenes*). Lo creo muy bien, señor... Coronel, tres intimaciones. Despues abrid las verjas y dad una carga.

EVA (*tranquilamente*). ¡Contra ese pueblo tan bueno y tan dócil!

RABAGÁS. Eso no es el pueblo, sino el populacho. Y los que hacen resistencia á la autoridad y dan gritos sediciosos... (*Se oye otra algarada.*)

BOUBARD. ¿Como por ejemplo?...

RABAGÁS. ¿No lo estais oyendo? ¿No oís gritar: ¡Abajo Rabagás!

BOUBARD. Entonces el grito sedicioso no es ya: ¡Viva Rabagás!

RABAGÁS (*con viveza*). Nó, nó, al contrario.

BOUBARD. ¡Ah! Es que ayer...

RABAGÁS. ¡Ayer!... Ayer ¡qué diablos! ayer no es hoy.

BOUBARD. En hora buena: solo se trata de entendernos. (*A los oficiales.*) Entonces, señores... (*Les hace una seña y sale con ellos.*)

RABAGÁS. Bricoli, salid sin ruido por los jardines y caed sobre el *Sapo-Volador.*

BRICOLI. Está bien. Y prender...

RABAGÁS. A todo bicho viviente.

BRICOLI. ¿Y vuestros amigos?

RABAGÁS. Presos todos. Chaffion...

BRICOLI. Es conocido.

RABAGÁS. Vuillard... con sus gafas...

BRICOLI. Conocido.

RABAGÁS. Camerlin... con su tonsura...

BRICOLI. Conocido.

RABAGÁS. Camilo Desmoulins...

TODOS. ¡Ah!

RABAGÁS. Un imbécil disfrazado de convencional.

BRICOLI. Se le agarrará.

RABAGÁS. Y sobre todo Petrowlski su general... el presidio ambulante, ocho mil condecoraciones y sin camisa.

BRICOLI. ¿Y la imprenta?

RABAGÁS (*de pié*). Romped las prensas... y arrasad si quereis la cervecería.

BRICOLI. Está bien.

RABAGÁS. Es una caverna. (*Recordando algo.*) ¡Ah! nó, no la arraseis. (*Aparte.*) ¡Pardiez! mis muebles.

BRICOLI. Allá voy.

EVA (*al Príncipe*). ¿Qué tal, señor?

El Príncipe. No empieza mal. (*Se oye fuera un redoble de tambor.*)

Rabagás (*con júbilo*). ¡Ah!... ¡Primera intimacion! Escuchemos.

Gabriela. ¡Dios mio! Estoy temblando. (*Rabagás entreabre una ventana y mira con precaucion. Gran silencio.*)

El Príncipe (*mirando de léjos*). ¡Antorchas!

Flavarens. Sí, señor. Llevan un muerto en unas angarillas. (*Movimiento de estupor.*)

El Príncipe. ¡Un muerto!

Rabagás (*detrás de la ventana entreabierta*). No hay tal muerto, señor; es un borracho.

El Príncipe. ¿Estais seguro de ello?

Rabagás. ¿Que si lo estoy? Os repito, señor, que es una innoble parodia. El que va en las angarillas no está sino borracho. Me consta.

El Príncipe. Pero ¿qué relacion?...

Rabagás. Es Rapiat.

El Príncipe. ¡Rapiat!... Y ¿quién es Rapiat?

Rabagás. El que cayó del muro del parque. (*Cárlos y Andrés se estrechan las manos con ansiedad.*)

El Príncipe. ¿Del parque, habeis dicho?

Rabagás. ¡Cómo! ¿Lo ignora Vuestra Alteza?

El Príncipe (*con inquietud*). Absolutamente.

Rabagás (*acercándose*). Hé aquí la política de mi antecesor: envolver en las sombras el poder.

El Príncipe (*enardeciéndose*). En fin. ¿Qué historia es esa?

Rabagás. En el fondo, nada, señor... alguna aventura amorosa: ni mas ni menos.

El Príncipe (*echando una rápida mirada á Cárlos y á la princesa cuya mano ha tomado Eva, y reprimiéndose*). ¡En mi casa!

Rabagás. Sí; se ha visto á un jóven salir misteriosamente del jardin reservado esta noche.

El Príncipe. ¡Esta noche! ¿Habeis dicho esta noche?

Rabagás (*sorprendido*). Pero, señor..... (*Se oye el segundo redoble de tambor. Rabagás corre á la ventana.*)

Cárlos (*reservadamente á Andrés*). ¡Estamos perdidos!

Andrés. Calla.

Eva. Señor.....

El Príncipe (*reprimiéndose apenas*). Perdonad, mistress Blounth... es preciso poner esto en claro.

Rabagás (*volviendo*). Nada mas fácil... señor..... no tiene Vuestra Alteza mas que preguntar al héroe.

El Príncipe. ¿Lo conoceis vos?

Rabagás. Está aquí.

Gabriela. ¡Dios mio!

El Príncipe. Nombradlo.

Rabagás (*indicando á Andrés*). Este caballero.

Andrés. ¿Yo? (*Movimiento de Cárlos contenido por Eva.*)

Rabagás. Vamos, jóven, confesadlo.

El Príncipe (*á Andrés*). ¡Vos! ¡Habeis sido vos! (*A Rabagás.*) ¿Ha sido él?

Andrés (*aparte*). ¡Qué dicha! (*Alto.*) Yo, señor, yo he sido.

El Príncipe (*aparte*). ¡Ah! Respiro.

Eva (*aparte*). ¡Noble corazon! (*Movimiento de Cárlos que quiere denunciarse.*) ¡Silencio por el honor de la princesa!

El Príncipe (*á Andrés*). Nos explicareis, caballero, el misterio de esa extraña aventura, ¿no es así?

Andrés. A Vuestra Alteza no mas.

El Príncipe. En buen hora. (*A Cárlos.*) Arrestad á este caballero. (*Se oye el tercer redoble.*)

Rabagás. ¡Ah! ¡Última intimacion!

El Príncipe. Escuchemos. (*Se acercan á la ventana.*)

Cárlos (*aparte á Andrés que le entrega su espada mientras el Príncipe está en la ventana*). ¡Ah! perdóname, amigo mio.

Andrés (*con alegría*). Cállate. ¡Se ha engañado! ¡Qué dicha!

Cárlos. Pero ¿qué vas á decir?

Andrés. ¿Qué importa si os he salvado?

Rabagás (*abriendo de par en par la ventana*). Las verjas se abren.

El Príncipe. ¡Y la caballería carga!

Rabagás (*siguiéndola con el gesto*). ¡Eso es!... ¡Audacia! ¡Barredlo todo!...

El Príncipe (*despues de un momento*). No queda un alma en la plaza.

RABAGÁS. Ya os lo dije, señor: no hay hombres mas cobardes que esos fautores de motines.

EL PRÍNCIPE (*mirándolo*). Bien lo veo.

RABAGÁS (*aplaudiendo desde la ventana*). ¡Bravo! ¡Bravo, gendarmes! (*Ruido de vidrios rotos.*)

FLAVARENS (*con viveza*). ¡Cuidado con las piedras!

RABAGÁS (*saltando furioso y cayendo en brazos de Flavarens que lo sostiene*). ¡Ah! ¡Canalla! ¡Mi oreja! ¡Canalla de demagogos! (*Saca el pañuelo y va á la izquierda á lavarse la herida oreja con un vaso de agua azucarada sentándose en el sofá.*)

EL PRÍNCIPE (*sin mirarlo*). ¡Bah! Eso no es nada.

EVA (*al Príncipe*). Confesad ahora que no hay nadie como él para estas cosas.

EL PRÍNCIPE (*ofreciéndole el brazo*). Mistress, sois una gran diplomática. A cenar, señores. (*Va del brazo con Eva. Los demás le siguen.*)

RABAGÁS (*volviéndose hácia la escena ya desierta, mira con estupor al Príncipe que se retira con todos sin hacer caso de él, y levantándose, exclama con acento de conviccion*). ¡Ingrato ya!

FIN DEL TERCER ACTO.

ACTO CUARTO.

Un salon del palacio. — A la derecha, en primer término, puerta de entrada á las habitaciones del Príncipe. En segundo término, una puertecilla de escape. — A la izquierda, en primer término, puerta de entrada á las habitaciones de Eva. — En segundo término, puerta de entrada al salon que da á un vestíbulo y deja ver una gran ventana que cae á la plaza. — En el fondo un amplio vano que se abre sobre una especie de galería que se supone correr á derecha é izquierda.—Vése en el fondo, á la parte de allá, la puerta de entrada á las habitaciones de Gabriela. — Al levantarse el telon es de noche y una lámpara de cristal mate alumbra la galería. — Candelabros en la escena. Cortinas en todas las puertas.

ESCENA I.

RABAGÁS, BRICOLI. (Salen por la puerta de entrada de la izquierda.)

RABAGÁS (*con su cartera debajo del brazo*). Apartémonos aquí, señor Bricoli, y hablaremos á nuestras anchas, mientras que S. A. acaba de cenar. (*Siéntase junto á la mesa, á la derecha. Bricoli pone sobre la mesa unos papeles.*) ¿Qué es eso?

BRICOLI. Las notas ó expedientes, señor Rabagás, de.....

RABAGÁS (*interrumpiéndolo*). Perdonad, señor Bricoli. ¿Qué tratamiento dabais á mi antecesor?

BRICOLI. Excelencia.

RABAGÁS. Y ¿por qué me lo rehusais á mí?

BRICOLI. Pido humildemente perdon á V. E... La falta de costumbre...

RABAGÁS (*con cierta bondad*). No creais, señor Bricoli, que dé yo importancia ninguna á esas pequeñeces de la vanidad. ¡Oh! Dios mio! nó. Pero el principio de autoridad está tan relajado en este pais, que es menester fortalecerlo sobre la base de la deferencia. Dejemos esto..... Decíamos que esos papeles...

BRICOLI. Son las notas ó expedientes de las personas constituidas en prision.

RABAGÁS. ¿Están todos los que os designé?

BRICOLI. Todos, Excmo. Sr., excepto el personaje designado bajo el supuesto nombre de Camilo Desmoulins.

RABAGÁS (*frotándose las manos*). Pero ¿habeis aprehendido á Chaffion, Camerlin?...

BRICOLI. Y Vuillard, que se habia quitado las gafas para no ser reconocido, y no viendo ya gota, él mismo vino á ponerse en mis manos.

RABAGÁS. ¿Y teneis bien encerrada á toda esa gentualla?

BRICOLI. En este mismo palacio.

RABAGÁS. Perfectamente. ¿Y las prensas?

BRICOLI. Rotas.

RABAGÁS. ¿Y la ciudad?

BRICOLI. Tranquila. Todo el mundo en la calle, formando grupos, charlando hasta por los codos, pero sin pensar en hostilidades.

RABAGÁS. Muy bien. (*Mirando el reloj.*) ¿Qué hora tenemos?

BRICOLI (*mirando el péndulo*). Las once, Excmo. Sr.

RABAGÁS (*observando la estancia atentamente*). ¿Cómo está situado esto? ¿Dónde nos encontramos aquí?

BRICOLI. En el entresuelo, dominando los jardines. Este es el salon de familia donde se pasan las noches de invierno; á la izquierda hay un largo corredor que conduce á las habitaciones del Príncipe, y á la derecha, las de la camarera mayor de palacio, mistress Blounth.

RABAGÁS. ¿Y allá?

BRICOLI. Una galería que conduce por un lado á los aposentos de servicio y por otro al jardin.

RABAGÁS. Sí, pero ¿y aquella puerta del fondo?

BRICOLI. Da entrada á las habitaciones de la Princesa; y

aquella otra puertecita (*sonriendo*) para el servicio particular del Principe. (*Indicando la puerta de la derecha.*)

RABAGÁS (*acercándose curiosamente*). ¡Ah! un pasillo sin duda ¿eh?

BRICOLI. Efectivamente, Excmo. Sr.; un pasillo que termina en un patio desierto con salida á la calle. Por ahí sale, cuando quiere salir de incógnito; pero muy rara vez.

RABAGÁS. ¿Está cerrada? (*Empujando la puerta.*)

BRICOLI. Con tres llaves: una que tiene S. A., otra que guardo yo y otra el gobernador.

RABAGÁS. ¡Ah! él tambien!

BRICOLI. Sin duda. Hay ciertas cosas en política...

RABAGÁS. Es la entrada de los artistas... Y ¿cómo es que no tengo yo ya mi llave?

BRICOLI. Se le reclamará á vuestro antecesor; pero si entre tanto puede serviros la mia...

RABAGÁS. Sí, dádmela por si acaso.

BRICOLI. Tomadla, pues. (*Se la entrega.*) ¿Tiene V. E. alguna órden que darme, relativamente al jóven arrestado por el asunto de esta noche?

RABAGÁS (*recorriendo las notas con indiferencia*). Nó..... ¿Dónde está?

BRICOLI. Por este lado, esperando que Su Alteza le interrogue. (*Insistiendo.*) ¿No seria V. E. de parecer que se hiciera una ligera pesquisa preparatoria en su domicilio?

RABAGÁS. Sin duda: por ahí debe comenzarse siempre.

BRICOLI. Es que Su Alteza nos tenia prohibidos de tal manera estos procedimientos...

RABAGÁS. ¡Oh! Si hemos de hacer política sentimental!...

BRICOLI. Esto era antes.

RABAGÁS. Pues yo no gusto de esta política. ¿Dónde vive ese jóven?

BRICOLI. En la plaza, Excmo. Sr., en una habitacion comun con su compañero de armas, el caballero Cárlos..... Y precisamente mientras este último está de servicio en el camino de Menton y el otro sujeto aquí...

RABAGÁS. Sin duda.

BRICOLI. ¿Puedo?...

RABAGÁS. Sin demora.

BRICOLI (*registrándose los bolsillos*). Pues ya está hecho.

RABAGÁS. ¡Ah!

BRICOLI. Estoy tan deseoso de probar á V. E. mi celo, que me he anticipado á sus intenciones.

RABAGÁS (*aparte*). ¡Muy bien!... Es, en efecto, celoso este funcionario. (*Alto*). ¿Y el resultado?

BRICOLI. Muchos papeles quemados en la chimenea. ... lo que prueba ya que no tenia la conciencia muy limpia.

RABAGÁS. Efectivamente.

BRICOLI. Y esto. (*Muestra un papel doblado á lo largo.*)

RABAGÁS. ¿Qué es eso?

BRICOLI. Un papel extraido de una cartera que rodaba sobre una mesa, con guantes, llaves y todo lo que puede arrojarse precipitadamente en un cambio de uniforme.

RABAGÁS (*tomando el papel*). ¿Una carta?

BRICOLI. Una esquela sin sobre..... deslizado de mano á mano. Esto se conoce en el doble.

RABAGÁS. Es letra de mujer..... sin direccion ni firma.

BRICOLI. Sin embargo... es documento de interés... porque... naturalmente, lo he leido.

RABAGÁS. ¡Pardiez!... No puede gobernarse sin gabinete negro. (*Leyendo.*) «Amigo mio, ¿qué historia es esa de la noche anterior? ¿Y ese hombre que has herido?...»

BRICOLI. Esto no puede dirigirse á nadie mas que al señor de Mora... está claro.

RABAGÁS. Si, pero si no ha salido de palacio despues de su arresto ¿cómo estaba este billete en su cartera?

BRICOLI. ¿No pudo haberlo recibido esta tarde?

RABAGÁS. Eso será. (*Leyendo.*) «Me muero de inquietud y quiero saberlo todo. Es absolutamente preciso que nos veamos otra vez, á pesar de todo lo que te he dicho. Ven, ven esta noche á la hora de siempre, y si estás de guardia en palacio, como creo, aun te será mas fácil.» (*Representando.*) ¿Y esta letra?...

BRICOLI. Desconocida. ¡Hay tantas mujeres en palacio!...

RABAGÁS. Ya sabremos de quién es. (*Guarda la carta.*) Por lo demás, señor Bricoli, sois un hombre de mérito y os ofrezco desde luego hacer de vos... alguna cosa.

Bricoli (*inclinándose*). ¡Ah! mil gracias, señor excelentísimo.

Rabagás. Ahora mismo. (*Lo atrae con el gesto al proscenio y le dice bajando la voz.*) Mi nombramiento se ha hecho en condiciones un tanto enojosas. Si pudiéramos rehacernos... Por ejemplo, creando en la ciudad cierto... entusiasmo... en mi favor.

Bricoli. Sí, sí, Excmo. Sr..... en primer lugar tendremos iluminacion.

Rabagás (*con satisfaccion*). Perfectamente.

Bricoli. Obligando á todo propietario á iluminar su fachada, estamos ya seguros de cierto efecto.

Rabagás. Pero lamparillas nó..... eso es mezquino. Yo quisiera á vista de palacio... allí, por ejemplo, en la plaza, delante de la ventana, (*designando el lado del vestíbulo*) quisiera este emblema: ¡Viva Rabagás! figurado con faroles.

Bricoli. Faroles de todos colores ¿eh?

Rabagás. Eso es..... Y gritos, ruido, entusiasmo que no deje á Su Alteza pegar los ojos.

Bricoli. Comprendido. Voy al momento, Excmo. Sr.

Rabagás. Es un hombre de provecho el señor Bricoli..... En hora buena. (*Recogiendo los papeles de la mesa y metiéndolos en su cartera.*) Ahora voy á recorrer esto tomando mi café. (*Reconociendo una firma al arreglar los papeles.*) ¡Toma! Esta firma es de Vuillard. (*Leyendo.*) «Señor gobernador: os doy las mas cumplidas gracias por los quinientos francos que S. A. se ha dignado...» (*Representando.*) ¡Oh! Ya tenia yo mis sospechas. ¡Bribon! ¡Qué partido! Es desconsolador lo que pasa. Excepto yo, no hay un hombre honrado en todo el partido. (*Va por la izquierda.*)

ESCENA II.

ANDRÉS, luego EVA.

Andrés (*que salió por la derecha al final de la escena anterior, escoltado por un oficial que se retira luego*). ¡Oh! se va, por fortuna. Temia que ese charlatan fuera del interrogatorio.

Eva (*saliendo de sus habitaciones*). ¿Solo?

Andrés. Solo.

EVA (*con viveza*). En hora buena. Se levantan de la mesa y el Príncipe me sigue. Le he oido pronunciar vuestro nombre y me he aprovechado del café para sustraerme. Hablemos pronto. ¿Vais á sostener vuestro papel?

ANDRÉS. Hasta la muerte.

EVA. ¡Oh! no iremos tan léjos. ¿Qué habeis inventado?

ANDRÉS. Nada.

EVA. ¿Nada?

ANDRÉS. Y no ha sido por falta de devanarme los sesos á fin de justificar mi presencia en el parque de noche.

EVA. Pero siempre se encuentra alguna cosa, un pretexto.

ANDRÉS. ¿Cuál?

EVA. A vuestra edad..... para hacer una locura no hay nunca mas que uno..... el amor.

ANDRÉS. Entonces hay que decir que el amor.....

EVA. Sin duda. Bien amareis á álguien ¿eh?

ANDRÉS. Nó.

EVA. ¡A los veinte años!

ANDRÉS. Pues no amo á nadie.

EVA. Entonces ¿qué haceis?... ¿Montais la guardia?

ANDRÉS. No siempre.

EVA. Siempre... un jóven de veinte años que no está locamente enamorado...

ANDRÉS. Os juro que no es culpa mia.

EVA. Entonces ¿qué quereis? No hay mas que un monstruo y es menester que yo caiga sobre él.

ANDRÉS. Lo siento mucho.

EVA. Y yo tambien por vos..... En fin, no amais..... sois así..... no hablemos mas de ello. Pero nada nos impide suponerlo. Estais enamorado y vais á soñar de noche bajo las ventanas de vuestra dama..... Nada mas natural.

ANDRÉS. Pero ¿qué dama?

EVA. Cualquiera... jóven... bonita... (*Con viveza*) la lectora, por ejemplo.

ANDRÉS. ¿La señorita de Therouane?

EVA. La misma. Me parece que os mira con cierta... cordialidad. ¿No lo habeis observado? ¡Ah! nó; vos no observais estas cosas.

ANDRÉS. Os aseguro, señora, que esa honrada jóven es incapaz de...

EVA. ¿De amar?... Entonces no es honrada.

ANDRÉS. Quiero decir... que no me perdonaria yo el crímen de hacer dudar de su reputacion.

EVA. ¿Cómo y por qué? Vos vais á admirar de noche su sombra en sus cortinas, y de esto está inocente la pobre niña.

ANDRÉS. ¡Bah!

EVA. ¡Cómo: bah!

ANDRÉS. Hay tanta malignidad en la corte, que basta solo una ligera sombra para manchar negramente la reputacion mejor sentada. Por eso, quisiera yo, señora, elegir otro pretexto. Esa jóven es demasiado buena y... yo os lo suplico: dejémosla en paz.

EVA (*sonriendo*). Vamos, sois lo que se llama un hombre..... de bien. Cuando la ameis del todo, sereis completo.

ANDRÉS. ¿Cómo del todo?

EVA. Sí, sí... hay algo ya... es inconsciente, pero entreveo una aurora. ¡Reparacion de honor!... Pero lo que decís de ella es aplicable á todas, y no tenemos derecho para comprometer á otra.

ANDRÉS. En efecto...

EVA. Nos hacia falta una que no hiciera caso del *qué dirán*..... que estuviera por encima de..... ¡Ah! ya la tenemos.

ANDRÉS. ¿Quién?

EVA. Yo.

ANDRÉS. ¿Vos?

EVA. Sí. Vos me conoceis de larga fecha... me adorais, y la primera noche que aquí paso, os aventurais á darme esa muda serenata. ¿Qué? ¿No os parece bien?

ANDRÉS. Sí, pero...

EVA. Eso me atañe á mí, y yo... sé lo que me hago. Pronto... ¿Dónde está Cárlos?

ANDRÉS. De servicio en el camino de Menton.

EVA. Es preciso que parta esta noche.

ANDRÉS. ¡Oh Dios! Ese es mi sueño.

EVA. Yo me encargo de eso. (*Mirando á la izquierda.*) Vienen. Que no cometais una equivocacion: no olvideis que me adorais.

ANDRÉS (*con calor*). ¡Oh! mistress, tanto como querais.

EVA. Bien, bien. (*Aparte.*) Vamos, aquí hay porvenir.

ESCENA III.

EVA, ANDRÉS, el PRÍNCIPE.

EL PRÍNCIPE (*á Andrés con bondad*). Vamos, caballero... (*Sorprendido de ver á Eva.*) ¡Ah! mistress, ¡vos aquí!

EVA (*alegremente*). ¡Oh! sí; he encontrado á este caballero al ir á mi habitacion y ha tenido la bondad de tomarme por confidenta. Si Vuestra Alteza se digna aceptarme por su abogada...

EL PRÍNCIPE. Abogad, señora.

EVA. Pues el asunto es de los mas sencillos..... el culpable no tiene la responsabilidad de sus actos..... está enamorado.

EL PRÍNCIPE (*sonriendo*). ¡Ah!

EVA. Enamorado..... El sentirá algun embarazo en confesarlo; pero yo..... de ningun modo..... está enamorado de mí.

EL PRÍNCIPE (*cambiando de tono*). ¡Ah!

EVA. Y desde hace tiempo, al parecer... Yo podria abogar por la locura; pero me limito á las circunstancias atenuantes.

EL PRÍNCIPE (*mordiéndose los labios*). ¿Y por eso?...

EVA. Por eso, señor, viéndome en palacio... el caballero, que es jóven, entusiasta y merece mucha indulgencia, no ha podido resistir al deseo de ir á adorar mi sombra en las cortinas de mi aposento, esta noche pasada: ni mas ni menos. El que no haya hecho otro tanto en su vida que le arroje la primera piedra.

EL PRÍNCIPE. Sin embargo, hay que convenir en que un oficial...

EVA. Enamorado.

EL PRÍNCIPE. Ya comprendo, pero un oficial que escala...

EVA. Enamorado.

EL PRÍNCIPE. Sí, ya me hago cargo; pero el oficial que escala de noche...

EVA. ¡Enamorado! ¡enamorado!

EL PRÍNCIPE (*con cierto enfado*). En hora buena; no hablemos mas de ello, mistress..... Defendeis la causa con un calor.....

EVA. No espereis nunca de una mujer, señor, que sea implacable contra un reo de este crímen.

EL PRÍNCIPE. Bien, pero tambien la demasiada indulgencia podria alentar..

EVA (*sonriendo*). ¡Ah! señor, conozco yo tantos culpables que no tienen la excusa de su edad.

EL PRÍNCIPE (*secamente*). Está ya decidido... este caballero queda en libertad; mas espero que no vuelva á suceder. (*Andrés se inclina y atraviesa la escena hácia el fondo para retirarse.*)

EVA. No os retireis, caballero oficial... tengo que encargaros una cosa.

ANDRÉS (*volviendo y besándole la mano. Aparte.*) ¿No he desempeñado bien mi papel de enamorado?

EVA (*riendo á media voz*). En tercer lugar... sí. (*Aparte.*) En primero... seria insuficiente.

EL PRÍNCIPE (*volviéndose impacientado*). Retiraos, caballero.

EVA (*sonriendo*). Y no pequeis mas.

ESCENA IV.

EVA, el PRÍNCIPE.

EL PRÍNCIPE (*de mal humor*). Es una dicha, señora, pertenecer al número de vuestros amigos. Encontrais una elocuencia para defenderlos...

EVA. ¿Os habeis enojado? ¡Oh Dios mio! Seria una ridiculez que hiciera yo el papel de gazmoña y vos el de celoso.

EL PRÍNCIPE. ¿Celoso?

EVA. Así parece.

EL PRÍNCIPE. Pues bien, estoy celoso..... es verdad. Ese caballerito, que desde ayer se encuentra siempre entre nos-

otros, que os ha conocido en Nápoles y que os ama hasta el punto de arriesgarse á hacer tales calaveradas...

Eva. ¿Y bien?

El Príncipe. Y bien..... Teneis razon..... soy un ente ridículo. Perdonad, mistress, y dejemos esto.

Eva (*sentándose en el sofá*). Y hablando de cosas mas sérias..... Hace poco me expresasteis ciertos temores.

El Príncipe. ¿Temores?

Eva. Relativamente á la princesa..... Ese afecto que desde la infancia tiene á su primo Cárlos...

El Príncipe. En efecto. Y os confieso que temí un momento que la aventura de esta noche...

Eva. Yo tambien.

El Príncipe. ¡Oh! ¡Desdichado de él! Creo que hubiera muerto á mis manos.

Eva. Eso precisamente es lo que me ha inspirado la idea de alejar de aquí al jóven.

El Príncipe. Sí, alejémoslo, alejémoslo de aquí.

Eva. La ocasion no puede ser mas oportuna. Mi permanencia aquí, aunque no fuera mas que de quince dias...

El Príncipe. ¿Cómo quince dias?..... Hemos tratado un mes.

Eva. Razon doble. Esta permanencia es perjudicial á mis intereses, y tengo muchos encargos que Cárlos evacuaria á las mil maravillas. París lo distraerá y nosotros obraremos en su ausencia.

El Príncipe. Y permanecereis vos aquí. Teneis razon, señora, mucha razon. Debe partir... partirá.

Eva. Esta noche... sin demora.

El Príncipe. ¿Y vuestras instrucciones?

Eva. Ya las recibirá. Firmad la órden de partida..... inmediata. Yo haré que llegue á sus manos por medio de su amigo... y quedamos tranquilos.

El Príncipe (*despues de escribir la órden*). Ya está. (*Leyendo.*) «Al recibo de esta órden, el caballero Cárlos partirá inmediatamente para París, donde recibirá mis instrucciones en la legacion.» (*Firma.*)

Eva (*de pié*). Muy bien.

El Príncipe (*acercándose á ella*). Ahora otra cosa. Y ese animal que me habeis traido aquí...

EVA (*riendo*). ¿Rabagás?

EL PRÍNCIPE. Rabagás, que me exaspera.

EVA. ¿Os quejais de él? Ha conjurado la tempestad y se ha hecho impopular. Su partido, pues, está decapitado..... ¿Os parece poco aun? Es un buen resultado.

EL PRÍNCIPE. Bien, pero estaba acordado que á los postres...

EVA. ¡Paciencia, pues! La noche no es segura, y aunque el pobre diablo sea gobernador general hasta el amanecer...

EL PRÍNCIPE. Es demasiado. (*Dos criados trayendo luces, abren la puerta principal y aparece la princesa seguida de sus damas.*)

EVA. La princesa se retira ya. Voy á hacer lo mismo, porque el dia ha sido fatigoso.

ESCENA V.

LOS MISMOS, GABRIELA, la SEÑORITA DE THEROUANE, DAMAS, ANDRÉS, BOUBARD, FLAVARENS, el CAPITAN. (En el fondo. La Princesa sale por la puerta principal y llega á la del fondo saludada por todos. El Príncipe se le acerca y la abraza. Eva y Andrés quedan solos en el proscenio, á la izquierda.)

EVA (*á Andrés entregándole la órden*). Orden de partida.

ANDRÉS (*con alegría*). Le será entregada en cuanto vuelva.

EVA. Y encargadle que obedezca.

ANDRÉS. ¡Oh! sin demora... porque está de servicio esta noche aquí.

EVA (*alarmada*). ¡Aquí!... ¡oh! nunca!

ANDRÉS. Partirá antes.

EVA (*aparte*). Yo me cercioraré. (*Alto.*) Ahora dad siquiera las buenas noches á esa pobre lectora que se muere esperando.

ANDRÉS (*mirándola con interés*). ¿De veras?

EVA (*riendo*). ¡Ah! ¡qué hombre! (*Va á saludar á la princesa que entra en su habitacion, seguida de las damas de servicio. Los demás personajes quedan en el fondo.*)

ESCENA VI.

LOS MISMOS, RABAGÁS.

RABAGÁS (*que salió durante los saludos, queda solo en el proscenio mirando con fruicion hácia la ventana del vestíbulo*). ¡Espléndida iluminacion! ¡Oh! el pueblo!..... ¡Qué movilidad!..... Tiene mala cabeza, pero buen corazon. Ahora está enteramente por mí.

EL PRÍNCIPE. Señoras, buenas noches. Mistress Blounth, descansad. Os pido permiso para retirarme.

EVA. ¿Ya?

EL PRÍNCIPE. Son las once. Voy á ver si puedo dormir una hora ó dos, pues tengo intencion de montar á caballo esta noche todavía. El coronel me avisa que hay gran agitacion en Menton, y añade que se habla allá de venir á atacarnos al amanecer.

EVA. ¡Esas tenemos!

EL PRÍNCIPE. Sí, y voy á aprovechar la claridad de la luna para prepararles algunas sorpresas en el camino.

EVA. Tened cuidado.

EL PRÍNCIPE (*tranquilizándola*). ¡Oh!... Coronel, estareis abajo (*indicando la puerta pequeña*) entre doce y media y una con veinte hombres de escolta. Si acaso durmiera todavía, que me dispierten.

BOUBARD. Está bien, señor.

EL PRÍNCIPE. Y vos, capitan, no abandoneis el palacio esta noche.

EL CAPITAN. Muy bien, señor.

EVA. Entonces..... dormid bien ante todo. (*El Príncipe le besa la mano.*) Pero no vayais demasiado aprisa con aquel. (*Indicándole á Rabagás, que está á la derecha, de pié junto á la mesa.*)

EL PRÍNCIPE (*haciendo un gesto al verlo*). ¡Ah! Está aquí!

EVA. Despacio, os lo recomiendo. (*Entra en su habitacion saludando á los oficiales.*)

EL PRÍNCIPE (*á los oficiales*). Hasta luego, señores. (*Se retiran los oficiales por la izquierda.*)

ESCENA VII.

EL PRINCIPE, RABAGÁS. (El Príncipe va hácia sus habitaciones aparentando no haber visto á Rabagás, que se interpone hábilmente con el semblante risueño y la espina doblada. Un criado queda en el vestíbulo, cerca del umbral, con una luz en la mano.)

RABAGÁS (*obsequioso*). Señor, estamos solos, y tengo la satisfaccion de anunciar á Vuestra Alteza una buena nueva.

EL PRÍNCIPE (*friamente*). ¿Qué nueva es esa?

RABAGÁS. Toda la ciudad está iluminada.

EL PRÍNCIPE (*irónicamente*). ¿En vuestro honor... ó en el mio?

RABAGÁS. En honor de los dos, señor... mi modestia me obliga á declararlo así... El entusiasmo ha tomado grandes proporciones. Dígnese Vuestra Alteza echar una ojeada por esta parte y verá á lo largo de un balcon de la plaza una inscripcion tamaña con letras de fuego.

EL PRÍNCIPE. ¿Dónde?

RABAGÁS. Aquí enfrente.

EL PRÍNCIPE (*mirando con indiferencia*). En efecto..... es espléndido. (*Leyendo la inscripcion.*) A RABAGÁS...

RABAGÁS (*concluyendo sin mirar*). NUESTRO SALVADOR.

EL PRÍNCIPE (*mirando mas atentamente*). Nó, nó... perdonad... no habeis leido bien.

RABAGÁS (*sorprendido*). ¿No he leido bien?

EL PRÍNCIPE (*tranquilamente*). Nó; habeis tomado una letra por otra, señor Rabagás. No dice *salvador*... sino *saltador*. Miradlo bien. A RABAGÁS, NUESTRO SALTADOR.

RABAGÁS. ¡Gran Dios! Yo habia leido...

EL PRÍNCIPE. Han cambiado una letra; por una *V*, han puesto una *T;* pero de marca mayor. Leed, leed.

RABAGÁS (*furioso*). ¡Miserables! Voy á mandar prender...

EL PRÍNCIPE. De ninguna manera. Es una opinion que expresan, y yo estoy por la libertad de las luces. Dejemos *saltador*, si lo teneis á bien.

RABAGÁS. ¡Cómo! ¡Vuestra Alteza abandonaria al ridículo al hombre que ha salvado!...

El Príncipe (*con viveza*). ¡Oh! Poco á poco, señor Rabagás. Que ha salvado ¿qué? ¿á quién? Expliquémonos, os lo ruego, y restablezcamos la verdad de los hechos... Llegais aquí en un dia de perturbacion, en que, por evitar actos de rigor, estoy dispuesto á todas las concesiones. Y exclamais: «Yo soy la concordia, soy la conciliacion. No tengo mas que presentarme y todo está acabado.» Y os presentais..... No hablemos del recibimiento..... Esto por la concordia. En cuanto á los medios suaves de conciliacion, el mas conciliatorio y suave ha sido la carga de caballería. Francamente, señor Rabagás, para esto no tenia necesidad de vos... bastábame Sottoboio.

Rabagás (*desconcertado*). Las circunstancias...

El Príncipe. En resúmen: nó, no sois el hombre de la conciliacion; no sois el hombre de los medios suaves, no sois el hombre del pueblo. Y si no sois ni el suyo ni el mio... entonces ¿qué sois, señor Rabagás?

Rabagás. ¿Qué soy?

El Príncipe. ¡Pardiez! vuestro único título era la popularidad. Sin la popularidad ¿cuáles son vuestros títulos?

Rabagás. Mi mérito.

El Príncipe (*sonriendo*). ¡Oh! hablemos sériamente.

Rabagás. En fin, soy una transicion.

El Príncipe. Entre las piedras y los sablazos.

Rabagás. De modo que Vuestra Alteza...

El Príncipe. Mi Alteza... francamente se pregunta ¿qué es lo que el señor Rabagás hace esta noche en palacio?

Rabagás. Pero...

El Príncipe. No hay peros: os lo pregunto á vos mismo.

Rabagás (*con embarazo*). Hago...

El Príncipe. Una triste figura..... no podeis hacer otra cosa.

Rabagás (*aterrado*). Si Vuestra Alteza viene á esta conclusion para despedirme...

El Príncipe. ¡Bah! ¡bah! señor Rabagás, ¿por quién me tomais á mí? Vamos, vamos..... sois nervioso, lo concibo: este dia de emociones, la violencia hecha á vuestros mas tiernos sentimientos por la necesidad de perseguir á vuestros mejores amigos..... Id á descansar, señor Rabagás, id: mañana temprano volveremos á hablar de esto.

RABAGÁS (*temblando de ansiedad*). Pero hasta entonces, señor, ¿debo considerarme como gobernador?

EL PRÍNCIPE. Para dormir es completamente inútil; bien lo comprendereis. (*Al criado que espera en el fondo.*) Conducid á este caballero. Que paseis buena noche, señor Rabagás: despues de tanto ejercicio..... (*Saluda y entra en su habitacion.*)

ESCENA VIII.

RABAGÁS y el AYUDA DE CÁMARA, esperando en el fondo con la luz.

RABAGÁS (*despues de una pausa*). ¡Burlado! estoy burlado! ¡Ah! he sido un imbécil..... no haber comprendido..... ¡Oh! sí, tenian miedo y he servido de para-rayos... Desviado el rayo, no soy mas que una veleta... ¡Dos horas de poder y conducido por un lacayo!... ¡Y Dios sabe á dónde!... ¡Ira de Dios!... Sospechoso á las masas, descolorido, desacreditado y sin prestigio, ¿á quién haré creer la sublimidad de mi papel? ¿Con qué prodigio de elocuencia podré convencer á ese pueblo del maravilloso acuerdo que habia soñado entre mi poder y su libertad? ¡Oh! me apedrearán. Estoy arruinado, perdido, asesinado... ¡Por dos horas de... y una mala cena!... ¡Mi popularidad por un plato de lentejas!... ¡Y el lacayo siempre ahí como una mano tendida hácia la puerta!... Por ahí se va, sí, esclavo, por ahí se va... pero yo no quiero comprenderte... ¿Quién? ¡yo partir así! Si entré por la fuerza de mi genio ¿saldré por la de un puntapié? Nó, nó; Mazarino recibió otros muchos y... no partió jamás. ¿No es mas que partir? Yo estoy aquí y aquí me quedo. (*Toma su cartera y la estrecha contra su pecho.*) ¡Desencadenaos sobre mí, bofetones y puntapiés!... Nó, no partiré; me agarro á mi cartera y no la suelto. Un hombre como yo no cae del poder; se le arranca... á pedazos.

ESCENA IX.

RABAGÁS, BRICOLI.

BRICOLI. ¿Excelencia?...

RABAGÁS (*sin abandonar su cartera. Aparte*). ¡Y no me llamarán ya Excelencia! (*Alto.*) ¡Adelante!

Bricoli. Antes de retirarme, vengo á ver si tiene V. E. algunas órdenes que darme.

Rabagás (*con viveza*). Sí. Decid á ese estafermo que se retire. Me exaspera con su luz y su inmovilidad.

Bricoli (*haciendo una seña imperativa al criado, que se retira*). Ya se ha ido. Debe estar V. E. satisfecho de la iluminacion.

Rabagás (*aparte*). Sí, muy satisfecho. *¡Saltador!*

Bricoli. En cuanto al caballerito oficial arrestado, ya sabrá V. E. que está en libertad.

Rabagás (*yendo y viniendo distraido*). Sí. (*Aparte.*) ¿Qué pudiera yo inventar?...

Bricoli (*sonriendo*). A instancias de mistress Blounth.

Rabagás (*amenazando á la puerta de Eva. Aparte*). Tambien esta se ha burlado de mí.

Bricoli (*con intencion*). De mistress Blounth, que está en la mejor armonía con él. Y ahora, Excmo. Sr., el billete anónimo está firmado.

Rabagás. ¡Firmado!

Bricoli (*sonriendo*). ¡Pardiez!

Rabagás (*con viveza*). ¡Ella!... En efecto. (*Paseándose agitadamente.*) ¡Oh! entreveo grandes horizontes.

Bricoli. Lo que creo de mi deber participar á V. E. es que nuestro oficial, apenas salió de palacio, cuando corrió al despacho de diligencias, donde pidió una berlina de viaje para esta misma noche.

Rabagás. ¡Pardiez!

Bricoli. El hecho me ha llamado la atencion: ese carruaje, de noche y tanta prisa son circunstancias que hacen pensar en una fuga... en un rapto.

Rabagás (*deteniéndose*). ¡Un rapto! ¡Justo cielo! ¡Qué idea! (*Bajando la voz.*) Concibo algo extraordinario, inmenso.

Bricoli. ¿De veras?

Rabagás. Sí... nó... sí... ¡Calma, genio mio! ¡Fulguras, me abrasas, me aturdes!...

Bricoli (*sorprendido*). ¿Eh?...

Rabagás (*aparte*). Sí, sí... perfectamente. El oficial de guardia... ese jóven oficial con ella... nadie aquí... y esta llave... ¡Oh! sublime!

BRICOLI. Entonces... ¿prohibo enganchar?

RABAGÁS. Al contrario, que se enganche cuanto antes, y que el carruaje venga á esperarme á la puerta pequeña. (*Indicando el pasillo.*)

BRICOLI (*con sorpresa*). ¡Por ahí!

RABAGÁS. Sí, para el Príncipe y para mí... Pero un cochero ciego para todo lo que no sea su carruaje.

BRICOLI. Respondo de ello. ¿Debo traer mis hombres?

RABAGÁS. Nó... el coronel nos acompaña; pero id sin demora á decirle que Su Alteza, que trabaja conmigo, le encarga nò venir hasta las dos de la madrugada.

BRICOLI. ¡Hasta las dos!

RABAGÁS. En vez de venir á la una ¿habeis comprendido?

BRICOLI. Perfectamente. Voy sin demora. ¡Pero los presos que están ahí!...

RABAGÁS. Traedlos, pues.

BRICOLI. ¿Aquí?

RABAGÁS. Y solos.

BRICOLI. ¿Sin guardias?

RABAGÁS (*con presuncion*). ¿Y yo?...

BRICOLI (*aparte*). Es otro Richelieu. (*Va por el fondo y habla en la puerta con un agente que se aleja.*)

RABAGÁS (*aparte*). Vuelvo á conspirar. A la puerta del tirano... es de tradicion. No hay nada mas conducente que una intriga palaciega. En cuanto á los compañeros..... una entrevista algo violenta; pero son tan brutos por una parte, y por otra tan... Ea, Rabagás, ¡audacia! y en vez de gobernador, te hago dictador... No puedes quejarte.

BRICOLI. Aquí están.

RABAGÁS. Bien. Id ahora á descansar.

BRICOLI. Dejo á mis agentes en el vestíbulo.

RABAGÁS. Abajo, abajo. (*Aparte.*) Así no me estorbarán. (*Aparecen abatidos rasando la pared por la izquierda Camerlin, Vuillard, Chaffion y Noisette.*)

BRICOLI. Está bien, Excelencia.

VUILLARD, CAMERLIN Y CHAFFION (*mirándolo con aire sombrío y estrechándose las manos*). ¡Excelencia!

RABAGÁS (*á Bricoli*). Retiraos, pues. (*Bricoli se inclina profundamente y se retira.*)

ESCENA X.

RABAGÁS, VUILLARD, CAMERLIN, CHAFFION y NOISETTE.

CAMERLIN (*á Rabagás luego que se cierra la puerta*). Pues, señor, eres un canalla, Rabagás; te lo digo con permiso del gobernador.

RABAGÁS (*á media voz*). Y vosotros sois unos idiotas, por no haber esperado mi señal para salir en son de guerra. (*Sorpresa.*)

VUILLARD (*en el mismo tono*). Y si no la haces...

RABAGÁS. Porque no era menester hacerla.

TODOS (*sorprendidos*). ¡Ah!

RABAGÁS (*remedando*). ¡Ah!

CHAFFION. ¿Y el ejército que carga sobre nosotros?

CAMERLIN. ¡Por tu órden!

RABAGÁS. Vosotros atacais.

VUILLARD. Y tú nos enjaulas.

RABAGÁS. Vosotros me obligais á ello. ¿Por ventura podia yo desde este puesto estar con los que atacaban? ¡Tened, pues, genio para estos estúpidos y haceos gobernador general en interés de ellos! (*Se miran los presos con estupor.*)

CHAFFION. Segun eso, tenias un plan.

RABAGÁS. ¡Pardiez!

CAMERLIN. ¡Y no nos dices una palabra!

CHAFFION. El pueblo creyó...

RABAGÁS. El pueblo es un asno y tú tambien. ¡Cómo! desdichados! elegís para hacer un tumulto la hora en que la revolucion está hecha! la hora en que estamos ya en el poder!

VUILLARD. Tú estabas no mas.

RABAGÁS. Vosotros tambien detrás de mí. Todo lo obtengo: una constitucion, una cámara, un gabinete, yo á su cabeza... Vosotros despues.

VUILLARD (*frunciendo las cejas*). ¡Sin la república!

RABAGÁS. ¡Oh! si nos pagamos de palabras...

VUILLARD Y CHAFFION. En fin...

RABAGÁS. No digamos necedades entre nosotros, amigos

mios. Aquí no hacemos un artículo para la *Carmañola*. La república no es mas que una palabra; lo que nosotros queremos es un hecho: el progreso... es decir, todo lo que no tenemos. Y el triunfo del pueblo representado por el nuestro. Ahora bien, si un gobierno me da todo esto. . me rio yo de su denominacion y lo aclamo, porque con él lo obtengo todo.

VUILLARD, CAMERLIN y CHAFFION (*protestando*). ¡Oh!

RABAGÁS. Y vosotros tambien.

CAMERLIN y CHAFFION (*adhiriéndose*). Siendo así...

VUILLARD. Si las cuestiones sociales...

RABAGÁS (*interrumpiéndolo*). Pero no digamos disparates entre nosotros ¡voto al chápiro! ¿Hay tales cuestiones? Hay posiciones sociales; y cuando no se tienen las mejores, hay que tomarlas.

VUILLARD, CAMERLIN y CHAFFION. ¡Oh!

RABAGSÁ. ¿No lo creeis así?

TODOS. Sí.

RABAGÁS. Entonces...

CAMERLIN. Hagamos una fusion.

CHAFFION (*sacando un guante que fué blanco*). Preséntanos al Príncipe.

RABAGÁS. ¡Oh! sí; á buen tiempo. La oportunidad pasó por culpa vuestra.

TODOS (*con despecho*). ¿Pasó?

RABAGÁS. ¡Pardiez! Estais aplastados... ya no hay miedo, y naturalmente el Príncipe no hará concesion ninguna: ni constitucion, ni cámara... ni aun gabinete.

CAMERLIN. ¡Voto á dios Baco! ¡Buena la hemos hecho con nuestra impaciencia!

VUILLARD. Y ¿no habria medio de enzarzar esto otra vez?

TODOS. Sí, sí.

RABAGÁS. Tal vez.

TODOS. Pues á la carga.

RABAGÁS. Pero esta vez, compañeros, con mil diablos, ha de haber disciplina.

NOISETTE. Ciega.

RABAGÁS. Pues escuchadme bien. Voy á romper vuestras cadenas, y que Noisette se encamine á Menton.

NOISETTE. Volando.

RABAGÁS. Menton está agitado, pero es flojo. Es menester enardecerlo, sacudirlo. Allí no hay mas guarnicion que la sarda, y esta hará la vista gorda... Por nuestra parte... todo lo que se ha recogido esta noche, pero mejor organizado...

CHAFFION. Con Petrowlski á la cabeza.

CAMERLIN. ¡Pardiez! Él lo ha hecho fracasar todo, probándose las botas.

RABAGÁS. Si corre es que le están bien.

NOISETTE. ¡Oh! sí, corre, corre.

RABAGÁS. Con él ó sin él, recoges tú todo cuanto encuentres en las calles.

NOISETTE. ¿Revuelto?

RABAGÁS. Sí, y gritas á voz en cuello que soy dueño del palacio, que el Príncipe está preso y que yo mismo os lo llevo allá.

VUILLARD, CAMERLIN, CHAFFION. ¿A Menton?

RABAGÁS. A Menton. Y alborotando así, os apoderais de la casa de la villa.

CAMERLIN. ¡De la alcaldía!

RABAGÁS. Decid siempre *casa de la villa*, inocentes: todo está aquí. Quien tiene la *casa de la villa*, lo tiene todo: es el desembarcadero de la revolucion. Pasas por allí, estará desierta, subes, te constituyes en una mesa, escribes tu nombre, el mio, el suyo; en papeletas que arrojas por la ventana... y nadie reclama: la revolucion está hecha... está en sus muebles.

CAMERLIN. Dicho se está... me proclamo.

RABAGÁS. Entre tanto, llego yo, á la una de la madrugada, con mi Príncipe embozado... amarrado...

TODOS (*estupefactos*). ¡Bah!

RABAGÁS. Es muy sencillo.

TODOS. ¡Pardiez! ¡Qué genio!

RABAGÁS. No encontrareis otro de mi fuerza, nó.

VUILLARD. Pero explícate.

RABAGÁS. El Valentinois piensa en salir esta noche, á fin de atender á las medidas que van á tomarse para prevenir el ataque matinal que se teme por parte de los insurrectos de Menton. Saldrá por aquí y aquí lo esperareis vosotros. Habrá un carruaje á la puerta y el Príncipe bajará..... con

luz ó sin ella... Entonces caereis sobre él; y si vosotros tres, á pesar de su resistencia y gritos, no llegais á ponerle una mordaza atándolo de piés y manos con vuestros pañuelos... no sois dignos de ser libres.

CHAFFION. ¡Cuerno! Como baje solo...

RABAGÁS. Solo.

CAMERLIN. ¿Sin oficiales?

RABAGÁS. Sin oficiales: respondo de ello. Una vez dado el golpe, me reuno yo con vosotros; lo cargamos en el carruaje y salimos á escape hácia Menton. A nuestra llegada triunfo completo. El Príncipe, asustado como estará, hará todo cuanto se le intime. Abdica, proclamamos la independencia de Mónaco y... está hecha la gran revolucion.

CAMERLIN. ¡Magnífico!

VUILLARD. Todo eso está bien; pero expliquémonos sobre la independencia de Mónaco.

CAMERLIN y CHAFFION. Sí, sí.

RABAGÁS. Dicho se está... la república... con mi dictadura.

LOS TRES. ¡Dictador!

RABAGÁS. ¡Pardiez!

VUILLARD. ¡Tú el poder absoluto!

RABAGÁS. ¿Qué?

LOS CUATRO. ¡Nunca!

RABAGÁS. Pero...

TODOS. ¡Jamás!

RABAGÁS. En hora buena, hijos mios. Pero si me negais el poder absoluto, decidme ¿cómo diablos quereis que funde la libertad?

CAMERLIN. Pero...

RABAGÁS (*con viveza*). Nada, nada..... no hay que hablar mas de esto. Volved á vuestras cadenas y..... (*Se dirige á la puerta como para llamar á los agentes.*)

CHAFFION (*con espanto*). Pero... ¡Rabagás! (*Todos acuden á él.*)

CAMERLIN. Vamos, hombre..... todavía podemos entendernos.

RABAGÁS. Nó, nó.

TODOS (*rodeándolo*). Sí, sí.

CHAFFION. Despues de todo ¿qué es lo que el pueblo quiere?... No quiere mas que garantías ese pobre pueblo.

RABAGÁS (*volviendo*). ¿Qué garantías?

CAMERLIN (*pegado á Rabagás*). Algo para nosotros.

VUILLARD. Bien habrá por ahí algun destino...

RABAGÁS. De ministros ¿eh? ¡ministros como en los ominosos tiempos de la tiranía!

CAMERLIN. ¡Pardiez!

RABAGÁS. Yo *no quiero* ministros en *mi* república.

VUILLARD (*exasperado*). Pero entonces...

RABAGÁS. Yo no quiero mas que directores... ó administradores ó...

CAMERLIN. Seamos directores; pero esto es menos...

RABAGÁS (*mirándolos de piés á cabeza*). Menos ¿qué?

CAMERLIN. Nada... pero yo, por ejemplo, quiero ir al interior.

VUILLARD. Y yo á las relaciones exteriores.

RABAGÁS. No irian mal.

CHAFFION. Y yo á la hacienda.

RABAGÁS. ¡Hacienda!... si no hay.

CHAFFION. O á la policía... Y te hago una limpia de papelotes... de mi flor.

RABAGAS. Ni siquiera sabes escribir.

CHAFFION. Y el patriotismo, ¿de qué sirve entonces?

TODOS. Está dicho.

RABAGÁS. Dicho está. (*Aparte.*) ¡Bien andaria el gobierno! (*Alto á Noisette*). Ahora, pues, tú en camino, y vosotros tres á vuestro puesto.

TODOS. Vamos, pues.

RABAGÁS (*tomando una palmatoria*). Os guiaré para salir. (*Entra en el pasillo con Noisette.*)

CHAFFION (*á los otros cuando Rabagás desaparece*). Una vez allá... su dictadura... (*Gesto significativo de los tres.*)

VUILLARD. Un triunvirato. En hora buena.

LOS TRES (*estrechándose las manos*). Allá veremos. (*Desaparece Chaffion por el pasillo.*)

VUILLARD (*á Camerlin*). O dos cónsules.

CAMERLIN (*estrechándole la mano*). Corriente. (*Desaparece Vuillard.*) O uno solo... Mejor es esto. (*Abrese la puerta de la derecha.*) ¡Pardiez! Alguien viene. (*Desaparece con precaucion por el pasillo cerrando la puerta en el momento de salir el primer ayuda de cámara alumbrando á Cárlos.*)

ESCENA XI.

CÁRLOS, DOS AYUDAS DE CÁMARA.

CÁRLOS (*envuelto en su capa*). Felipe, ¿estais seguro de que el teniente Mora?...

PRIMER CRIADO. Sí, señor, sí; lo he visto salir en libertad.

CÁRLOS. Respiro... He pasado en el camino una hora de ansiedad. (*Sale otro ayuda de cámara de la del Príncipe.*)

PRIMER CRIADO. Buena guardia, caballero.

CÁRLOS. Gracias, Felipe. (*Al 2.º*) ¿Ha dado S. A. alguna órden?

SEGUNDO CRIADO. Su Alteza está durmiendo.

CÁRLOS (*con alegría*). ¿Ya?... tanto mejor. (*Los criados van á retirarse y se encuentran con Andrés que sale por la izquierda y deja su capa sobre una silla.*)

ESCENA XII.

CÁRLOS, ANDRÉS.

CÁRLOS. ¡Andrés! (*Corre hácia él.*) ¡En libertad! ¡Dios sea loado!

ANDRÉS. Desde hace una hora.

CÁRLOS. ¡Cuánto he maldecido ese servicio que me separaba de tí! En fin, todo va bien. ¿Qué ha pasado? Cuéntamelo todo.

ANDRÉS. Mas tarde. Por ahora no pensemos mas que en esto. Lee. (*Le entrega la órden del Príncipe.*)

CÁRLOS. ¡Una órden de partida!

ANDRÉS (*tomándole una mano*). Sí.

CÁRLOS (*aterrado*). ¡Partir!... ¡Dejarla!

ANDRÉS. Es preciso. Vamos ¡valor!

CÁRLOS. Y ¿es á tí, amigo Andrés, á quién debo esto?

ANDRÉS. A mistress Blounth, pero á instancias mias..... te lo confieso.

CÁRLOS. ¡Qué traicion!

ANDRÉS. Cárlos, no olvides lo convenido: bien sabes que me prometiste partir.

CÁRLOS. ¡Oh! Sin creer en ello... pero nunca para esta noche.

ANDRÉS. Cuanto antes mejor.

CÁRLOS. Pero eso es absurdo. Pues ¿qué? ¿puedo yo acaso partir así, sin prepararme?

ANDRÉS. Todo está dispuesto: tu maleta, la silla de postas.....

CÁRLOS (*con amargura*). ¡Qué celo! Te lo agradezco, pero es inútil.

ANDRÉS. ¿Por qué?

CÁRLOS. Porque estoy de guardia.

ANDRÉS. Eso no obsta; yo te relevaré.

CÁRLOS (*irritado*). En fin, te repito que esta partida es imposible.

ANDRÉS. Una razon, pero buena razon.

CÁRLOS. Su carta.

ANDRÉS. ¡Su carta!

CÁRLOS. Sí, me escribe que me espera esta noche.

ANDRÉS. Y ¿piensas acudir á esa cita?

CÁRLOS. A esta mas bien que á todas.

ANDRÉS. ¿A pesar de?...

CÁRLOS. A pesar tuyo y de tu feroz amistad; sí, á pesar de todo.

ANDRÉS. Cárlos, piensa bien lo que vas á hacer. Va á sucederte alguna desgracia y no estaré yo allí para conjurarla.

CÁRLOS. ¡Gran generosidad la de amenazarme con tu peligro para arrancarme una odiosa y funesta concesion!

ANDRÉS. Ve hasta qué punto tienes conciencia de tu falta: has venido á ser malo, ó no eres tan bueno como antes.

CÁRLOS. Véte, Andrés, te lo suplico: no es hora ni lugar á propósito para una disputa. Véte, pues.

ANDRÉS. Preciso será... Puedes vanagloriarte de tratarme así... ¡A! (*Va á tomar su capa como para retirarse.*)

CÁRLOS. ¡Y partes así... sin tenderme la mano!

ANDRÉS (*volviendo con viveza y estrechándole la mano con efusion*). ¡Oh! sí; bien seguro estaba de que serias prudente.

CÁRLOS. Lo seré... te lo prometo... y para ello pensaré en tí.

ANDRÉS. Sí, creo sobre todo que pensareis en mí.

CÁRLOS. Vé á acostarte y duerme tranquilo..... todo irá bien.

ANDRÉS. ¡Ah! ¡Cuánto siento quererte tanto!

CÁRLOS. ¡Ingrato! ¡cómo te faltaré... cuando no tengas ya que temer por mí!

ANDRÉS. Es verdad.

CÁRLOS. Ea, hasta mañana temprano.

ANDRÉS. ¡Hasta mañana aun!... Daria un año de mi vida por estar allí. (*Se retira.*)

ESCENA XIII.

CÁRLOS.

CÁRLOS. ¡Gran corazon! Vale mil veces mas que yo. Me hace mal por hacerme bien. (*Mirando la órden.*) ¡Separarme de ella! hé aquí lo que á toda costa quieren. ¡Paciencia! aun no he partido... y de aquí á mañana, ya encontraré medio... ¡Alguien viene! (*Ábrese la puerta del fondo y las doncellas de la princesa salen de su aposento. Una de las tres apaga la luz del corredor y las otras corren la cortina de la puerta del fondo.*) Las doncellas de la princesa... Se retiran. (*Atraviesan la escena y desaparecen por la izquierda saludándolo.*) Ya está sola, pues no cuento la doncella que duerme en la cámara del fondo..... mujer ya de edad, que duerme como una bienaventurada..... (*Mirando hácia la izquierda por donde las doncellas se han retirado, el vestíbulo alumbrado solo por la luna.*) Aquí..... el vestíbulo..... la escalera..... nadie..... y las luces apagadas..... ¡Bien! (*Mirando á la puerta de Eva.*) ¡La americana!..... ¿qué tendrá que hacer aquí?... Nada... En cuanto al Príncipe... está durmiendo... No hay nada que temer..... y seis horas de reposo todavía... Vamos. (*Va hácia la puerta del fondo, levanta la cortina y deja ver el corredor oscuro y por debajo de la puerta de la princesa un poco de luz.*) Me está esperando..... Pero ¡qué torpe!..... ¡no haber apagado la luz! (*Deja caer la cortina y desaparece. Al mismo tiempo se abre la puerta de escape del pasillo y aparece Rabagás con la bujía en la mano y andando con precaucion.*)

ESCENA XIV.

RABAGÁS, despues EVA.

RABAGÁS. Bien sabia yo ¡pardiez! que no encontraria aquí á nuestro oficial de guardia. Bien, bien, el carruaje... mis tres hombres en su puesto..... el chico en el camino de Menton..... Todo va á las mil maravillas. (*Mirando la hora.*) Dentro de media hora, á mas tardar, se habrá dado el golpe..... Veamos si hay álguien por este lado. (*Va con su bujía á registrar el vestíbulo de la izquierda.*)

EVA (*en el dintel de su puerta*). No dormiré tranquila hasta cerciorarme de la partida de nuestro enamorado..... No hay nadie aquí..... Sin duda ha partido. El señor de Mora me ha cumplido su palabra. (*Va á retirarse cuando percibe el resplandor de la bujía de Rabagás y se detiene.*) ¡Una luz! ¿Será él?

ESCENA XV.

RABAGÁS, EVA.

(Rabagás saliendo del vestíbulo, y Eva dando un paso hácia él, se encuentran frente á frente.)

EVA. ¡Rabagás!

RABAGÁS. Señora... (*Aparte.*) ¡Diablo! Esta mujer me estorba.

EVA. ¿Cómo es eso? ¡Aquí á estas horas!

RABAGÁS (*en el mismo tono*). ¿Cómo es eso? ¡A estas horas aquí!

EVA. Yo creia que habiais salido ya.

RABAGÁS. ¿Del palacio ó del gobierno?

EVA. ¡Bah! solamente del palacio.

RABAGÁS (*dejando la bujía sobre la mesa*). Pues bien, justamente estoy aquí para no salir ni del palacio ni del gobierno.

EVA. ¿Qué pasa, pues?

RABAGÁS. ¡Ah! Su Alteza practica la independencia del corazon..... Hace poco me ha hablado con una franqueza

que se parecia mucho á una puerta de salida..... Y yo, recordando nuestro pacto, he encontrado la invitacion un poco brusca.

EVA. Demasiado brusca, evidentemente. (*Aparte.*) Porque prescindiendo de esto.....

RABAGÁS. Entonces, mistress, puedo contar aun con vuestro apoyo.....

EVA (*sentándose en el sofá*). Seguramente.

RABAGÁS. ¿Maintenon y Louvois siempre?

EVA. Siempre.

RABAGÁS. Me alegro mucho, porque voy inmediatamente á reclamar de esa inteligencia cordial un ligero favor.

EVA. ¿Cuál?

RABAGÁS. Que tengais la bondad de volver inmediatamente á vuestro aposento.

EVA. Y ¿por qué?

RABAGÁS. En el punto á que hemos llegado, no tengo secretos para vos..... El Príncipe va á salir de incógnito.

EVA. Lo sé.

RABAGÁS. Bien..... Pues yo he preparado por allí á su paso una pequeña manifestacion en mi favor.

EVA. ¡Ah!

RABAGÁS. Manifestacion que no permitirá ya á Su Alteza poner en duda mi popularidad.

EVA. ¿Y por eso deseais que salga?

RABAGÁS. Justamente.

EVA (*aparte*). Aquí hay otra cosa. (*Alto.*) Y bien, ¿en qué puede estorbar mi presencia?

RABAGÁS. Perdonad, señora... no quisiera ser indiscreto; pero es evidente que si Su Alteza os encuentra... no tendrá valor para separarse de vos.

EVA. ¡Oh!

RABAGÁS. Lo temo... y con eso fracasará mi proyecto.

EVA. Sobre eso tengo que deciros... que no quisiera yo que Su Alteza saliera.

RABAGÁS. ¡Bah!

EVA. Ese paseo nocturno... francamente no me promete nada bueno.

RABAGÁS. ¡Qué error!... Despues de comer... sienta muy bien un paseo.

EVA. No esta noche.

RABAGÁS. Pero entonces.....

EVA. Entonces... no sentiria yo encontrarlo para ver de disuadirlo.

RABAGÁS. ¡Ah! señora, espero que no hagais eso.

EVA. ¡Oh! si.

RABAGÁS. ¡Oh! nó... me causariais un gran perjuicio á mí... y á vos tambien.

EVA. ¡A mí!

RABAGÁS. Estais vos tan interesada como yo en que Su Alteza dé este paseo.

EVA. Explicaos, os lo ruego.

RABAGÁS. Pensad en el compromiso que os traeria si encontrara allí á álguien. (*Indicando la habitacion de Eva.*)

EVA. ¿En mi aposento?

RABAGÁS. ¡Pardiez!

EVA. Estais loco, señor Rabagás.

RABAGÁS. En hora buena... no me tratais como aliado... Mas confianza, por favor... Ved como yo os cuento mis cosas... ¿Hay algo mas agradable?

EVA (*con sequedad*). Basta de bromas, si lo teneis á bien. ¿Suponeis que Su Alteza encontrará á álguien en mi habitacion á estas horas?

RABAGÁS. ¿Que si supongo? No lo supongo, señora, nó; estoy seguro de ello.

EVA (*reprimiéndose*). ¿Y en qué fundais esa seguridad?

RABAGÁS (*sacando el billete*). En esta carta..... escrita por esa adorable mano.

EVA (*sorprendida*). ¿Una carta?... ¡mia!... Y ¿á quién?

RABAGÁS. A un caballero oficial... muy buen mozo por cierto.

EVA. ¿A un oficial?... Nombradlo, caballero, nombradlo.

RABAGÁS. El señor de Mora.

EVA. ¿Andrés?

RABAGÁS. Justamente, Andrés.

EVA. ¿Y esa carta?...

RABAGÁS. Héla aquí. (*Leyendo.*) «Amigo mio, ¿qué historia es esa de la noche anterior? ¿Y ese hombre que has herido?...»

EVA (*de pié y con espanto. Aparte.*) ¡La princesa!

RABAGÁS (*continuando*). «Me muero de inquietud y quiero saberlo todo. Es absolutamente preciso que nos veamos otra vez á pesar de todo lo que te he dicho. Ven, ven esta noche á la hora de siempre, y si estás de guardia en palacio, como creo, aun te será mas fácil...».

EVA (*aparte*). ¡Ah! ¡Qué locura, escribir eso!

RABAGÁS. Es muy fácil conocer á quién se dirige la carta. ¿Y cómo no está allí?

EVA (*respirando y aparte*). Porque ha partido, felizmente.

RABAGÁS. ¿Me direis acaso que esta letra es de otra dama?

EVA (*con viveza*). Nó, nó; es mia.

RABAGÁS. Entonces cerremos el paréntesis. El señor de Mora está, pues, en vuestro aposento.

EVA. Tal vez. (*Aparte.*) Intriguemos.

RABAGÁS. Seguramente. Ahora bien, el Príncipe puede encontrarle allí... luego conviene que no os encuentre; luego... (*Le indica la puerta de su habitacion haciéndole una seña para que entre.*)

EVA (*aparte*). ¡Maldito hombre!... nos ha cogido.

RABAGÁS (*levantando la cortina para que pase*). Vamos, mistress, vamos. (*Sonriendo.*)

EVA. Todavía nó. (*Se sienta.*) Hablemos como buenos amigos, señor Rabagás, si quereis.

RABAGÁS. Pronto, porque el tiempo apremia.

EVA (*haciéndole una seña para que se siente á su lado en el sofá*). Devolvedme ese billete y lo conciliaremos todo.

RABAGÁS (*sentándose*). Conciliémoslo antes.

EVA (*con seduccion*). Pues ¿qué? amigo Rabagás, ¿no teneis confianza en mí?

RABAGÁS (*besándole la mano*). ¡Oh!... ninguna, mistress Blounth.

EVA. Haceis mal, pues estamos, bien lo sabeis, estamos en muy buenas relaciones.

RABAGÁS. Ya, ya lo sé.

EVA. Pues entonces... un buen impulso de corazon: devolvedme esa carta.

RABAGÁS. Es que el movimiento interior que yo siento me impulsa á guardar la carta.

EVA. Pero, esa carta ¿es auténtica?

RABAGÁS. ¡Oh!

EVA. Quiero decir si es la original ó una copia.

RABAGÁS. La original.

EVA. Permitid que la lea.

RABAGÁS. La sé de memoria... «Amigo mio...»

EVA (*levantándose con despecho*). ¡Ah! No obrais bien, señor Rabagás... y debeis tener mucho cuidado.

RABAGÁS. En hora buena... ¿Llamais á eso conciliar?... Vamos, poneos en razon y hagamos un trato.

EVA. ¿Qué trato?

RABAGÁS. Ayudadme á hacer que salga el Príncipe y os devuelvo al instante el billete.

EVA. ¡Tanto interés teneis en que el Príncipe salga!

RABAGÁS. Mucho... ya os lo he dicho; va en ello mi popularidad.

EVA. ¡Vamos! ¿Me tomais por una niña?... Dentro de eso hay alguna otra cosa.

RABAGÁS. ¿Qué ha de haber?

EVA. ¡Ah! Alguna traicion: estoy tan segura de ello...

RABAGÁS (*levantándose*). ¡Oh! si se puede...

EVA. Y el Príncipe no saldrá; os lo juro.

RABAGÁS. ¿Quién ha de impedirlo?

EVA. Yo.

RABAGÁS. ¡Ah! Tened cuidado á vuestra vez, señora; eso es la guerra.

EVA. Me defiendo.

RABAGÁS. Y ¿quién os ataca?... Sed neutral.

EVA. Es decir, vuestra cómplice... De ninguna manera: me quedo, lo prevengo y os descubro.

RABAGÁS. No hareis eso vos

EVA. ¡Que nó! Vais á verlo. (*Se dirige hácia la puerta del Príncipe.*)

RABAGÁS (*interponiéndose*). Señora, escuchad. Una sola palabra, un gesto que retenga aquí á Su Alteza... á fe de Rabagás que se quedará para algo que sentireis, pues le aconsejaré cierta visita por ese lado...

EVA. Que la haga... no temo.

RABAGÁS. ¿Ha partido el oficial?

EVA. Acaso.

RABAGÁS (*sacando la carta*). Es posible, pero entonces....

EVA (*deteniéndose*). ¡La carta!

RABAGÁS. La carta.

EVA (*volviendo*). ¡Tendriais la audacia!....

RABAGÁS. ¡Oh! sin audacia, tranquilamente.

EVA (*espantada*). Es una infamia... nunca se emplean tales armas contra una mujer.

RABAGÁS. Contra ellas no hay, sin embargo, otras.

EVA. ¡Una carta mia... que habeis sustraido indignamente!

RABAGÁS. Que he conquistado.

EVA. ¡Sustraido!

RABAGÁS. Conquistado: es hacer política.

EVA. ¡Será capaz de entregársela el infame!

RABAGÁS. Vamos, mistress, hablemos en razon. ¿Somos enemigos ó aliados? Si somos enemigos... entonces herida por herida; si somos amigos, favor por favor... misterio sobre vuestros caprichos nocturnos; pero ¡pardiez! pasad por mis caprichos tambien...

EVA. Por vuestras conspiraciones, ¿eh?

RABAGÁS. Por mi ambicion como vos por vuestro amor: cada cual sus aficiones. ¡Y vos os oponeis á las mias y quereis que respete las vuestras! Esto es inicuo. Retener al Príncipe es perderme... pues, perdicion por perdicion. Vos me impedis ser Louvois; yo os impido ser Maintenon. Y si salgo de palacio... ¡mil diablos! habeis de salir conmigo del brazo; os lo aseguro.

EVA (*como hablando consigo misma*). ¡Ah! ya comprendo... ¡una emboscada para llevárselo!

RABAGÁS. No es eso, nó.

EVA (*sin escucharlo*). Sí, sí, eso es. ¡Y no decir nada!... ¡Y no hacer nada para evitarlo!... ¡Oh! sí, prevenir al capitan. (*Se dirige á su habitacion.*)

RABAGÁS (*interponiéndose otra vez*). Perdonad, ¿adónde vais?

EVA (*insistiendo en pasar*). A mi aposento... renuncio á luchar... dejadme.

RABAGÁS. Perdonad, perdonad... No tan pronto. Desde el momento que hay otra puerta.

EVA. Os digo que quiero salir. (*Corre á la puerta de entrada.*)

RABAGÁS (*cerrándole el paso*). ¡Pardiez! nó.

EVA. Dejadme, ó llamo y os hago arrojar á la calle como á un lacayo.

RABAGÁS (*sonriendo*). En hora buena, pero entonces yo... (*Mostrándole la carta.*)

EVA (*volviendo exasperada*). ¡Oh! ¡siempre esa amenaza! ¡Y no poder!...

RABAGÁS (*observando por la derecha*). ¡Silencio! He sentido algo por allí.

EVA. ¿Al Príncipe?

RABAGÁS. Sí, hácia su aposento.

EVA (*indicando con espanto la puerta de escape*). ¡Va á bajar!

RABAGÁS. Así lo espero. (*Va hasta la entrada de la habitacion del Príncipe.*)

EVA (*con despecho*). ¡Y no poder detenerlo, sino acusando á su hija!

RABAGÁS. Abre su puerta... viene... Decidid, pues.

EVA. ¡Ah!... Esto es hecho... tanto peor... lo digo todo. (*Se lanza al encuentro del Príncipe.*)

RABAGÁS (*con inquietud*). ¡Señora!

EVA (*deteniéndose*). Nó.

RABAGÁS (*con satisfaccion*). ¡Nó!

EVA (*con súbita alegría*). No hay oficial... no bajará. (*Se aclara el corredor de la derecha.*)

RABAGÁS (*con inquietud*). ¿Que nó?

EVA (*con esperanza, mirando siempre hácia el lado por donde viene el Príncipe*). Nó, nó, no bajará.

RABAGÁS. Ya lo veremos.

EVA. Desde allí. (*Indicando el hueco de su puerta.*)

RABAGÁS. ¿Juntos? Perfectamente.

EVA (*aparte*). Si baja, grito... tengo tiempo. (*Se oculta en el hueco de su puerta.*)

RABAGÁS (*oculto á su lado bajo la cortina*). Esto es encantador: parecemos dos enamorados. ¿Hacemos las paces? (*Va á besarle la mano.*)

EVA (*con aire despectivo*). ¡Imbécil!

ESCENA XVI.

LOS MISMOS, ocultos, EL PRÍNCIPE, en traje ordinario, trayendo una palmatoria en una mano y una capa al brazo.

EL PRÍNCIPE (*mirando su reloj*). La una menos cuarto... La escolta debe estar ya abajo... Creo que no se me olvida nada... la capa y... (*Va á la puerta del pasillo de salida. Eva abre la boca para gritar, cuándo el Príncipe se detiene sorprendido de ver la puerta entreabierta*). ¿Cómo no está cerrada esta puerta? (*La abre de par en par y mira por el pasillo.*)

RABAGÁS (*á quien estorba ver Eva; en voz baja*). ¿Abre?

EVA (*en voz baja tambien*). Sí. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Valor! ¡Vamos! es preciso.

RABAGÁS. ¿Qué decis?

EVA. Nada. ¡Silencio!

EL PRÍNCIPE. ¿Quién diablos habrá abierto esta puerta? Y ¿dónde estará el oficial de guardia?

RABAGÁS. ¿Ha vuelto á entrar?

EVA. Sí.

EL PRÍNCIPE. Sin duda en esta galería... dormido en alguna banqueta. Bajaré por aquí. (*Toma su capa, descorre la cortina del fondo y entra por la galería. La cortina queda descorrida.*)

RABAGÁS (*que nada ve desde su sitio*). ¿Baja?

EVA (*concibiendo súbitamente una idea y saliendo de su escondrijo. Aparte*). Sí, sí, baja... Esto es hecho.

RABAGÁS (*saliendo tambien*). ¡Ha partido!

EVA (*indicándole la puerta del corredor*). Ved.

RABAGÁS (*viendo la puerta del pasillo abierta de par en par*). ¡Oh! sí... ¡Victoria! ¡Ya es nuestro! (*Con alegría.*)

EVA. Pero mi carta.

RABAGÁS. ¡Oh! mañana...

EVA. Nó, nó; mi carta, mi carta.

RABAGÁS (*sin escucharla*). ¡Victoria! ¡Soy dictador! (*Se lanza al corredor.*)

EVA (*corriendo hasta la puerta*). ¡Ah! ¡traidor! (*Se oye ruido de pasos confusos y un grito sofocado.*) ¡Una emboscada!...

lo habia adivinado. (*Cerrando la puerta.*) Esto pasa en familia. En cuanto á la carta, mañana veremos. Y esta noche para mayor seguridad... (*Corre á la puerta de la princesa, la cierra y guarda la llave*) debajo de llave. (*Se dirige á su aposento.*) Ahora ya, hasta mañana puedo dormir tranquilamente.

FIN DEL CUARTO ACTO.

ACTO QUINTO.

(La misma decoracion del acto anterior. Amanece.)

ESCENA I.

ANDRÉS, luego EVA.

ANDRÉS (*desde la puerta de entrada*). ¡Cárlos! las seis; ya es hora de partir. (*Avanzando.*) Nadie... Bien... Duerme sin duda en el sofá (*se acerca á él*). ¡Pues no está!... ¿Dónde puede estar ese loco?... ¡Ah! en la antecámara del Príncipe. (*Va á la derecha y levanta la cortina.*) ¡Cárlos! (*Desaparece.*)

EVA (*saliendo de su aposento*). ¿Quién anda por aqui?... Me habia parecido que llamaban. (*Observa.*)

ANDRÉS (*volviendo. Con inquietud.*) ¡Ah! mistress Blounth, perdonad.

EVA. ¿A quién buscais con esa inquietud?

ANDRÉS. A Cárlos.

EVA. ¡A Cárlos! Pues ¿no partió ya?

ANDRÉS. Nó, señora, nó.

EVA. ¡Ah!

ANDRÉS. Un funesto billete que anoche recibió lo detuvo aquí á mi pesar.

EVA. Pero ¿y la órden del Príncipe?

ANDRÉS. ¡Ah! ¡la órden!... Bien claro me dijo que no partiria de ningun modo hasta esta mañana. (*Movimiento de Eva.*) El deseo de verla por última vez..... Por eso no quiso cederme su puesto de servicio aquí.

EVA (*con espanto*). Pero si no ha estado aquí en toda la noche.

ANDRÉS. ¡En toda la noche!

EVA. ¡Imposible! Debe haber partido, pues yo no le he visto aquí.

ANDRÉS. ¡Ah! Porque estaba sin duda en su cita.

EVA. ¡Oh! Dios! Por fortuna tuve la precaucion de cerrar... (*Deteniéndose.*) ¡Cielos! ¡qué idea!

ANDRÉS. Señora...

EVA. ¿A qué hora estaba Cárlos aquí?

ANDRÉS. Al cerrar las puertas... á las once.

EVA. ¿Lo visteis vos?

ANDRÉS. Sin duda.

EVA. ¿Y despues?

ANDRÉS. Lo busco por todas partes.

EVA (*con asombro*). ¡Ah! ¡Cielo santo! ¿Habria cometido yo sin pensar tan peligrosa indiscrecion?

ANDRÉS. ¿Qué decis?

EVA. ¿Estaria ahí dentro?

ANDRÉS. En la habitacion de...

EVA (*interrumpiéndolo*). A las doce cerré la puerta y guardé la llave: héla aquí.

ANDRÉS. Abrid, señora, abrid pronto. Por las ventanas, á vista de todos no puede escaparse.

EVA. Y aunque pudiera..... Abrid..... abrid vos; yo me siento flaquear. (*Se sienta abatida en el canapé.*)

ANDRÉS. Dadme, dadme la llave. (*La toma y corre á la puerta de la princesa.*)

EVA. ¡Pronto! ¡Que vienen! (*Levantándose. A media voz y con espanto.*) ¡El Príncipe!

ANDRÉS (*volviendo*). Ya está.

EVA. ¡Dios mio!.... Con tal de que no vaya á salir ahora.

ESCENA II.

LOS MISMOS, el PRÍNCIPE.

El Príncipe (*saliendo de su aposento*). ¡Cómo! mistress Blounth ¡ya levantada!... ¡Ah! ¡el oficialito!

Eva (*procurando calmarse*). Si, estábamos hablando...

El Príncipe. Ya, ya lo veo. (*Aparte.*) ¡Otra vez juntos! ¡Y á esta hora! (*Alto.*) Estais, me parece, conmovida.

Eva. Si, los sucesos que me ha contado este caballero...

El Príncipe (*con suspicacia y severidad*). Y ¿cómo está aquí para contároslos, cuando su compañía está batiéndose en Menton?

Eva. ¡Batiéndose!

El Príncipe. Sin duda. Menton se ha sublevado esta noche. (*Con ironía y cólera mal reprimida.*) ¿No es esto lo que os contaba este caballero oficial?

Andrés. Perdonad, señor. Pero el hecho no es tan grave como V. A. supone; pues habiendo partido hace poco con mis hombres, he recibido contra-órden del capitan á la mitad del camino, y venia apresuradamente á dar parte á V. A.

El Príncipe. Está bien, caballero: no os retengo ya. (*Aparte.*) ¡Esa turbacion!... (*Eva mira á hurtadillas á la puerta del fondo. Lo mismo hace Andrés que saluda y se retira. Los dos cambian una mirada ansiosa que sorprende el Príncipe.*) ¡Esa mirada! (*Con cólera sorda.*) ¡Se están burlando de mí! (*Concibiendo súbitamente una idea.*) ¿Caballero Mora?

Andrés (*deteniéndose*). Señor...

El Príncipe (*sin perder de vista á Eva*). ¿Quién estaba aquí de guardia esta noche? (*Movimiento de Eva.*) ¡Se ha estremecido! (*Aparte.*)

Andrés (*con embarazo*). ¿Aquí?

El Príncipe. Aquí.

Andrés (*inclinándose*). Vuestro humilde súbdito, señor.

El Príncipe (*con viveza*). ¡Ah! vos..... ¡estabais vos! (*Aparte.*) Es claro... ya no hay duda. (*Andrés y Eva cambian*

una mirada.) Entonces, caballero oficial, tened la bondad de explicar cómo es que esta noche, al ir yo á salir, no os he encontrado por aquí.

EVA (*desalentada. Aparte*). ¡Dios mio! Otro conflicto!

ANDRÉS (*desconcertado*). Señor... no lo comprendo.

EL PRÍNCIPE. Ni yo tampoco... lo confieso.

ANDRÉS. No se me habrá buscado bien.

EL PRÍNCIPE. Permitid, caballero; he sido yo mismo quien ha notado vuestra ausencia.

ANDRÉS. Es que...

EL PRÍNCIPE. ¿Qué es?

ANDRÉS. ¡Ah!... á media noche, señor... ahora me acuerdo, oí algun ruido por ese lado (*indica la portezuela de la derecha*) y me fuí hasta el patio pequeño. Sí, sí, eso es, señor... á las doce precisamente.

EL PRÍNCIPE (*indicando la puerta*). ¿Por allí?

ANDRÉS. Justamente, señor.

EL PRÍNCIPE (*reprimiéndose apenas*). Y ¿cómo es eso no teniendo la llave de una puerta siempre cerrada? (*Eva aprovecha el momento en que el Príncipe mira en aquella direccion para hacer á Andrés una seña negativa.*)

ANDRÉS (*comprendiéndola*). Pido perdon á Vuestra Alteza... pero contra la costumbre, esa puerta estaba abierta.

EL PRÍNCIPE. ¡Abierta! (*Acordándose.*) ¡Ah! sí, es verdad... yo mismo extrañé no encontrarla cerrada.

ANDRÉS. Así, pues, Vuestra Alteza vendria precisamente en el momento...

EL PRÍNCIPE (*secamente*). Basta, caballero... (*Aparte.*) ¡Ah! ¿no sabré nada todavía? Pero yo tendré la prueba... la tendré. (*Se dirige hácia su aposento, mientras Andrés saluda para retirarse por otra parte.*)

EVA (*con alegría y aparte*). ¡Se va! (*Se oye un toque de cornetas fuera.*)

EL PRÍNCIPE (*deteniéndose*). ¿Qué es eso?

ANDRÉS. Señor, es el capitan Vintimille que vuelve con los guardias.

EL PRÍNCIPE. Que venga inmediatamente. (*Sale Andrés por la izquierda.*)

EVA (*con despecho*). ¡Qué fatalidad!... Ya no se va.

EL PRÍNCIPE (*con ironía*). Deberiais ir á descansar, mis-

tress... Apenas amanece y todas estas emociones os tendrán quebrantada.

EVA (*sonriendo*). Hay en verdad motivo..... os lo aseguro.

EL PRÍNCIPE (*aparte*). ¡Ah! ¡Desleal mujer!... Yo te confundiré.

ESCENA III.

LOS MISMOS, el CAPITAN, ANDRÉS. DOS OFICIALES en el fondo.

EL PRÍNCIPE. Y bien, capitan, ¿qué hay?

EL CAPITAN. Ya nada, señor... todo habia vuelto á entrar en órden antes de mi llegada y no he tenido que quemar un cartucho. Además el subteniente ha debido...

EL PRÍNCIPE. Sí... Y entonces los bullangueros...

EL CAPITAN. Están corriendo todavía. Tenian un cañon, pero al segundo disparo... hubo de estallar.

EL PRÍNCIPE. ¿Y la casa de la villa?

EL CAPITAN. Tomada á las dos de la mañana y el gobernador en libertad.

EL PRÍNCIPE. ¡El gobernador!

EL CAPITAN. Estaba en poder de los rebeldes.

EL PRÍNCIPE. ¡Rabagás!

EL CAPITAN. En persona. El coronel encontró á Su Excelencia atado debajo de una mesa y lo traemos en un carruaje.

EL PRÍNCIPE. ¿Qué me contais, capitan?

EL CAPITAN. Lo que oís, señor. Pero S. E. os lo contará mejor que yo, pues ya llega. (*Los tambores baten marcha.*) Oid, pues, los honores.

EL PRÍNCIPE. ¡A Rabagás!

EL CAPITAN. Al gobernador.

EL PRÍNCIPE. ¡Pero esto es absurdo! Que callen con mil diablos esos tambores! (*Un oficial va fuera apresuradamente.*)

EVA (*aparte*). ¡Y se atreve todavía á venir!

EL PRÍNCIPE. Pero yo me desembarazaré para siempre de ese farsante. Lo echo por la puerta y entra por la ventana! ¿Hay ya mas desvergüenza?

RABAGÁS (*hablando desde el vestíbulo, dando la espalda á la escena*). Nó, amigos mios, nó.

EL PRÍNCIPE. ¡Pardiez! ¡Ya está aquí!

RABAGÁS. Nó, no griteis: ¡VIVA RABAGÁS!

EL PRÍNCIPE. Si no gritan, charlatan.

RABAGÁS. Gritad: ¡VIVA LA PROSPERIDAD DE MÓNACO! (*Avanzando.*) Es lo mismo.

ESCENA IV.

LOS MISMOS. RABAGÁS.

RABAGÁS (*radiante. Desde la puerta*). ¡Victoria, señor! Hemos triunfado Vuestra Alteza y yo en toda la línea.

EL PRÍNCIPE. Os hago gracia del plural.

RABAGÁS (*sin escucharlo*). Perdonad, Príncipe, esta emocion, por otra parte muy legítima, á un hombre que acaba de salvaros.

EL PRÍNCIPE. ¿Y sois vos ese hombre?

RABAGÁS (*inclinándose*). Con peligro de mi vida.

EVA. ¡Oh!

RABAGÁS (*pasando por delante de ella. A media voz.*) ¡Alianza y discrecion! sino... (*Le muestra la carta por detrás.*)

EL PRÍNCIPE. Pero, en fin, señor Rabagás, explicadme..

RABAGÁS. Una sorpresa, señor; pero la sorpresa mas hábil y mejor organizada que se ha hecho nunca. Bajaba yo por esta puerta para retirarme á mi alojamiento, cuando tres hombres emboscados saltan sobre mí, tomándome por Vuestra Alteza, me amordazan, me atan de piés y manos, y me meten en un carruaje, que parte como una flecha. Gritar... imposible; forcejear, inútil; y así hube de aceptar al fin con alegría mi tortura, pensando que la sufria por Vuestra Alteza.

EVA (*reprimiéndose*). ¡Ah!

RABAGÁS (*amènazándola con la carta como antes*). ¿Qué os parece?

EL PRÍNCIPE. Continuad.

RABAGÁS. Despues de una hora de suplicio, hora en que el carruaje bebió los vientos, oyéronse repentinamente rumores y gritos de alborozo. «¡El Príncipe! ¡el Príncipe!»

Y una turba de gente armada rodea el carruaje, lo escolta y seguimos en alas del aire. Llegamos... todo el mundo se detiene... estamos en el municipio de Menton. Entonces se echan sobre mí, me arrebatan, me sueltan... ¡Estupor y decepcion! «¡Es Rabagás!» Quiero explicarme. ¡Furor! Vuelven á atarme y me arrojan debajo de una mesa. El nuevo gobierno constituido por Camerlin en una *cámara verde*, quiere justificar el error y ponerme en libertad. «¡Traicion!» Se improvisa otro gobierno, que con Vuillard á la cabeza, encierra al primero en su cámara *verde*, y se establece en su cámara *amarilla* decretando, legislando y vociferando, mientras que Petrowlski se pasea con sus botas nuevas sobre mi mesa, que cruje y gime, aunque no tanto como yo. A las dos menos cuarto, gran empuje, otro gobierno fundado por Chaffion entra por la ventana, se instala en una cámara *roja* y pone debajo de llave al gobierno *amarillo*, que á su vez retiene preso al gobierno *verde*. Pero á las dos el gobierno *verde* se evade por la chimenea, entra por el sótano y suprime al gobierno *rojo*, que baja por la ventana, cediendo su puesto al gobierno *amarillo*, el cual espantado se refugia en el tejado... Vuillard prende á Camerlin, Camerlin prende á Petrowlski, Petrowlski prende á Chaffion, que á su vez los prende á todos... Óyense las trompetas. ¡Los gendarmes! ¡Sálvese quien pueda! Derriban la mesa, y yo huyo y... aquí estoy, habiendo pasado por tres revoluciones legítimas en favor de tres gobiernos populares que han durado un cuarto de hora cada uno.

El Príncipe. Me dejais asombrado. (*Aparte.*) Ya los cogí. (*Alto á los oficiales.*) Salid, señores. (*A Andrés.*) Quedaos vos. (*A Rabagás.*) Pero si no os he comprendido mal, salisteis por el pasillo, ¿no es eso?

Rabagás. Exactamente.

El Príncipe. ¿A pesar del oficial de guardia? (*Andrés y Eva se sorprenden.*)

Rabagás. Puedo aseguraros, señor, que no ví por ninguna parte á semejante oficial.

El Príncipe. ¿En el patio tampoco?

Rabagás. En parte ninguna. De otro modo...

El Príncipe (*volviéndose hácia Andrés*). Entonces él mismo nos explicará cómo no acudió en vuestra ayuda.

Rábagás (*mirando á Eva. Aparte.*) Ya estoy vengado.

Andrés (*turbado*). Señor... no puedo hacer mas que repetir lo que ya he dicho... Me alejé un instante y...

El Príncipe. Por esa parte ¿eh? Luego estabais en la mejor posicion para verlo todo.

Andrés. Yo no he visto nada.

El Príncipe. O no habeis querido verlo.

Andrés. Vuestra Alteza no puede suponer que deliberadamente...

El Príncipe. ¿Quién sabe? El miedo... (*Movimiento de Andrés.*)

Eva. Señor... (*Siempre que habla Eva, Rabagás le enseña la carta.*)

El Príncipe. Perdonad, señora: este caballero es ya mayor de edad para contestar solo. Que él me diga cómo ha podido realizarse á su vista semejante hecho, sin haber hecho nada para evitarlo.

Andrés. Si lo hubiera visto... ciertamente.

El Príncipe. Pero, en fin, caballero oficial, no podeis menos de haberlo visto.

Andrés. Ya he dicho que estaba...

El Príncipe (*aparte con cólera*). En el aposento de ella, miserable, confiésalo.

Andrés. Estaba... dormido acaso.

El Príncipe. Pues teneis un sueño muy pesado. Un hombre á quien se prende violentamente, que se resiste forcejeando hace bastante ruido.

Eva (*aparte*). ¡Qué suplicio!

El Príncipe (*aparte*). Ella lo confesará.

Andrés. No tengo otra explicacion que dar.

El Príncipe. Yo tengo una... y es que erais cómplice de aquellos hombres.

Andrés. ¡Su cómplice yo!

El Príncipe (*mirando siempre á Eva*). Sin duda... si estabais allí...

Andrés (*despechado*). Pero V. A. no puede... Bien sabeis que soy...

El Príncipe. Un hombre digno de castigo, y lo recibireis ahora mismo. (*Aparte.*) Pero ella muda siempre!

Andrés (*fuera de sí*). Señor... yo...

El Príncipe (*violentamente*). Estais juzgado. (*Llamando.*) ¿Capitan?... (*Aparece Vintimille en la puerta.*)

Eva (*con espanto*). Señor, señor... este caballero no es culpable. Nó, no estaba donde vos creeis; estaba...

El Príncipe. ¿Dónde?

Eva (*haciendo un esfuerzo*). En mi habitacion.

El Príncipe. Eso, eso es. (*A ella.*) Sí, en vuestra habitacion... Pero he querido una confesion de vuestra propia boca. Y hé aquí, indigna mujer, cómo os burlais de mí bajo mi mismo techo, á mi puerta misma.

Eva. Soy libre, señor, y...

El Príncipe. ¡Oh! sin duda, y nada puedo hacer contra vos; pero contra vuestro amante... es otra cosa.

Eva (*con despecho*). Pero, señor...

Rabagás (*á ella*). Hé aquí las consecuencias de burlarse de mí. (*Eva lo mira con desprecio.*)

El Príncipe (*á Andrés*). Vos sois soldado, caballero, y ya hayais abandonado vuestro puesto por una causa ó por otra, el resultado es el mismo. Sabeis lo que os espera.

Andrés. Lo sé, señor.

El Príncipe. ¿Capitan?

El Capitan. Perdone Vuestra Alteza, pero aquí hay error.

El Príncipe. ¿Error?

El Capitan. No era este caballero oficial quien estaba de guardia aquí esta noche, sino el caballero Cárlos.

El Príncipe (*con sorpresa*). ¡El caballero Cárlos!

Eva (*aparte*). ¡Gran Dios!

Andrés (*con viveza*). De ninguna manera: estaba yo.

El Capitan (*severamente*). Digo que el caballero Cárlos.

El Príncipe (*con inquietud*). ¡Ah!

Eva (*á Rabagás resueltamente*). La carta ó lo digo todo.

Rabagás (*vacilando*). Pero...

Eva. Dádmela. (*Arrebatándosela.*)

El Príncipe (*que ha sorprendido el movimiento. Aparte.*) ¡Una carta... y Cárlos aquí... de noche!... Pero ¿qué pasa aquí? ¿Qué se me oculta? (*A Rabagás.*) Dejadnos, caballero, un momento, os lo ruego. (*Rabagás se inclina y sale por la derecha. Alto al capitan.*) ¡El caballero Cárlos! en seguida!

Andrés (*anticipándose*). Ha partido, señor.

El Príncipe. ¡Ah! (*Aparte.*) ¡Otra mentira!

Andrés. Y por eso ocupé yo su puesto.

El Capitan. De ninguna manera, caballero, puesto que estabais en vuestro alojamiento esperando el botasilla para partir conmigo de escolta.

El Príncipe. ¡En su alojamiento! (*A Eva.*) Pues entonces no estaba donde decís vos, señora.

Eva (*con viveza*). Sí... antes.

El Príncipe. Os apresurais mucho á hacérmelo creer.

Eva (*turbada*). La verdad me obliga...

El Príncipe. ¡La verdad! ¿Y quién ha dicho aquí la verdad? A cada palabra os encuentro á los dos en fragante delito de impostura. (*Movimiento de despecho en Eva.*) Sí, de impostura. Yo os veo mas duros en acusaros que otros en defenderse. ¿Con qué objeto? ¿Por qué? (*Con violencia.*) La verdad, la verdad exijo.

Eva (*pasando á la izquierda. Aparte*). ¡Dios mio!

El Príncipe. Ante todo esa carta que habeis arrebatado.

Eva. ¿Yo?

El Príncipe. Vos, vos la teneis y yo la exijo.

Eva. Pero, en fin, esa carta es mia.

El Príncipe. ¿Vuestra?

Eva. Escrita á este caballero.

El Príncipe. ¡Ah! bien; tanto mejor entonces. Veámosla.

Eva. ¿Con qué derecho? Yo escribo lo que me conviene y no debo mis secretos á nadie.

El Príncipe. ¡Bah! Palabras de amor. Y despues de vuestra confesion...

Eva. Despues como antes. No me place que la lean.

El Príncipe. Tened cuidado, señora. Me estoy esforzando como veis por conservar mi calma. (*Conmovido.*) Vuestra intencion puede ser buena, pero os engañais... os lo aseguro. Prefiero las verdades desagradables á esta horrible duda en que me dejais. Os lo suplico: sed generosa y buena. Dadme esa carta.

Eva. Me es imposible.

El Príncipe. Entonces no es vuestra.

Eva. ¿Y de quién habia de ser sino?

El Príncipe (*mirando á la puerta de su hija*). ¿De quién?

Eva. Es mia, os lo juro.

El Príncipe. Entonces dádmela.

Eva. Nó.

El Príncipe (*con creciente cólera*). Pero, desgraciada, si estoy leyendo esa carta, la leo en vuestra misma negativa... Una cita nocturna, ¿no es verdad?

Eva. Puede ser.

El Príncipe. ¿Al oficial que estaba de guardia aquí esta noche?

Eva. A este caballero.

El Príncipe. ¿O á Cárlos?

Eva. ¡Oh!

El Príncipe (*fuera de sí*). La carta, la carta ahora mismo. La exijo ¿lo oís? la exijo.

Eva. ¡Cómo! ¿Os atreveriais?...

El Príncipe. A todo.

Eva. ¡Señor!

El Príncipe. ¡Ah! desdichada! ¡Sabeis lo que temo y os armais de vuestra debilidad de mujer para destrozar así mi corazon!

Eva. ¡Señor!

El Príncipe. Pero si no puedo nada sobre vos..... tengo para alcanzaros á quien se hace vuestro cómplice: un hombre, él es culpable, aunque solo sea de impostura, y si vos no teneis compasion de mí, yo seré implacable para él. Por última vez... ¡la carta!

Eva. ¡Jamás!

El Príncipe. Capitan, conducid fuera á este oficial y á presencia de toda la compañía degradadlo por desercion.

Eva. ¡Dios mio!

El Príncipe. ¡La carta! (*Silencio de Eva.*) ¿Nó? (*Al capitan.*) Rompedle la espada, arrancadle la charretera y abofeteadlo con ella.

Eva. ¡Oh! eso es una infamia.

El Príncipe. ¡La carta!

Eva (*ofreciéndola y retirándola con viveza*). ¡Nó! ¡nó!

El Príncipe. Y hecho esto, doce hombres...

Eva. ¡Gracia, señor!

El Príncipe. La carta, la carta, desgraciada mujer, ó mando que lo fusilen.

EVA (*haciendo lo mismo*). ¡Ah! nó, nó.

EL PRÍNCIPE. Capitan, ejecutad mis órdenes.

EVA (*con desesperacion*). ¡Oh! nó por Dios! ¡Nó, nó! ¡Ah! es preciso, Dios mio! (*Llorando.*) No puedo mas. (*Ofreciendo la carta.*)

EL PRÍNCIPE (*tomándola*). ¡Por fin!

EVA (*cayendo en el sofá sollozando*). ¡Ah! es horrible lo que haceis... horrible.

EL PRÍNCIPE (*despues de leer la carta*). ¡Mi hija, sí, mi hija! ¡Y los dos están allí! (*Va hácia el aposento de Gabriela.*)

ANDRÉS Y EL CAPITAN (*interponiéndose*). ¡Señor!...

EL PRÍNCIPE (*desembarazándose de ellos*). Dejadme..... Dejadme. (*Ábrese la puerta.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS, GABRIELA.

GABRIELA (*desde su puerta, con inquietud*). ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Qué ruido!

EL PRÍNCIPE (*trayéndola violentamente de la mano á la escena*). Venid, venid aquí.

GABRIELA (*con espanto*). ¡Padre, padre mio!

EL PRÍNCIPE (*poniendo el papel á la vista*). Mirad.

GABRIELA. ¡Mi carta!

EL PRÍNCIPE. Sí, vuestra carta.

GABRIELA. ¡Ah! perdonadme, padre mio... permitidme que os diga...

EL PRÍNCIPE (*rechazándola*). ¡Vos mi hija!... Nó, vos no sois hija mia. Y en cuanto al miserable á quien escribís..... (*Se dirige en ademan hostil á la habitacion de Gabriela.*)

GABRIELA. ¡Ah!... Ya partió.

EL PRÍNCIPE. ¿Partió?

EVA Y ANDRÉS (*estupefactos*). ¡Partió!

GABRIELA. A pesar mio... Oyó la llamada de partida y me dejó. (*Llorando.*) Sin que pudiera yo retenerlo á través de la reja.

EVA. ¡De la reja!

EL PRÍNCIPE. ¿Eh?... Entonces estaba...

GABRIELA (*sollozando*). En el jardin, como siempre.

EL PRÍNCIPE. Y vos, vos ¿dónde estabais?

GABRIELA. En la ventana de mi oratorio.

EL PRÍNCIPE (*temblando de alegría*). ¿A través de la reja? (*La emocion le impide hablar.*)

GABRIELA (*llorando*). ¡Oh! sí... he hecho mal... (*Eva la consuela*)

EL PRÍNCIPE. Siendo así... ¡Ah! ¡Dios mio! Pero esta niña ¿por qué no lo dijo desde luego?

EVA (*á Gabriela*). A sus brazos, á sus brazos. (*Empujándola hácia su padre.*)

EL PRÍNCIPE (*recibiéndola en ellos*). Sí, sí... ¡Ah! tengo unas ganas de llorar...

EVA. Los nervios. Llorad, llorad.

EL PRÍNCIPE (*á Eva*). ¡Ah! Perdonadme, amiga mia. Y él, él, que se deja injuriar por mí tan injustamente. (*Estrechando la mano de Andrés.*) Caballero, perdonad.

ANDRÉS. Señor...

EL PRÍNCIPE. Sois un hombre de honor. (*Óyense gritos y cornetas fuera.*)

EL CAPITAN. El resto de nuestras tropas que regresa, señor... con el caballero Cárlos á la cabeza. Él fué el primero que entró en el ayuntamiento de Menton, rewolver en mano.

GABRIELA. ¡Ah! ¡mi Cárlos!

ESCENA VI.

LOS MISMOS, CÁRLOS, RABAGÁS, FLAVARENS, OFICIALES.

EL PRÍNCIPE. Entrad, señores, entrad. (*A Cárlos severamente.*) Avanzad, caballero. Habeis abandonado vuestro puesto esta noche.

CÁRLOS. Señor...

EL PRÍNCIPE (*con severidad*). Cuando el amor nos hace capaces de semejante conducta, caballero... (*Cambiando de tono*) no hay mas que casarnos. Abraza, pues, á tu esposa, perillan.

CÁRLOS (*corriendo hácia Gabriela*). ¡Ah! señor...

RABAGÁS (*aparte*). ¡Pardiez! Si todo se aclara y descubre, yo...

EL PRÍNCIPE (*á Eva*). Es lo mejor que puedo hacer ¿no es así? sino que navego en plena democracia.

EVA. Esta es buena...

EL PRÍNCIPE. Creeis, mistress, que esta desigualdad...

EVA. Excelente, señor.

EL PRÍNCIPE. Entonces... bien pudiéramos hacer otra.

EVA. ¡Cómo, señor!... ¿Pensais hacer de mí una princesa?

EL PRÍNCIPE (*poniendo á Gabriela en sus brazos*). Nó, una madre.

GABRIELA. ¡Oh! sí, sí.

EVA. Por ella... y por mí tambien.

EL PRÍNCIPE. Y por mí.

GABRIELA. ¡Oh! ¡qué dicha!

EL PRÍNCIPE. Ahora bien, señor Rabagás, ya lo veis..... todo se ha concluido... aquí y fuera de aquí.

RABAGÁS. Así es felizmente, señor. (*Aparte.*) ¡Aplomo! (*Alto.*) Con esto cerramos la era de las revoluciones.

EVA. Y con un decreto que Rabagás va á firmarnos ahora de su propia mano...

EL PRÍNCIPE (*con sorpresa*). ¿Un decreto?

RABAGÁS (*sentándose á escribir*). En seguida.

EVA. Toda persona que haya tomado parte en la conspiracion de esta noche será condenada á prision perpétua.

EL PRÍNCIPE (*aparte*). ¡Ah! ya comprendo.

EVA. Escribid, señor Rabagás.

EL PRÍNCIPE. Escribid, pues.

RABAGÁS (*rodeado de todos que lo miran con aire burlon*). Señor..... ese rigor..... hacer figurar mi nombre en una medida tan cruel..... antes ofreceria..... mi..... dimision.

EL PRÍNCIPE. Queda aceptada.

RABAGÁS (*levantándose y tirando la pluma*). ¡Pardiez! ¡Derrotado! ¡Oh! las mujeres.....

ESCENA VII.

LOS MISMOS, BRICOLI, el CORONEL. (Salen apercollándose mútuamente.)

BRICOLI. ¡Vamos! avanzad!

EL CORONEL. ¡Adelante!

EL PRÍNCIPE. ¿Qué es esto?

EL CORONEL. Yo, señor, yo que arresto á Bricoli por gritos sediciosos.

BRICOLI. Al contrario, señor, yo prendo al coronel por la misma causa.

EL CORONEL. Ha gritado: «¡Abajo Rabagás!»

BRICOLI. Y vos: «¡Viva Rabagás!»

EL PRÍNCIPE. Señores, paz, paz. Ya no se dice ABAJO ni ARRIBA RABAGÁS, sino simplemente (*saludándolo irónicamente*): ¡Buenas noches, señor Rabagás! (*Forman todos calle hasta la puerta para que se vaya Rabagás.*)

RABAGÁS. Entonces... me expatrio... voy al único país en que se aprecia á los genios de mi temple.

EL PRÍNCIPE. ¿Adónde pues?

RABAGÁS. A Francia. (*Saluda y se retira.*)

FIN DE LA COMEDIA.